

REFLEXIONES DEVOTAS

DK

San Alfonso de Ligorio

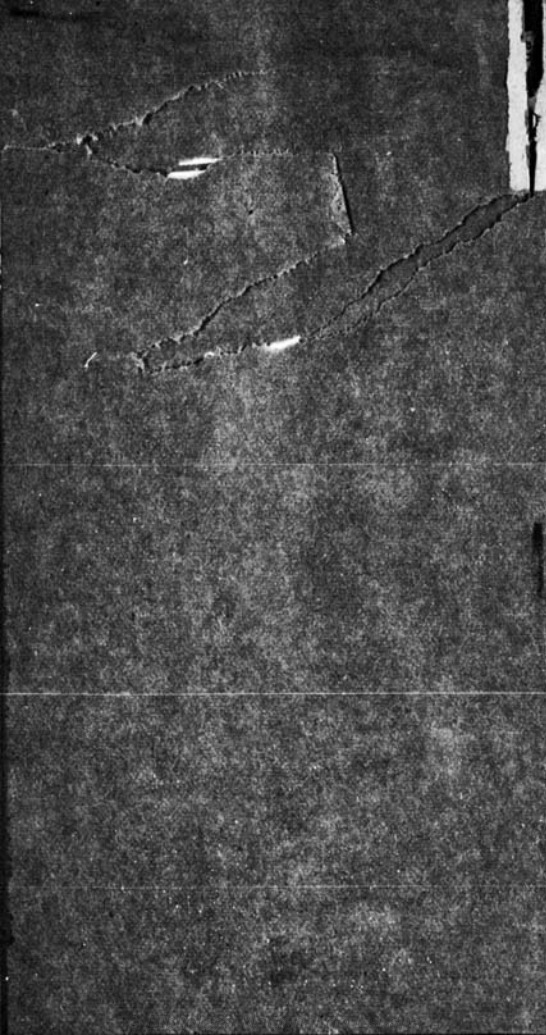
393

1900

2

45393





# **REFLEXIONES DEVOTAS**

**DE**

**SAN ALFONSO MARIA DE LIGORIO**



# REFLEXIONES DEVOTAS

SOBRE

## DIFERENTES PUNTOS ESPIRITUALES

escritas en italiano por

**San Alfonso M. de Ligorio**

para

**LAS ALMAS QUE DESEAN ADELANTAR  
EN EL AMOR DIVINO**



**Segunda edición española.**

---

CON LICENCIA DEL ORDINARIO

---



**MADRID**

**IMPRENTA DE JOSÉ PERALES**

Calle de la Cabeza, núm. 12.

**1900**







---

## PROLOGUITO

---

*Este es uno de aquellos libros que suele buscar con anhelo el alma fiel, porque encuentra en su lectura abundante y sólido pasto de doctrina. Eso no obstante, en este libro no hay más arte ó esmero que en los demás que han salido de la mano de San Ligo-rio; sólo que al leerle se percibe que el celo del santo Obispo se ha desarrollado y extendido más que en aquéllos. Habla á menudo de la muerte y de la eternidad; pero los objetos con que quiere cauti-var á sus lectores son la muerte*

*del justo y la eterna bienaventuranza.*

*Quizás ninguno de sus escritos presenta más fielmente la imagen del alma de San Ligorio que el presente, en que rebosan los dulces sentimientos de que estaba lleno su corazón.*

*Leámoslo pues con sencillez, y pronto nos sentiremos penetrados de dulce unción. Las palabras de los santos valen más que todas las frases del mundo, y tienen cierto sabor más agradable que todos los artificios de los retóricos.*

*Esta segunda edición española sale bastante enmendada, habiéndose tenido á la vista el original italiano. La primera se hizo en Paris, con todos los defectos de que suelen adolecer los libros que allí se imprimen, en muy mal castellano, para uso de las naciones hispano-americanas. Esta la hacemos en forma muy legible para que pueda servir en los templos*

*y á personas de vista débil. Hemos suprimido muchos textos latinos, que tanto abundan en todas las obras de este eruditísimo Santo; pero ponemos en letra cursiva su traducción castellana, y al fin de cada capítulo las oportunas citas para los que deseen acudir á las fuentes.*

*Después del capítulo XLV, que era el último, hemos añadido lo que allí va y es también de San Ligorio. Con esto creemos haber completado este librito, que pedimos á Dios sea un tesoro espiritual para las personas que no han caído en la horrenda aberración, tan común en estos tiempos, de menospreciar la salvación eterna.*

---





# REFLEXIONES DEVOTAS

sobre

DIFERENTES PUNTOS ESPIRITUALES

---

## CAPÍTULO I

### **Pensamiento de la eternidad.**

San Agustín ha llamado el pensamiento de la eternidad pensamiento grande, *magna cogitatio*. Este pensamiento es el que ha hecho á los Santos considerar los tesoros y grandezas mundanas como paja, fango, humo y basura. Este pensamiento es el que ha conducido á los desiertos y retiradas cuevas á tantos anacoretas,

á tantos jóvenes ilustres, y que ha guiado á sepultarse en el retiro y soledad de los claustros á los mismos reyes y emperadores. Este pensamiento es el que ha inspirado á tantos mártires el valor para sufrir el potro, los garfios de hierro, las parrillas candentes y la muerte en las hogueras.

No: no hemos sido criados para esta tierra. El fin para el cual nos ha colocado Dios en el mundo es la vida eterna <sup>1</sup>, á la cual debemos aspirar y merecerla por nuestras buenas obras. Esto es lo que hizo decir á San Enquerio que el único asunto á que debemos atender en esta vida es la eternidad, esto es, á ganar la eternidad feliz y evitar la desdichada. Si acertamos en esta materia seremos eternamente felices; si

no acertamos, nuestra desgracia será igualmente sin fin.

Feliz aquél que vive sin perder jamás de vista la eternidad, y que cree con fé viva que en breve ha de morir y entrar en la eternidad. Esta es aquella fé que hace vivir á los justos en la gracia del Señor <sup>2</sup>, que da la vida á sus almas separándolas de los afectos terrestres, recordándoles los bienes eternos que Dios ofrece á los que le aman.

Santa Teresa dice que todos los pecados traen su origen de la falta de fé. Para vencer nuestras pasiones y tentaciones debemos, pues, reanimar frecuentemente nuestra fé, diciendo: *Creo en la vida eterna*; creo que después de esta vida, que pronto ha de acabar para mí, hay una vida eterna, vida

de felicidad ó de penas, según sean mis méritos ó mis culpas.

San Agustin ha escrito: *El que cree en la eternidad y no se convierte á Dios, ha perdido el juicio ó la fé* <sup>8</sup>. A este propósito dice San Juan Crisóstomo que los gentiles, cuando veían pecar á los cristianos, les llamaban impostores ó insensatos. Si no creéis lo que predicais, les decían, sois impostores; pero si creyendo en la eternidad pecais, sois insensatos. ¡Ay de los pecadores que entran en la eternidad sin haberla conocido por no haber querido pensar en ella! (exclama San Cesáreo). Y después añade: y otra vez ¡ay de ellos! Entran y no salen, desgraciados. ¡Desgraciados! Las puertas del infierno se abren para recibirlos, y no



volverán á abrirse para que salgan.

Santa Teresa repetía á sus religiosas: *¡Hijas mías, una alma, una eternidad!* queriendo decirles: Hijas mías, no tenemos más que una alma; si la perdemos lo habremos perdido todo: y perdiéndola una vez, la habremos perdido para siempre.

El último suspiro que exhalaremos al expirar decidirá de nuestra bienaventuranza ó de nuestra desesperación eterna. Aunque la eternidad de la otra vida, el paraíso y el infierno, no fuesen más que opiniones de sabios y cosas dudosas, deberíamos, á pesar de esto, esmerarnos solícitamente en vivir bien, y no exponernos al inminente riesgo de perder nuestra alma para siempre.

Pero no: no se trata aquí de cosas dudosas; trátase si, de cosas ciertas, de cosas de fé, de cosas mucho más ciertas que aquéllas que vemos con nuestros ojos.

Roguemos, pues, al Señor se digne aumentar nuestra fé: *Domine, adauge nobis fidem*; porque si vacilase nuestra fé, vendríamos á ser peores que Lutero y Calvino. Por lo contrario, una viva fé en la eternidad que nos aguarda puede hacernos santos.

San Gregorio enseña que los que piensan en la eternidad, ni se enorgullecen en la prosperidad ni se abaten en la desgracia, porque no descando nada de este mundo, tampoco temen cosa alguna.

Cuando tengamos que sufrir alguna enfermedad, algu-

na persecución, acordémonos del infierno que tenemos merecido por nuestras culpas; entonces toda cruz nos parecerá ligera, y daremos gracias al Señor exclamando: *Misericordiae Domini, quia non sumus consumpti* <sup>4</sup>. Digamos con David <sup>5</sup>: Si Dios no hubiese tenido compasión de mí, mi alma estaría en el infierno desde el día en que tuve la desgracia de ofenderle con un pecado mortal. Yo por mí ya estaba perdido: vos, ¡oh Dios de misericordia! me habéis alargado la mano para arrancarme del infierno.

¡Oh, Dios mio! vos sabéis cuántas veces he merecido el infierno, y sin embargo, me ordenais que espere. Yo quiero esperar, ¡oh Dios mio! y aunque me espantan mis peca-

dos, me infunde valor vuestra muerte, vuestra promesa de perdonar al que se arrepiente: *Al corazón contrito y humillado no lo despreciarás, ¡oh Dios!* <sup>6</sup>. Os he despreciado hasta ahora, pero ya os amo más que á todas las cosas: me arrepiento de haberos ofendido mucho más que de todos los males de la tierra. Tened piedad de mí, Jesús mío. Madre de Dios, Virgen María, interceded por mí.

---

(1) *Finem vero vitam æternam.* Rom. VI, 22.—(2) *Justus ex fide vivit.* Galat. III, 11.—(3) *O æternitas! Qui te cogitat nec pœnitet, aut fidem non habet; aut si habet, cor non habet. In Soliloq.*—(4) Thren. III. 22.—(5) Psal. XCIII, 17.—(6) Psal. L, 18.

---

## CAPÍTULO II

### **Somos viajeros en la tierra:**

Mientras permanecemos en esta vida, todos somos viajeros alejados de nuestra patria, que es el cielo, en donde nos espera el Señor para hacernos gozar eternamente de la hermosura de su rostro. *Mientras estamos en el cuerpo*, dice el Apóstol, *vivimos ausentes del Señor* <sup>1</sup>. Si pues amamos á Dios, debemos desear ardientemente salir de este destierro y abandonar el cuerpo, para gozar de la vista de aquél á quien amamos. Tal era el objeto de los suspiros de San Pablo <sup>2</sup>.

Antes de cumplirse el augusto misterio de la redención, el camino que conduce á Dios estaba cerrado para nosotros, hijos miserables de Adán; pero Jesucristo nos ha conseguido con su muerte la gracia de podernos llamar hijos de Dios, y así nos ha abierto las puertas por las cuales podremos llegar, como hijos, á presencia de nuestro padre que es Dios <sup>3</sup>.

El mismo Apóstol dice también en otro lugar: *Hermanos míos, ya no sois huéspedes ó extranjeros, sino que sois conciudadanos de los santos, habitantes de la casa de Dios* <sup>4</sup>. En efecto, cuando estamos en gracia de Dios, gozamos ya del derecho de ciudadanos del paraíso, pertenecemos á la familia de Dios. Dice San Agustín: La naturaleza

viciada por el pecado, engendra ciudadanos de la terrestre ciudad, los cuales son vasos de ira; pero la gracia, que purifica á la naturaleza del pecado, engendra ciudadanos de la celeste patria, los cuales son vasos de misericordia <sup>5</sup>.

Este mismo principio hacia exclamar al santo rey David: Señor, *soy extranjero sobre la tierra: enseñadme á observar vuestros preceptos* „ que son el camino para llegar á mi patria celestial. Nada tiene de maravilloso que los malos deseen vivir siempre en este mundo, porque temen con razón pasar de las penas de esta vida á las penas eternas y mucho más terribles del infierno; pero aquél que ama á Dios, aquél que tiene una seguridad moral de hallarse en estado de gracia, ¿có-

mo puede desear seguir viviendo en este valle de lágrimas, en continuas amarguras, angustias de conciencia, y peligros de condenarse?

¿Cómo puede dejar de suspirar por el deseo de ir pronto á unirse con Dios en la eterna bienaventuranza, en donde ya no existe peligro de perderse? ¡Ah! las almas que aman á Dios viven gimiendo continuamente en este destierro, y exclaman con David: *¿Cuánta es mi desgracia por tener que vivir tanto tiempo en este mundo* <sup>7</sup>, rodeado de tantos peligros! Así es que los santos han tenido continuamente en sus labios esta oración: Luego, Señor, al punto llevadme á vuestro reino.

Apresurémonos, como exhorta el Apóstol, *apresuremo-*



*nos á llegar á aquella patria* <sup>8</sup>  
en donde nos está preparado  
el contento y una paz perfecta.  
Apresurémonos, repito yo, en  
el deseo, y no cesemos de ca-  
minar hasta que hayamos en-  
trado en el feliz puerto que ha  
preparado Dios á los que le  
aman.

El que corre en el ancho es-  
tadio, dice San Juan Crisósto-  
mo, no mira á los espectadores  
sino al premio que desea: no  
se detiene, sino que cuanto  
más se acerca á la meta, tanto  
más corre. De donde concluye  
el santo que cuanto más avan-  
cemos en la vida, tanto más  
debemos apresurarnos por  
nuestras buenas obras, para  
alcanzar el premio que nos  
está reservado.

De modo que en medio de  
las amarguras y agonías de

esta vida, nuestra única oración debe ser: *Venga á nos el tu reino* <sup>9</sup>. Señor, venga pronto vuestro reino, donde unidos eternamente con Vos, amándonos cara á cara con todas nuestras fuerzas, no tendremos ya temor ni peligro de perders; y cuando nos veamos afligidos de trabajos, ó vilipendiados del mundo, consolémonos con la gran recompensa que Dios prepara á los que padecen por su amor: *Gozaos en aquel día y regocijaos: porque vuestro galardón grande es en el cielo* <sup>10</sup>.

San Cipriano dice que el Señor quiere con razón que nos gocemos en las penas y en las persecuciones, porque entonces se prueban los verdaderos soldados de Dios, y las coronas se distribuyen á los fieles <sup>11</sup>.

Pronto está mi corazon, ¡oh Dios mio! *paratum cor meum*; heme dispuesto para todas las cruces que dispongais deba sufrir. No, no quiero delicias y placeres en esta vida: no merece placeres el que os ha ofendido y se ha merecido el infierno. Preparado estoy á sobrellevar todas las enfermedades, todos los trabajos que me enviáreis, á abrazar todos los desprecios de los hombres: estoy contento, si así os place, de que me privéis de toda consolación, así espiritual como corporal, mientras no me privéis ni de vos ni de vuestro amor. No lo merezco, Señor, pero lo espero por el precio de aquella sangre que derramásteis por mí. Os amo, Dios mio, amor mio, mi todo. Yo viviré eternamente, y

como lo espero, os amaré por toda la eternidad: mi gloria será gozar de la felicidad sin fin que vos merecéis por vuestra bondad infinita.

---

- (1) II Cor., V, 6.—(2) II Cor., VI, 3.—  
(3) Eph. II, 18.—(4) Eph. I, 18 —(5) In  
Sent., núm. 156.—(6) Psal. CXVIII, 19.  
—(7) Psal. CIX, 5.—(8) Hebr. IV, 11.—  
(9) Mor. hom., 7.—(10) Luc. VI, 28.—  
(11) Epíst. VI, ad Tibeeritan.
-

## CAPÍTULO III

**Dios merece ser amado sobre todas las cosas.**

Santa Teresa dice que cuando Dios llama á una alma á su amor le hace un favor grande. Amémosle pues nosotros que somos llamados á este amor, y amémosle como desea ser amado: *Amarás al Señor Dios tuyo de todo tu corazón.* El venerable Luis de la Puente no consideraba bastante digno decir á Dios: *¡Señor, os amo más que á todas las cosas, más que á todas las riquezas, más que á todos los honores y placeres de la tierra!* porque en-

tendia que estas palabras equivalían á decir: *Dios mio, os amo más que á la paja, más que al humo, más que al fango.*

Pero Dios se contenta con ser amado de nosotros sobre todas las cosas; digámosle pues: Si, Dios mío, os amo más que todos los honores del mundo, más que todas las riquezas, más que á todos mis parientes y amigos: os amo más que la salud, más que el honor, más que la ciencia, más que todos los consuelos: en una palabra, os amo más que todo lo que me pertenece: más que á mí mismo.

Prosigamos aún y digámosle: Señor, amo vuestras gracias y dones; pero amo más que todas estas mismas gracias á vos, porque sólo vos sois

la bondad infinita, el bien infinitamente amable que escede á todo otro bien. Esta es la razón, ¡oh Dios mio! por la cual, cualquiera que sea vuestra dádiva no bastará á contentarme si no fuéseis vos mismo: y si se me os dais, vos sólo me bastaréis. Que busquen los otros lo que quieran, yo no he de buscar más que vuestra posesión, á vos sólo, amor mio, mi todo. En vos sólo encuentro cuanto puedo desear y hallar.

La sagrada esposa dice, que ella ha elegido entre millares á su muy amado para amarle<sup>1</sup>. Y nosotros, ¿á quién elegiremos para dedicarle nuestro amor? Entre todos los amigos de este mundo, ¿cuál hallaremos más amable y más fiel que Dios, y que nos haya

amado más que Dios? Roguémosle, pues, y roguémosle constantemente: *Trahe me post te*: Señor, llevadme hácia vos; porque si vos no me lleváis, yo no puedo llegar á vos.

¡Oh, Jesús mío y Salvador mío! ¿Cuándo llegará el día en que despojado de todo otro afecto no anhele ni busque más que á vos? Quisiera despojarme de todo, pero á menudo entran en mi corazón ciertos afectos importunos que me distraen de vos. Desatadme de ellos, Señor, con vuestra mano omnipotente: hacéos vos mismo el único objeto de todo mi amor y de todos mis pensamientos.

San Agustín dice, que el que tiene á Dios lo tiene todo, y que el que no tiene á Dios no tiene nada. ¿De qué le sirven



al poderoso los tesoros de oro y piedras preciosas, si no posee á Dios? ¿De qué le sirve á un monarca tener muchos reinos, si no tiene la gracia de Dios? ¿De qué le sirve á un sábio poseer todas las ciencias y hablar muchas lenguas, si no sabe amar á su Dios? ¿De qué le sirve á un general mandar todo un ejército, si vive esclavo del demonio y alejado de Dios?

David, cuando era Rey pero estaba en pecado, se iba á sus jardines, á sus cacerías, y á otros placeres; mas parecía que todos estos objetos le gritaban: *¿En dónde está tu Dios? ¿Ubi est Deus tuus?* <sup>2</sup>. ¿Quieres encontrar el contento en nosotros? Ve, vuelve al Dios que has abandonado; él sólo puede satisfacerte. Entonces confesaba el santo rey, que en medio

de todas las delicias no encontraba la paz: lloraba noche y día sin distraer su pensamiento de que estaba sin Dios.

En medio de las miserias y sinsabores de este mundo, ¿quién puede consolarnos mejor que Jesucristo? Por esto dice: *Venid á mí los que estais trabajados y vais cargados, y yo os aliviare*<sup>s</sup>. ¡Oh, locura de los mundanos! Una alma que esté en gracia encuentra más consuelo en una sola lágrima derramada por dolor de sus pecados, más en esta exclamación: ¡oh Dios mío! proferida con amor, que podría hallar un hombre mundano en mil banquetes, espectáculos ó festines. Locura, lo repito, pero locura que no tendrá remedio cuando llegue la muerte rodeada de oscuridad, de que habla el Evan-

gelio. Por esto nos aconseja el Salvador, que caminemos mientras nos favorece la luz, porque llegará la noche, durante la cuál nada ya podremos hacer <sup>4</sup>.

Sea Dios, pues, todo nuestro tesoro, todo nuestro amor; todos nuestros deseos sean agradar á Dios, el cual jamás se queda atrás en amor; él remunera con el ciento por uno todo lo que se hace por agradarle.

Sed vos, ¡oh Dios mío! mi único bien, el amor dominante de mi alma; y como yo os prefiero en amor á todas las cosas, disponed que en todas las cosas prefiera vuestra voluntad á mi propio placer. Jesús mío, espero de vuestra sangre no amar más que á vos sobre la tierra, durante lo que

me queda de vida, para que logre algún día la gloria de poseeros en el reino eterno de los bienaventurados. Virgen santa, socorredme con vuestros poderosos ruegos, y llevadme á besaros vuestros sagrados pies en el paraíso.

---

(1) Cant. V, 10.—(2) Psal. XLI, 14.—  
(3) Matth. XI, 23.—(4) Joann. IX, 4:  
XII, 85.

---

## CAPÍTULO IV

**Para hacerse santa una alma,  
es menester que se dé toda á  
Dios sin reserva.**

San Felipe Neri decía que, cuanto más amor pongamos en las criaturas, otro tanto quitamos á Dios; y por esto nuestro Salvador es celoso de nuestros corazones: *celoso es Jesús*, dice San Jerónimo. Porque nos ama mucho quiere reinar solo en nuestro corazón, y no sufre rivales que le roben parte alguna del amor que quiere todo entero para sí: por esto experimenta tan grande disgusto al vernos aficionados, apegados á cualquier afecto que no sea el suyo. ¿Acaso

exige demasiado este divino Salvador, después de habernos dado su sangre y su vida, muriendo en una cruz? ¿No merecerá tal vez ser amado por nosotros de todo nuestro corazón y sin reserva?

San Juan de la Cruz dice que todo apego á la criatura impide ser enteramente de Dios. Hay almas llamadas por Dios á la santidad; pero si estas almas obrando con reserva y no entregando á Dios todo su amor, conservan alguna afección á las cosas terrenas, no se hacen santas ni llegarán á serlo jamás: quisieran volar, pero sus ataduras las retienen: no vuelan, y quedan siempre pegadas á la tierra <sup>1</sup>. Preciso es, pues, desprenderse de todo. Un hilo, pequeño ó grande, añade el mismo santo, basta

para detener el vuelo de una alma hacia Dios.

Santa Gertrudis pidió un día al Señor, le indicase lo que quería de ella. El Señor la respondió: *No quiero de tí más que un corazón vacío*. Esto le pedía á Dios el santo rey David <sup>2</sup>. ¡Dios mío! dadme un corazón puro, esto es, vacío, despojado de toda afección mundana.

*Todo por todo*, escribe Tomás de Kempis. Es necesario darlo todo para ganarlo todo. Para poseer á Dios enteramente, es necesario apartarnos de todo lo que no sea Dios. Entonces podrá el alma decir al Señor: Jesús mío, todo lo he dejado por vos, ahora entregaos vos todo á mí.

Para llegar á esto, es preciso rogar á Dios sin descanso tenga á bien llenarnos de su

santo amor. El amor divino es este fuego poderoso que consume en nuestros corazones todas las afecciones que no van encaminadas á Dios. San Francisco de Sales decía que, cuando se ha prendido fuego en una casa, se arrojan todos los muebles por las ventanas: quería decir, que cuando el amor divino prende fuego y toma posesión de un corazón, esta persona no tiene ya necesidad de sermones ni del director espiritual para desprenderse del mundo: el mismo amor de Dios quemará y despojará aquel corazón de todas las afecciones impuras.

El amor divino está simbolizado en el Cantar de los Cantares por la bodega del esposo: *Me introdujo en la cámara del vino, ordenó en mí la caridad*<sup>B</sup>.



En esta bienaventurada bodega, embriagadas las esposas de Jesucristo con el vino del santo amor, pierden el sentimiento de las cosas del mundo, y no miran más que á Dios, no buscan en todas las cosas más que á Dios, no hablan ni quieren oír hablar más que de Dios. Si delante de ellas se nombran las riquezas, las dignidades, los placeres, se vuelven hacia Dios y le dicen con un inflamado suspiro: *¡Mi Dios y mi todo!* Dios mío, ¿para qué quiero yo los placeres, los honores, el mundo entero? Vos sois todo mi bien, todo mi contento.

Santa Teresa, hablando de la oración de unión, dice que esta unión consiste en dejar de existir para todos los objetos del mundo, á fin de no poseer más que á Dios.

Los medios más principales para entregarse á Dios son estos tres: 1.º Huir de toda especie de faltas, hasta las más leves, venciendo toda voluntad mal ordenada; comò es abstenerse de la curiosidad de ver ó de escuchar, de gustar algún placer sensible aunque ligero, de emplear tal palabra festiva é inútil, y de otras cosas parecidas. 2.º Entre las cosas buenas escoger la mejor, la que más agrada á Dios. 3.º Recibir en paz, con acción de gracias, de la mano de Dios, las cosas que repugnan á nuestro amor propio.

Jesús mío, amor mío, mi todo, ¿cómo puedo contemplaros muerto sobre un infame patibulo, despreciado de todo el mundo, consumido de dolores, y buscar yo todavía los

placeres y la gloria de la tierra? Quiero ser todo de vos. Olvidad mis ofensas y recibidme, hacedme conocer aquello de que debo apartarme, y lo que debo hacer para agradaros: que todo esto quiero hacerlo. Dadme vos fuerza para ejecutarlo y para seros fiel.

Amable Redentor, vos deseais que yo me entregue todo á vos y sin reserva, para unirme todo á vuestro corazón: pues ved ahí que desde hoy me entrego todo á vos sin reserva. Sí, todo entero. Espero que me concederéis la gracia de seros fiel hasta la muerte. ¡Oh madre de Dios, y madre mía, María! obtenedme la santa perseverancia.

---

(1) Psal. LIV, 7.—(2) Psal. L, 12.—  
(3) Cant. II, 4.

---

## CAPÍTULO V

**Dos grandes medios para llegar á ser santo: el deseo y la resolución de serlo.**

Toda la santidad consiste en amar á Dios. El amor divino es aquel tesoro infinito por el cual adquirimos la amistad de Dios <sup>1</sup>. Dios está pronto á darnos este tesoro de su santo amor, pero quiere que él sea el objeto de nuestros más ardientes deseos. Cuando se desea tibiamente un bien cualquiera, no se pone grande empeño en conseguirlo: por lo contrario, como dice San Lorenzo Justiniano, un fervo-

roso deseo hace llevaderas las penas, é infunde nuevas fuerzas.

Así el que tiene poco anhelo de adelantar en el amor divino, en vez de enfervorizarse en la perfección, se irá enfriando cada vez más; y siguiendo más frío, se verá en gran peligro de caer por fin en algún precipicio. Al contrario, el que aspire á la perfección con ardiente deseo, y se esfuerce por adelantar en ella de día en día, éste, con el tiempo, lo conseguirá. *Dios, dice Santa Teresa, no reserva sus grandes favores, sino para aquél que desea fervorosamente su santo amor.* Y en otro lugar: *Dios no deja un buen deseo sin recompensa.* De donde toma la Santa ocasión de exhortarnos á no envilecer nuestros deseos,

porque, como ella dice, *con la confianza en Dios, por nuestros esfuerzos podremos llegar poco á poco á donde han llegado los Santos.*

Es un engaño del demonio, según el parecer de la misma Santa, el creer que es soberbia el desear ser santo. Lo sería sin duda y sería además vana presunción, si pusiésemos nuestra confianza en nuestras obras ó en nuestras resoluciones; pero no así cuando todo lo esperamos de Dios: esperándolo de Dios se nos dará la fuerza que nos falta. Deseemos, pues, con ardor llegar á un grado sublime de amor de Dios, y digamos con valentía: *Todo lo puedo en aquel que me conforta* <sup>2</sup>; y si no hallamos en nosotros aquel deseo ardiente, pidámoslo por lo menos incesantemen-

te á Jesucristo, que él nos lo concederá.

Pasemos ahora al segundo medio, que es la resolución. Los buenos deseos deben ir acompañados de la resolución de una alma determinada á hacer todos los esfuerzos para conseguir el bien que desea. Muchos desean la perfección, pero nunca ponen en práctica los medios. Anhelan irse á sepultar en un desierto, hacer ejemplar penitencia, grandes oraciones, sufrir el martirio; pero todos estos deseos se reducen á puras veleidades, que en lugar de ayudarles, les harán más daño. Estos son aquellos *deseos que matan al perezoso*, como dice la Escritura <sup>8</sup>.

Mientras se alimentan de estos ineficaces deseos, no se esmeran en desarraigar y lanzar

de sí sus defectos, en mortificar sus apetitos, en sufrir con paciencia los desprecios y las contradicciones. Desean hacer grandes cosas, pero incompatibles con su actual estado; y mientras esto sucede, crece más y más su imperfección. Cualquier adversidad los desconcierta, cualquier enfermedad los impide, y habiendo vivido imperfectos con tal conducta, mueren en la imperfección en que han vivido.

Si pues, queremos efectivamente ser santos, hagamos antes la resolución, 1.º De huir de toda culpa venial, por ligera que pueda parecernos. 2.º De desprendernos de toda afección hacia las cosas terrenas. 3.º De no faltar nunca á los ejercicios cotidianos de oración y mortificación, cualquie-



ra que sea el tedio y desgano que sentimos. 4.º De meditar cada día la pasión de nuestro Señor Jesucristo, la cual inflama de amor divino á todos los corazones que la meditan. 5.º De resignarnos con santa paz á la voluntad de Dios en medio de todas las contradicciones. El padre Baltasar Alvarez decía: *El que se resigna á la voluntad divina en los trabajos, corre hacia su Dios por la posta.* 6.º En fin, de pedir continuamente á Dios el don de su santo amor.

*Resolución, resolución,* decía Santa Teresa: *el demonio no teme á las almas irresueltas:* al contrario, el que está resuelto á entregarse de veras á Dios, vencerá lo que le parecía insuperable: una voluntad resuelta triunfa de todo. Tra-

bajemos por ganar el tiempo perdido, y dediquemos á Dios todo el que nos queda. Todo el tiempo empleado sin servir á Dios es tiempo perdido. ¿Queremos tal vez provocar á Dios á que nos abandone en nuestra tibieza, que nos conducirá á la perdición? No; cobremos valor y vivamos en adelante con esta máxima: *Agradar á Dios y morir*. Una alma resuelta con tal firmeza volará, con la ayuda de Dios, por la carrera de la perfección.

Una alma que quiere ser toda de Dios debe estar dispuesta á poner en práctica las siguientes resoluciones: 1.º No cometer jamás ningún pecado venial, por leve que sea. 2.º Entregarse á Dios sin reserva, y para esto no dejar

de practicar todo lo que sea del agrado de Dios, con la aprobación de nuestro director espiritual. 3.º Entre las buenas obras elegir aquellas que más agraden á Dios. 4.º No esperar á mañana para hacer el bien que podemos hacer hoy. 5.º Pedir á Dios todos los días la gracia de crecer en su amor. Con este amor lo haremos todo: sin este amor nada haremos. Es necesario darlo todo para alcanzarlo todo. Para que fuésemos totalmente de Jesús, se nos entregó Jesús todo entero á nosotros.

Desgraciado de mí ¡oh Dios de mi alma! Después de tantos años que estoy sobre la tierra, ¿qué adelantamiento he procurado alcanzar en vuestro amor? Mis progresos han sido en los defectos, en el amor

propio, en el pecado. ¿Y habré de continuar la vida de este modo hasta morir? No, Jesús mío: no, Salvador mío. Ayúdame: no quiero morir tan ingrato, como lo he sido hasta ahora.

Quiero amaros ya con toda verdad, y desprenderme de todo para agradaros. Dadme la mano ¡oh Jesús mío! vos que habéis derramado toda vuestra sangre, esperando que me entregaría enteramente á vos: sí, quiero ser todo de vos, con el auxilio de vuestra gracia. Cada día doy un paso más hacia la muerte; ayúdame á que me desprenda de cuanto pudiera impedirme ser todo de vos, de vos que me habéis amado tanto. Hacedlo por vuestros merecimientos; lo espero de vuestra bondad. Tam-

bién lo espero de vos ¡oh Virgen María, oh Madre mía! Por vuestros ruegos, que lo pueden todo de Dios, alcanzadme la gracia de ser todo suyo.

---

(1) Sap. VII, 14.—(2) Philip. II, 14.—  
(3) Prov. XXI, 25.

---

## CAPÍTULO VI

### **De la ciencia de los Santos.**

Hay sobre la tierra dos clases de ciencia, una celestial y otra mundana. La primera es la que nos conduce á agradar á Dios y á ser grandes en el Reino de los cielos: la segunda es la que nos lleva á sólo complacernos á nosotros mismos, y á hacernos grandes en el mundo. Pero *esta ciencia mundana es una locura delante de Dios* <sup>1</sup>. Locura, porque esta ciencia vuelve locos á todos los que la cultivan, los hace locos y semejantes á las bestias, enseñándoles á satis-

facen sus apetitos sensuales, como hacen las bestias. San Juan Crisóstomo dice: *Llamamos hombre al que conserva la imagen de hombre sin lunar. ¿Pero en qué consiste esta imagen? En ser racional.* Para conservar la imágen del hombre es menester ser racional, ó sea, obrar conforme á razón.

De donde debemos concluir que, así como una bestia que obrase racionalmente obraría como hombre, del mismo modo se conduce como animal el hombre que obra según el apetito de sus sentidos.

Pero aun concretándonos á la ciencia humana y natural de las cosas de la tierra, ¿qué es lo que saben los hombres después de todos sus estudios? ¿Qué alcanzamos á ser nosotros sino ciegos como topos,

pues que fuera de las verdades que conocemos por la fé, no conocemos lo demás sino por conducto de los sentidos y por conjeturas, de modo que casi todo es para nosotros incierto y falible? ¿Qué escritor de tales materias se ha visto exento de la crítica de los unos, después de haber sido aplaudido por los otros? Pero la desgracia que hay en esto consiste en que la ciencia mundana, como dice San Pablo, hincha, los hace soberbios y despreciadores de los demás, defecto muy pernicioso al alma, porque Dios, según el apóstol Santiago, niega sus gracias á los soberbios, y no las concede más que á los humildes <sup>8</sup>.

¡Oh, si los hombres obrasen según la razón y la ley de Dios! ¡Si supiesen tomar sus



precauciones, no sólo por la vida temporal, que no dura más que un instante, sino por la vida que es eterna! <sup>3</sup>. Ciertamente se ocuparían en adquirir ante todo la ciencia aquella por cuyo medio se obtiene la eterna felicidad y se evita la desgracia eterna.

San Juan Crisóstomo nos aconseja que vayamos á los sepulcros de los muertos, para aprender en ellos la ciencia de la salvación. *¡Que vayamos á los sepulcros!* ¡Oh, cuán hermosa escuela de verdad no es el sepulcro, para comprender la vanidad del mundo! *¡Que vayamos á los sepulcros!* Yo no descubro allí más que huesos y gusanos, añade el Santo Doctor; ¡huesos! ¡podredumbre, gusanos! Allí yo no sabría distinguir quién fué el ignorante,

quién fué el letrado: allí no se descubre otra cosa sino que la muerte pone fin á todas las glorias de este mundo. ¿Qué queda ahora de un Demóstenes, de un Cicerón, de un Ulpiano? *Durmieron su sueño, y nada encontraron en sus manos* <sup>4</sup>.

Dichoso aquél que ha recibido de Dios la ciencia de los Santos <sup>5</sup>. ¡Esta ciencia consiste en saber amar á Dios! ¡Cuántas personas hay en este mundo eminentes en las bellas letras, en las matemáticas, en las lenguas extranjeras y antiguas! Pero ¿de qué les aprovecharán todos estos conocimientos, si no saben amar á Dios? *Feliz aquél, decía San Agustín, que conoce á Dios, aunque no sepa más. El que conoce á Dios y le ama, aun cuando ignorase todo lo que*

saben los demás hombres, sería más sabio que todos los sabios que no saben amar á Dios.

*Los ignorantes se levantan y cogen el cielo*, exclamaba el mismo San Agustín. ¡Oh! cuán sabios fueron un San Francisco de Asís, un San Pascual, un San Juan de Dios, privados en verdad de la ciencia mundana, pero sabios en la divina! *¡Oh Padre mio!* dice el Salvador, *habéis ocultado estas cosas á los sabios y prudentes, y las habéis revelado á los párvulos* <sup>6</sup>. Por los sabios se entienden aquí los sabios del mundo, aquellos que no piensan más que en procurarse las riquezas y los honores mundanos, haciendo poco caso de los bienes eternos. Por los párvulos deben entenderse las almas sencillas como niños,

poco instruídas en la ciencia del siglo, pero muy atentas á agradar á Dios.

¡Ah! no envidiemos á los que saben mucho, envidiemos si á los que saben amar á Jesucristo. Imitemos á San Pablo, que escribe no querer saber más que á Jesucristo, á Jesucristo crucificado <sup>7</sup>. Dichosos nosotros, si llegamos á conocer el amor que nos ha tenido Jesús crucificado, y si con el auxilio de este documento de la caridad de todo un Dios, alcanzamos la ciencia de su amor.

¡Oh Dios mío! ¡mi verdadero y perfecto amigo! ¡En dónde podré encontrar quien me ame tanto como vos me habéis amado! Hasta ahora no he hecho más que perder el tiempo en aprender muchas cosas que

ningún socorro han traído á mi alma, y he pensado poco en aprender á amaros. Conozco que he perdido mi vida. No obstante siento ¡Oh Dios mío! que me llamais á vuestro amor; ved ahí pues que lo abandono todo para siempre; mi único pensamiento será de hoy en adelante agradaros á vos, Soberano bien mío. Yo me entrego todo á vos; recibidme, dadme fuerza para seros fiel, no quiero tener más dominio sobre mí, sino ser todo vuestro, si, todo de vos. ¡Oh Madre de Dios, socorredme todavía con vuestro ruego!

---

(1) I Cor. III, 19.—(2) *Deus superbia resistit, humilibus autem dat gratiam.* Jac. IV, 6.—(3) *Utinam saperent et intelligerent et novissima prouiderent.* Deut. XXXII, 29.—(4) Psal. LXXV, 6—(5) *Dedit illi scientiam sanctorum.* Sap. X, 10.—(6) Matth, XI, 25.—(7) I Cor. II, 2.

---

## CAPÍTULO VII

**Nuestra salud eterna está en la oración.**

La oración no sólo es útil, sino necesaria para nuestra salvación: así es que Dios, que quiere que nos salvemos todos, nos la impone como un precepto: *Pedid y os será concedido* <sup>1</sup>. Uno de los errores de Wiclef, condenado por el concilio de Constanza, era decir, que la oración es de consejo y no de precepto para nosotros. *Es menester orar siempre* <sup>2</sup>; y adviértase que no dice, *es provechoso*, ni *conveniente*, sino *es menester orar*. Por eso los

doctores enseñan con verdad, que comete falta grave el que descuida encomendarse á Dios, al menos una vez al mes, y en todas las ocasiones en que lucha con alguna tentación violenta.

La razón de esta necesidad de encomendarnos á Dios á menudo, nace de nuestra insuficiencia para hacer ninguna obra buena, y tener por nosotros mismos ningún buen pensamiento <sup>3</sup>. Esto hacía decir á San Felipe Neri que no confiaba en sí mismo. Dios, dice San Agustín, no desea otra cosa sino derramar sus gracias: pero no las concede sino á los que las piden. Y añade el Santo Doctor particularmente, que *la gracia de la perseverancia no se dá sino al que la busca* <sup>4</sup>.

Ya que el demonio no cesa de dar vueltas á nuestro alrededor para devorarnos, debemos buscar continuamente nuestra defensa en la oración; *le es necesaria al hombre la oración continua*, como dice Santo Tomás <sup>5</sup>. Jesucristo es el primero que lo ha enseñado así: *Conviene orar siempre y no desfallecer* <sup>6</sup>. De lo contrario, ¿cómo podríamos nosotros resistir á las continuas tentaciones que experimentamos de parte del mundo y del infierno? Es un error de Jansenio, condenado por la Iglesia, asegurar que hay preceptos que nos es imposible observar, y que nos falta á veces la gracia que debe hacérmolos posibles. *Dios es fiel*, dice San Pablo, *y no permite que la tentación sea mayor que nuestras fuerzas* <sup>7</sup>. Pero



quiere que acudamos á él cuando nos asalta la tentación y le pidamos el auxilio necesario para resistirla. Nosotros no podíamos observar la ley sin la gracia. Dios nos ha dado la ley para que busquemos la gracia, y nos concede después la gracia para que cumplamos la ley <sup>8</sup>. Todo lo cual explicó bien el concilio de Trento, cuando dice: *Dios no ordena lo imposible; sino que cuando ordena algo, nos advierte que hagamos cuanto esté de nuestra parte, y que pidamos lo que no podemos, y nos ayuda para que podamos* <sup>9</sup>.

El Señor, pues, se halla enteramente dispuesto á prestarnos su auxilio para que no sucumbamos en la tentación; pero no concede estos auxilios sino á los que acuden á El en

tiempo de la tentación, y especialmente en las tentaciones contra la castidad, como lo dijo el Sabio: *Y como llegué á entender que de otra manera no podría ser continente, si Dios no me lo otorgaba, acudí al Señor y se lo pedí con fervor* <sup>10</sup>. Ello es que nosotros no tenemos la fuerza suficiente para domar los apetitos carnales, á no ser que *nos lo otorgue Dios*, á no ser que Dios venga en nuestro auxilio; pero Dios no vendrá, sin que se lo pidamos, y pidiéndoselo ciertamente lo tendremos para resistir á todo el infierno por la virtud de este Dios que nos fortalece, como dice San Pablo <sup>11</sup>.

Es también importante para obtener la gracia del Señor el recurrir á la intercesión de los

Santos, que pueden mucho con Dios, mayormente cuando ruegan por sus particulares devotos. No es este un acto de devoción arbitraria, sino un deber, como lo ha dicho expresamente Santo Tomás. Según este Santo, el orden de la ley exige que nosotros los mortales recibamos los socorros necesarios para salvarnos mediante la intercesión de los Santos <sup>12</sup>.

Y esto debe entenderse mayormente de la intercesión de la Santísima Virgen María, cuyos ruegos valen más que los de todos los Santos, con tanto mayor motivo, dice San Bernardo <sup>13</sup>, cuanto por medio de Maria es como logramos acceso hasta Jesucristo nuestro mediador y Salvador. Pienso haber probado suficientemente

en mi obra sobre las *Glorias de Maria*, cap. 5, § *I y II*, así como en mi libro sobre la *Oración*, cap. 1, la doctrina sostenida por muchos Santos, y particularmente por San Bernardo, y muchos teólogos, tales como el P. Alejandro y el P. Contenson, que todas las gracias que recibimos de Dios las obtenemos por la mediación de Maria. San Bernardo añade: *Busquemos la gracia, y busquémosla por medio de María, porque el que busca encuentra, y no puede salir frustrado su ruego*. San Pedro Damian, San Buenaventura, San Bernardino de Sena, San Antonino y otros, son igualmente de este parecer.

Roguemos, pues, y roguemos con confianza, dice el Apóstol <sup>14</sup>. Jesús, sentado aho-

ra en el trono de la gracia para consolar á todos los que recurren á él, ha dicho: *Pedid, y os será dado* <sup>15</sup>. En el día del juicio estará también sentado en un trono; pero este trono será el de la justicia. ¡Qué insensato es aquél que pudiendo librarse de su miseria con recurrir á Jesús que le ofrece su gracia, espera al día del juicio en que Jesús será su juez y no usará ya de misericordia! Nos dice ahora que nos concederá cuanto le pidamos con confianza <sup>16</sup>. ¡Qué más pudiera uno decir á un amigo para probarle su afecto? *Pídemelo cuanto quieras, yo te lo daré.*

Santiago añade: *Si alguno de vosotros necesita sabiduría, demándela á Dios, que la da á todos copiosamente, y no zahiere; y le será concedida* <sup>17</sup>.

La sabiduría de que se trata aquí es la sabiduría de la salvación. Para alcanzar esta sabiduría es preciso pedir al Señor las gracias necesarias á la salud espiritual. ¿Y nos las concederá el Señor? Sí: nos las concederá y nos concederá con profusión más de las que le habremos pedido. Téngase presente que se ha dicho, que *no zahiere á nadie*. Si el pecador se arrepiente de sus culpas, y pide á Dios su salud, Dios no hará como los hombres, que afean á un ingrato su ingratitud y le niegan lo que les pide; sino que le concederá sin demora todo lo que le habrá pedido y mucho más.

Si, pues, queremos salvarnos, es menester que hasta la muerte no cese nuestra oración y que digamos: ¡Dios mio, so-

corredme! ¡Misericordia, Jesús! ¡Misericordia, oh Virgen María! Si abandonamos la oración, nuestra perdición es segura. Roguemos por nosotros, y también por los pecadores, cosa que tanto agrada á Dios; roguemos también cada día por las almas del purgatorio: estas santas prisioneras son muy agradecidas á las oraciones que por ellas se hacen. Cada vez que oremos, pidamos al Señor su gracia por los méritos de Jesucristo, porque el Señor ha dicho que nos concederá cuanto le pidamos en su nombre <sup>18</sup>.

¡Dios mio' esta es la gracia que os pido en el día de hoy por los méritos de vuestro divino Hijo: haced que durante toda mi vida, y sobre todo en mis tentaciones, recurra á vos:

espero que me ayudaréis por el amor de Jesús y de María. ¡Virgen santa! alcanzadme esta gracia de que depende mi salud.

---

(1) Matth. VII, 8.—(2) Luc. XVIII, 1.—(3) Joann. XV, 5: II Cor. III, 5.—(4) In Psal. C.—(5) 8 p. q. 89, a. 5.—(6) Luc. XVI, 1.—(7) I Cor. X, 13.—(8) S. Aug. In Psal. C.—(9) Sess. VI, 11.—(10) Sap. VIII, 21.—(11) *Omnia possum in eo qui me confortat.* Phil. IV, 13.—(12) 4 Sent. Dist. 45 q. 3, a. 2.—(13) Serm. Dom. inf. oct. Assumpt.—(14) Hebr. IV, 16.—(15) Matth. VII, 7.—(16) Marci. XI, 24.—(17) Jac. I, 5.—(18) Joann. XVI, 25.

---



## CAPÍTULO VIII

### **Llegará el día de mi muerte.**

Es muy conducente á la salvación repetir á menudo: *Llegará el día de mi muerte*. La Iglesia renueva este recuerdo á los fieles el miércoles de ceniza de cada año. Pero esta idea de la muerte nos es representada frecuentemente en el curso del año, ya en los cementerios que encontramos en los caminos, ya en las sepulturas que vemos en la Iglesia, y ya finalmente en los mismos muertos que llevan á enterrar.

Los muebles más preciosos que han usado los anacoretas

en sus grutas, eran una cruz y una calavera: aquélla para recordarles la muerte de Jesucristo por amor á los hombres, y ésta para que no olvidasen que eran mortales. Y así perseveraban en la penitencia hasta el fin de sus días, y muriendo pobres en el desierto, morían más contentos que los monarcas en sus palacios.

*Se acerca el fin, el fin se acerca* <sup>1</sup>. Uno vive más largo tiempo, otro menos; pero todos, tarde ó temprano, debemos morir, y á la hora de la muerte el solo consuelo que experimentaremos será haber amado á Jesucristo y haber sufrido por su amor los trabajos de la vida.

Entonces no podrán ni las riquezas atesoradas, ni los honores adquiridos, ni los place-

res gustados consolarnos: todas las grandezas de este mundo no dan consuelo á los moribundos, sino pena; y cuanto más buscadas han sido, tanto mayor pena darán. Por lo contrario, todos juntos serán nuestro suplicio, y cuanto más numerosos habrán sido los bienes mundanos, más y más terribles serán nuestros castigos.

Sor Margarita de Santa Ana religiosa carmelita descalza é hija del Emperador Rodolfo II, decía: *¿De qué sirven los imperios en la hora de la muerte?* ¡Ah! Á cuántos mundanos les sucede que, cuando están más ocupados en procurarse ganancias, poder y honores, les llega la hora de la muerte y se les dice: *Dispón de tu casa, porque vas á morir*

*y no vivirás* <sup>2</sup>. Señor fulano, es tiempo de pensar en hacer testamento, porque se encuentra usted mal. ¡Oh! cuál será la pena de este hombre que estaba en visperas de ganar un pleito, de adquirir una posesión ó un palacio, al oír al sacerdote, que encomendándole el alma, le dirá: *¡Sal, alma cristiana, de este mundo!* ¡Sal de este mundo y vé á rendir tus cuentas á Jesucristo!—¡Ay! no estoy en disposición.—No importa: es necesario partir.

¡Oh Dios mío! ¡Iluminadme, dadme la fuerza suficiente para consagrar el resto de mis días á vuestro servicio y á vuestro amor! Si en este instante llegase la hora de mi muerte, yo no moriría contento, moriría en la inquietud y en la ansiedad. ¿Pues á qué es-

pero? ¿A qué me coja la muerte con gran peligro de mi eterna salvación? Señor, si he sido un loco hasta el presente, no quiero serlo más. Yo me entrego enteramente á vos: aceptadme y socorredme con vuestra gracia.

A cada uno le llegará su fin, y con él el decisivo momento de una eternidad de bienaventuranza ó de una eternidad de condenación. ¡Oh! si pensásemos todos en este momento grande, y en las cuentas que deberemos dar al Juez de toda nuestra vida <sup>2</sup>. ¡Si louviésemos presente, no nos ocuparíamos, no, en amontonar tesoros; no nos fatigaríamos en correr detrás de las grandezas en esta vida que acaba, más pensaríamos en santificarnos y hacernos grandes en la

vida que no acaba jamás. Si, pues, tenemos fé y creemos que hay muerte, juicio y eternidad, procuremos no vivir sino para Dios en los días que nos restan. Pasemos por la tierra como peregrinos, pensando que pronto habremos de abandonarla; tengamos delante de la vista la imagen de la muerte, y en los negocios de este mundo hagamos lo que á la hora de la muerte sentiremos no haber hecho.

Todas las cosas de la tierra nos dejarán, ó nosotros las dejaremos. Escuchemos á Jesús que nos dice: *Atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde no los consume orin ni polilla* <sup>8</sup>. Despreciemos los tesoros de la tierra que no pueden contentarnos y presto acaban; adquiramos los tesoros

del cielo que nos harán felices y no tendrán fin.

Desgraciado de mí, ¡oh Dios mío! que os he vuelto las espaldas tantas veces á vos, bien infinito, por las cosas de la tierra! Reconozco mi error de haber buscado hasta ahora cómo adquirir celebridad y fortuna en este mundo. El solo bien que anhele ya es poderos amar y hacer vuestra santa voluntad. ¡Oh Jesús mío! desterrad de mí todo deseo de querer figurar, y hacedme apetecer los desprecios y la vida retirada. Dadme fortaleza para negarme yo á mí mismo todo aquéllo que pudiera desagradaros. Haced que abrace en santa paz las enfermedades, las persecuciones, los dolores y todas las cruces que vos me enviáreis. ¡Oh! séame

dato morir por vuestro amor,  
abandonado de todo el mundo,  
como moristeis vos por mí.  
¡Virgen Santa Maria! vuestros  
ruegos pueden hacerme hallar  
la verdadera felicidad que con-  
siste en amar mucho á vues-  
tro divino Hijo. Rogadle por  
mí: en vos confío.

---

(1) Ezech. VII, 2.—(2) Deut. XXXII,  
28.—(3) Matth, VI, 20.



## CAPÍTULO IX

### **Preparación para la muerte.**

*Está establecido que los hombres mueran una sola vez* <sup>1</sup>: La muerte es cierta. Por el contrario, es incierto el tiempo y el modo de nuestra muerte. Por eso nos exhorta Jesucristo diciendo: *Estad preparados, porque á la hora menos pensada vendrá el Hijo del hombre* <sup>2</sup>.

Dice, estad preparados, y así no creemos bastante para salvarnos el prepararnos para la muerte cuando llega ésta, sino que es menester que entonces nos encontremos dispuestos á

abrazarla de aquel modo y con aquellas circunstancias con que nos acaecerá. Por eso conviene que una vez al mes, cuando menos, se repitan los siguientes actos: ¡Oh Dios mío! pronto estoy á recibir la muerte que me destináreis. Yo la acepto desde ahora y sacrifico mi vida en honor de vuestra Majestad y también en penitencia de mis pecados, conformándome con que esta carne mía por cuyo contentamiento tanto os ofendi, sea devorada por los gusanos y reducida á polvo.

¡Jesús mío! el dolor y la agonía de mis últimos instantes los uno á los dolores y agonía que sufristeis en vuestra muerte. Yo acepto la muerte con todas las circunstancias que vos queráis. Acep-

to el tiempo; de aquí á muchos años, ó en breve: acepto el modo con que llegará, en la cama, ó fuera de ella: presentida ó imprevista, con enfermedad más ó menos dolorosa, como á vos os plazca: me someto en todo á vuestra santa voluntad. Dadme fuerza para soportarlo todo con paciencia.

*¿Qué podré yo dar al Señor en testimonio de reconocimiento por cuanto de él he recibido?* <sup>1</sup>. Os doy gracias, Señor, primeramente por el don de la fé: protesto que deseo morir hijo de la Santa Iglesia Católica. Os doy gracias por no haber ordenado mi muerte cuando estaba en pecado mortal, y por haberme perdonado tantas veces con tanta misericordia. Os las doy también por las luces y las gracias

con que os habéis dignado llamarme á vuestro amor. Os ruego que en la hora de mi muerte me concedais recibir el santo Viático, á fin de que unido á vos comparezca delante de vuestro tribunal.

No soy yo merecedor de escuchar de vuestra boca: *Muy bien, siervo bueno y fiel; porque fuiste fiel en lo poco, te pondré sobre lo mucho, entra en el gozo de tu Señor* <sup>1</sup>. No lo merezco, Jesús mio, porque en ninguna cosa he sido perfectamente fiel; pero vuestra muerte me infunde esperanza de que seré admitido en el cielo, para amaros allí eternamente y de todo mi corazón.

¡Oh amor mio crucificado, tened piedad de mí! Miradme con aquel amor con que me

mirásteis desde la cruz al morir por mí. *No te acuerdes, Señor, de los delitos de mi juventud ni de mis ignorancias.* Los pecados me asustan, pero la cruz en que os contemplo clavado por mi amor me infunde esperanza: *He aquí el leño de la cruz, del cual pende la salud del mundo.* Deseo concluir mis días para poner fin á mis pecados antes de morir. Perdonadme las ofensas que os he hecho, perdonadme por vuestra sangre: *¡Oh sangre del Inocente, lava las manchas del arrepentido!*

Jesús mio, yo abrazo vuestra cruz, y beso las llagas de vuestros pies, en donde deseo exhalar el alma. ¡Oh! no me abandonéis en mis últimos instantes! *Te rogamos que auxilies á tus siervos, ya que los*

*redimiste con tu preciosa sangre.*

Os amo de todo mi corazón, os amo más que á mi mismo, y me arrepiento con toda mi alma de haberos despreciado hasta ahora. Señor, yo estaba perdido, pero vuestra bondad infinita me ha arrancado de las cosas de este mundo: recibid, pues, mi alma desde ahora para aquel momento en que deberá salir de este mundo. Yo exclamaré con Santa Agueda: *Señor, que me apartaste del amor del siglo, recibe mi alma. En ti, Señor, deposité mi confianza, no sea yo confundido para siempre, pues tú me redimiste, Señor, Dios de verdad.*

Virgen Santa, socorredme en la hora de la muerte: *Santa María, madre de Dios, rue-*

*ga por mí, pecador, ahora y en la hora de mi muerte; en ti, Señora, puse mi confianza, no sea yo confundido para siempre. Señor San José, mi protector, obtenedme una santa muerte. Angel mío de mi guarda, Arcángel San Miguel, defendedme del demonio en el último combate. Y vosotros, Santos del paraíso, vosotros, ¡oh defensores míos! socorredme en aquel extremo. Jesús. María y José, téngaos yo á mi lado en la hora de mi muerte.*

---

(1) Hebr. IX, 27.—(2) Luc. XII, 40.—  
(3) Matth, XXV, 21.

---

## CAPÍTULO X

**El que ama á Dios no debe  
aborrecer la muerte.**

¿Cómo aborrecerá la muerte el que vive en gracia de Dios? *El que está en gracia permanece en Dios, y Dios en él* <sup>1</sup>: Así, pues, el que ama á Dios está seguro de su gracia, y muriendo así está seguro de ir á gozar de Dios eternamente en el reino de los bienaventurados. ¿Y un hombre así habrá de temer la muerte?

David ha dicho: *No entres en juicio con tu siervo, porque ningún viviente será justificado en tu presencia* <sup>2</sup>. Mas



esto quiere decir que nadie debe presumir salvarse por sus propios méritos; porque nadie, á excepción de Jesús y María, puede decir que toda su vida ha estado exenta de culpas. Pero cuando se arrepiente uno de sus faltas, cuando ha puesto su confianza en Jesucristo que ha venido al mundo para salvar á los pecadores, no debe temer la muerte. *Vino el Hijo del hombre á salvar lo que habia perecido* <sup>3</sup>.

En efecto, ha muerto, ha derramado su sangre por los pecadores. *La sangre de Jesucristo*, dice el Apóstol, *clama mejor en favor de los pecadores que la sangre de Abel*, pidiendo venganza de su hermano Caín <sup>4</sup>.

Verdad es que sin la revelación divina nadie puede te-

ner la certidumbre infalible de su salvación; pero bien puede tener certidumbre moral de que se ha dado de corazón á Dios y está pronto á perderlo todo, aun la vida, antes que perder la divina gracia. Esta certidumbre está fundada en las promesas de Dios: *Nadie que haya esperado en el Señor, dice la Escritura, ha quedado confundido en su esperanza* <sup>5</sup>. Asegura Dios en varios lugares de las sagradas letras que no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y se salve. *¿Acaso quiero yo la muerte del impío, dice el Señor Dios, y no que se convierta de sus caminos, y viva* <sup>6</sup>?

En otro lugar afirma lo mismo, y añade como un juramento: *Vivo yo, dice el Señor*

Dios; *no quiero la muerte del impio, sino que se convierta y viva* <sup>7</sup>. En el mismo lugar se lamenta Dios de los pecadores obstinados, que prefieren perder su alma antes que dejar el pecado diciendo: *¿Y por qué habéis de morir, casa de Israel?* A todos los que se arrepienten de sus faltas, les promete olvidarlas: *Mas si el impio hiciere penitencia... vivirá... De todas sus maldades que él obró, no me acordaré yo* <sup>8</sup>.

Señales muy ciertas del perdón recibido son para un pecador el aborrecer sus pecados. Un Santo Padre dice que debe estar seguro de haber sido perdonado el que dice con verdad: *He aborrecido y abominado la iniquidad* <sup>9</sup>. Señal cierta es también de haber

recobrado la divina gracia el perseverar en la vida virtuosa por mucho tiempo después del pecado: asimismo son también grandes señales de estar en gracia el tener una firme resolución de perder antes la vida que la amistad de Dios, como igualmente el tener un vivo deseo de amarle y de verle amado de todo el mundo, y sentir pena de verle ofendido.

Pero ¿de qué proviene que algunos grandes santos después de haberse consagrado á Dios enteramente, después de una vida mortificada y desprendida de todos los afectos y bienes terrenos, se han visto acometidos de gran temor, al considerar que iban á comparecer delante de Jesucristo Juez? Respondo: que son po-

cos los santos que al morir hayan sufrido estos temores, queriendo Dios que así se purificasen, antes de entrar en la eternidad, de algunas reliquias de pecado; pero que generalmente todos los santos han muerto con una gran paz y con gran deseo de morir para ir á gozar de Dios. Por otra parte, la incertidumbre de la salvación produce efectos diferentes en los pecadores y en los santos: los pecadores pasan del temor á la desesperación: los santos al contrario, del temor á la confianza, y así mueren en paz.

Por tanto, el que tiene señales de estar en gracia de Dios, debe desear la muerte y repetir estas palabras de Jesucristo: *Venga á nos el tu reino*. Debe echarse en brazos de

la muerte con alegría, así por librarse de los pecados, dejando este mundo donde no se vive sin defectos, como por ir á ver á Dios cara á cara y amarle con todas su fuerzas en el reino del amor.

¡Oh mi amado Jesús! ¡mi Salvador y mi Juez! Cuando habréis de juzgarme, por vuestra misericordia, no me arrojáis al infierno. En el infierno ya no podría yo amaros: mas habría de aborreceros para siempre; ¡y cómo podría yo odiaros á vos que sois tan amable y que me habéis amado tanto! Esta gracia yo no la merezco por mis pecados; mas si yo no la merezco, la habéis merecido vos para mí con la sangre que en medio de tantos dolores derramásteis por mí en la cruz.

En suma. ¡Oh Juez mío, im-  
ponedme todas las penas, pero  
no me privéis de que pueda  
amaros! ¡Oh madre de Dios!  
Mirad que me hallo en peligro  
de condenarme y no poder  
amar á vuestro divino Hijo  
que merece un amor infinito.  
¡Virgen María, socorredme,  
tened piedad de mí!

---

(1) I Joann. IV, 16.—(2) Psal. CXLII,  
2.—(3) Matth. XVIII, 11.—(4) Hebr. XII,  
22.—(5) Eccli. II, 11.—(6) Ezech. XVIII,  
23.—(7) Ezech. XXXIII, 11.—(8) Ezech.  
XVIII, 21.—(9) Psal. CXVIII, 163.

---

## CAPÍTULO XI

### **Nuestra salvación está en la cruz.**

La Iglesia canta en el viernes santo estas palabras: *He aquí el leño de la cruz, del cual pende la salud del mundo.* Nuestra salud está en la cruz, en nuestra resistencia á las tentaciones, en nuestra indiferencia por los placeres de este mundo: nuestro verdadero amor á Dios reside en la cruz.

Debemos, pues, resolvernos á llevar con paciencia la cruz con que Jesucristo ha querido cargar nuestros hombros y á morir en ella por amor de Je-



sucristo, como él murió en la suya por amor nuestro. No hay otro camino para entrar en el cielo que resignarse en las tribulaciones hasta la muerte. Este es el medio de encontrar la tranquilidad aun en los sufrimientos. Pregunto: cuando viene la cruz, ¿qué medio hay para no perder la paz del alma, sino conformarse con la divina voluntad? Si no adoptamos este medio, vayamos donde queramos, hagamos cuanto podamos, no podremos librarnos del peso de la cruz. Por el contrario, si de buen grado la llevamos, ella nos guiará al cielo y nos dará paz en la tierra.

El que rehusa la cruz ¿qué hace? Aumentar su peso. Mas el que la abraza con paciencia aligera la carga, que se con-

vierte en consuelo para él, porque Dios prodiga su gracia á todos los que por agradarle llevan de buen grado la cruz que les ha impuesto. Naturalmente no agrada el padecer; pero cuando el amor divino reina en nuestros corazones nos lo hace agradable.

Si consideramos la bienaventuranza de que gozaremos en el paraíso, si fuésemos fieles al Señor en soportar nuestras penas sin lamentarnos, no nos quejariamos de él cuando nos envia la cruz. Mas exclamaríamos con Job: *Sea mi consuelo, que afligiéndome con dolor no me perdone, ni yo me oponga á las palabras del Santo* <sup>1</sup>. Y si somos pecadores, si nos hemos hecho merecedores del infierno, debemos alegrarnos de vernos cas-

tigados por el Señor en esta vida, porque será señal positiva de que Dios quiere librar-nos del castigo eterno. ¡Des-graciado del pecador que ha prosperado sobre la tierra! El que sufre grandes reveses, que eche una mirada sobre el infierno que ha merecido, y á su vista todas las penas que sufre, le parecerán ligeras.

Si, pues, hemos pecado, esta oración debemos dirigir á Dios de continuo: *Señor no economicéis conmigo dolores, no me privéis de sufrimientos* Pero os ruego al mismo tiempo que me concedáis fuerza para sufrir con resignación, á fin de que no me oponga á vuestra santa voluntad. Me conformo de antemano á todo lo que querais disponer de mí, y digo con Jesucristo: *Así sea,*

*Padre: porque así fué de tu agrado* <sup>2</sup>. Señor, os ha placido hacerlo así, así sea hecho.

Una alma que se siente dominada del amor divino, no busca más que á Dios: *Si diere el hombre toda la sustancia de su casa por el amor, como nad la despreciará* <sup>3</sup>. El que ama á Dios lo desprecia todo, y renuncia todo lo que no le ayude á amar á Dios. Por sus buenas obras, por sus penitencias, por sus trabajos, por la gloria del Señor. no debe pedir consuelos y dulzuras de espíritu: le basta saber que agrada á Dios. En suma, atiende siempre y en todas las cosas á negarse á sí mismo, renunciando á todo gusto suyo, y despues de esto, de nada se envanece ni se hincha, mas llámase siervo, y poniéndose en

el último lugar se abandona en manos de la voluntad y de la misericordia divinas.

Si queremos ser santos es preciso cambiar de paladar. Si no llegamos á hacer que lo dulce nos sepa amargo, y lo amargo nos sepa dulce, no lograremos jamás unirnos perfectamente con Dios. Aquí está toda nuestra seguridad y perfección, en sufrir resignados todas las contrariedades que nos acontezcan, grandes ó pequeñas; y debemos sufrirlas por aquellos mismos fines, porque el Señor quiere que las suframos; á saber: 1.º para expiar las faltas que hemos cometido; 2.º para hacernos merecedores de la vida eterna; y 3.º para congraciarnos con Dios, que es el principal y más noble fin que pode-

mos proponernos en todas nuestras acciones.

Ofrezcamos, pues, á Dios estar siempre resueltos á llevar la cruz que nos destina, y atendamos á sufrir todos los trabajos por su amor, á fin de que cuando nos los envíe estemos dispuestos á abrazarlos, diciendo lo que Jesucristo dijo á San Pedro cuando fué preso en el huerto para ser conducido á la muerte: *El cáliz que me ha dado el Padre, ¿no lo tengo de beber?* <sup>4</sup>. Dios me envía esta cruz para mi bien, ¿y yo la rehusaré?

Si el peso de la cruz nos parece insoportable, recurramos de seguida á la oración: Dios nos dará las fuerzas necesarias. Acordémonos de lo que dice San Pablo: *Todas las tribulaciones de este mundo, por*

duras que sean, *no tienen proporción alguna con la gloria que nos prepara Dios en la vida venidera* <sup>5</sup>. Avivemos, pues, la fé cuando nos asalte la adversidad. Echemos una mirada sobre Jesucristo muriendo por nosotros en la cruz: pensemos después en el paraiso y en los bienes que Dios prepara á los que sufren por su amor. De esta manera no nos quejaremos, mas le daremos las gracias por habérmolos mandado, y le rogaremos que los aumente. ¡Oh! ¡cuánto se alegran los santos en el cielo, no por los placeres ú honores que han gozado en la tierra, sino por haber sufrido por Jesucristo! Todo lo que acaba vale poco; sólo es grande lo que es eterno y no pasa nunca.

¡Cuánto me consuelan, Señor, estas palabras! *Volvéos á mí..... y yo me volveré á vosotros* <sup>6</sup>. Yo os he abandonado por amar á vuestras criaturas y por seguir mis inclinaciones miserables: todo lo abandono y me convierto á vos; estoy cierto de que no me rechazareis si quiero amaros, habiéndome dicho que me tenderéis los brazos: *y yo me volveré á vosotros*. Recibidme, pues, en vuestra gracia y hacedme sentir cuán precioso sea vuestro amor, y cuánto me habéis amado, á fin de que nunca más me aparte de vos. Jesús mio, perdonadme: mi muy amado Salvador, perdonadme: ¡mi único amor, perdonadme todos los disgustos que os he dado! ¡Dadme vuestro amor y después haced de mí lo que



querais! Castigadme cuanto querais, privadme de todo pero no me privéis de vos. Venga todo el mundo á ofrecirme todos sus bienes: yo protesto que sólo os quiero á vos, padre mio. Virgen Maria, recomendadme á vuestro divino Hijo. El os concede cuanto le pedis, en vos deposito toda mi confianza.

- 
- (1) Job. VI, 10.—(2) Matth. XI, 26.—  
(3) Cant. VIII, 7.—(4) Joann. XVIII, 11.  
—(5) Rom. VIII, 18.—(6) Zach. I, 8.



## CAPÍTULO XII

**Cuánto le agrada á Cristo que suframos por su amor.**

*Quien en pos de mí quiere venir, niéguese á sí mismo: y tome su cruz cada día, y sígame*<sup>1</sup>. Es necesario hacer varias observaciones sobre estas palabras de Jesucrito: *Quien en pos de mí quiere venir*: no dice á mí, sino *en pos de mí*. El Señor quiere que sigamos sus pasos: es menester pues que caminemos por el mismo camino de espinas y sufrimientos por donde él ha pasado. El va delante, y no se detiene hasta haber llegado al Calva-

rio en donde le espera la muerte. Si pues le amamos, debemos seguirle hasta la muerte. Es necesario, dice luego, que cada uno *se niegue á sí mismo*; esto es, que renuncie á todas las satisfacciones del amor propio y de los sentidos, á todo lo que podría desagradar á Jesucristo.

Y añade después: *y tome su cruz cada día, y sígame*. Consideremos estas palabras una por una. *Tome*: poco hace el llevar la cruz á la fuerza; todos los pecadores la llevan, pero sin mérito: para llevarla con mérito, es necesario llevarla voluntariamente. Bajo el nombre de *cruz* se entienden todas las tribulaciones que Jesucristo llamó cruz, á fin de que este nombre nos las haga dulces, recordando que

él ha muerto en la cruz por nosotros.

Dice además *su cruz*. Algunos cuando reciben algún consuelo espiritual, se ofrecen á sufrir todo lo que han sufrido los mártires, los ecúleos, las uñas de hierro y las planchas ardientes; y después no saben resistir un dolor de cabeza, la indiferencia de un amigo, la molestia de un pariente. Pero, ¡oh hermanos míos y hermanas! no quiere Dios que sufráis los ecúleos, ni los garfios de hierro, ni las planchas candentes; mas quiere que sufráis con paciencia aquel dolor, aquel desprecio, aquel mal humor. Una monja quisiera irse á padecer en un desierto, hacer gran penitencia; pero entre tanto no puede sufrir á la superiora ni á la

compañera en su oficio. Lo que Dios quiere es que ella lleve la cruz que le ha impuesto, no la que ella quisiera llevar.

Dice además *cada día*. Algunos abrazan la cruz al principio, cuando les viene, mas así que la han llevado algún tiempo dicen: *ya no puedo más*. Pero Dios quiere que continúen llevándola con paciencia, aunque sea continuamente. Nuestra salud y nuestra perfección consisten, pues, en la observancia de estos tres preceptos: *abneget*, negando al amor propio lo que no conviene: *tollat*, abrazando la cruz que Dios nos destina; y finalmente, *sequatur*, siguiendo los pasos de Jesucristo hasta la muerte.

Penetrémonos bien de la

idea de que Dios nos deja en el mundo para que llevemos las cruces que nos mande, y en esto consiste el mérito que contraeremos en esta vida. Por eso nuestro Salvador, que nos ama, vino á este mundo, no á gozar, sino á padecer, á fin de que nosotros sigamos sus huellas. Contemplémosle cómo camina delante con su cruz para abrirnos el camino por el cual debemos seguirle, si queremos salvarnos <sup>2</sup>. Qué consuelo para nosotros el poder exclamar en todos nuestros trabajos: Señor, ¿es vuestra voluntad que yo lleve esta cruz? Yo la acepto y la llevaré porque así os agrada.

Muchas almas se placen en oír hablar de oración y de paz, del amor á Jesucristo; pero no quieren que se les hable de cru-

ces ni de sufrimientos: aman á Jesús mientras sopla el viento de las dulzuras espirituales; pero desde que cesa y viene cualquier adversidad ó desolación en que el Señor se esconde para probarlas, privándolas de los acostumbrados consuelos, dejan la oración, las comuniones, y se abandonan al tédio y á la tibieza buscando gustos terrenos. Tales almas se aman más á sí mismas que á Jesucristo.

Por el contrario, aquéllos que no le aman con amor interesado por las consolaciones, sino con amor puro, y sólo porque es digno de ser amado, no abandonan sus acostumbrados ejercicios devotos por cualquier aridez ó tédio que los prueba, contentándose con agradar á Dios, y se ofre-

cen á sufrir aquella desolación hasta la muerte, por toda la eternidad si tal fuese la voluntad del Señor. Jesucristo, dice San Francisco de Sales, tan digno es de nuestro amor en el consuelo como en la desolación. Las almas abrasadas del amor divino hallan su consuelo y su dulzura en padecer, en pensar que padecen por amor de Jesucristo, y exclaman:

Cuán dulce y suave, amado Señor,  
Es á quien te ama padecer por tí.  
¡Oh! quién pudiera morir por tu amor  
Ya que tú moriste, mi Jesús, por mí.

Bien merece todo esto y mucho más aquel divino Jesús que eligió una vida dolorosa y una muerte cruel, sin el más mínimo alivio por amor nuestro para hacernos saber que si queremos amarle, le hemos de



amar como él nos amó á nosotros. ¡Oh don divino, don sobre todos los dones, amar padeciendo y padecer amando!

Jesús mio, vos sólo pudisteis haberme enseñado estas saludables máximas, tan opuestas á las máximas del mundo. Vos solo podéis concedernos la fuerza para llevar nuestra cruz con paciencia. No os pido que me libréis de los dolores, sólo sí que me infundais valor para sufrir con paciencia y resignación. Eterno Padre, vuestro divino Hijo nos ha asegurado que cuanto os pidiésemos en su nombre nos será concedido por vos <sup>8</sup>. Escuchad, pues, lo que os rogamos: concedednos la gracia de que podamos soportar con paciencia las penas de esta vida: acoged nuestro ruego por amor de Jesucristo.

Y vos, perdonadme, Jesús mío, todas las ofensas que os he hecho no queriendo sufrir con paciencia las tribulaciones que me habéis enviado. Concededme vuestro amor: él me dará la fuerza de poder sufrirlo todo por amor de vos. Privadme de todo, de todos los bienes de la tierra, parientes, amigos, salud corporal, de todos los consuelos, privadme también de la vida, pero no me privéis de vuestro amor: daos á mí vos mismo y nada más os pido. Virgen santa, alcanzadme un amor constante á Jesucristo hasta la muerte.

---

(1) Lucæ IX, 25 — (2) I Petri. II, 21. —  
(3) Joann. XIV, 13.

---

## CAPÍTULO XIII

### **El amor divino triunfa de todo.**

*Fuerte como la muerte es el amor* <sup>1</sup>. Así como la muerte nos desprende de todos los bienes de la tierra, de todas las riquezas, de todas las dignidades, de todos los parientes y amigos, y de todos los deleites mundanos, así cuando reina en nuestros corazones el amor divino, arranca de nosotros todo apego á los bienes de este mundo. Por esto se ha visto á los Santos despojarse de cuanto les ofrecía el mundo, renunciar las posesiones,

las altas posiciones y todo lo que tenían, y se han retirado á los desiertos ó á los claustros para no pensar más que en Dios.

El alma no puede existir sin amar al Criador ó á las criaturas. Examinad una alma exenta de toda afección terrestre: la encontraréis llena del amor divino. ¿Queremos saber si somos de Dios? Preguntémonos si estamos despegados de todas las cosas terrenas.

Se quejan algunos de que en los ejercicios piadosos, en sus oraciones, en sus comuniones, en sus visitas al Santísimo Sacramento, no encuentran á Dios. A estos es á quien Santa Teresa dice: *Desprended vuestro corazón de las criaturas, y después buscad á Dios, que ya le hallaréis.*

No siempre encontrarán las dulzuras espirituales que el Señor no da continuamente en esta vida á los que le aman, sino sólo de cuándo en cuándo, á fin de aficionarlos á las inmensas dulzuras que les tiene preparadas en el paraíso. Con todo, les deja saborear aquella paz interior, que supera todos los placeres sensuales <sup>2</sup>. ¿Puede haber delicia mayor para una alma enamorada de Dios, que poder exclamar con verdadero afecto: *Mi Dios y mi todo?* San Francisco de Asís pasó una noche entera en un éxtasis celestial, y durante toda ella repetía de continuo: *¡Mi Dios y mi todo!*

*Fuerte como la muerte es el amor.* Si viésemos que algún moribundo se llevaba algo de acá abajo, eso sería señal de

que no estaba muerto: la muerte nos priva de todo. El que quiere ser enteramente de Dios, lo debe abandonar todo; si retiene algo, su amor al Señor será débil é imperfecto.

El amor divino nos despoja de todo. Decía el P. Segneri, el joven, gran siervo de Dios: *El amor de Dios es un ladroncillo simpático que nos despoja de todo lo terreno.* A otro siervo de Dios, que había repartido á los pobres cuanto poseía, le fué preguntado, qué era lo que le había reducido á tanta pobreza, y él, sacando el Evangelio de su seno, respondió: *Ved ahí lo que me ha despojado de todo.*

En suma, Jesucristo quiere poseer nuestro corazón por entero, y no quiere sociedad con

nadie en esta posesión. Dice San Agustín, que el Senado romano no quiso decretar la adoración de Jesucristo, porque decía que era un Dios orgulloso por cuanto quería ser él solo el adorado. Y así es. Siendo él el único Señor nuestro, justo es que él solo quiera ser amado y adorado por nosotros con puro amor. San Francisco de Sales dice, que el puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios. Así pues, cuando se alberga en nuestros corazones cualquier afición á cosa que no es Dios ni por Dios, debemos ahuyentarla al punto diciendo: *¡Fuera! no hay aquí lugar para tí.* En esto consiste aquella renuncia total que el Salvador tanto nos recomienda si queremos ser suyos del todo. *Total*, es decir, de todas

las cosas y especialmente de parientes y de amigos.

¡Cuántos por agradar á los hombres dejan de hacerse santos! David dice, que los que se esmeran en agradar á los hombres son despreciados de Dios <sup>8</sup>.

Pero sobre todo debemos renunciar á nosotros mismos, domando el amor propio. Maldito amor propio que quiere entrometerse en todo, aun en nuestras obras más santas, poniéndonos delante la propia gloria ó el propio gusto. ¡Cuántos predicadores pierden por esto todos sus trabajos! Muchas veces, aun en la oración, en la lectura espiritual ó en la Sagrada Comunión, se introduce algún fin no puro, como hacerse ver, ó sentir dulzuras espirituales.



Debemos, pues, dedicar todo nuestro esmero á domar este enemigo, que nos hace perder las mejores obras. Debemos privarnos, cuanto nos sea dable, de todo lo que más nos agrada: privarnos de aquel pasatiempo: servir al hombre ingrato, precisamente porque nos es ingrato: tomar aquella medicina amarga, precisamente porque es amarga.

El amor propio quiere que creamos que no es buena una cosa sino cuando él se halla satisfecho. Pero el que quiere ser todo de Dios, es menester que cuando se trata de alguna cosa de su gusto, se haga fuerza y diga siempre: *Piérdase todo y dése gusto á Dios.*

Por otra parte nadie está más contento en el mundo que quien desprecia todos los bie-

nes del mundo: el que más se despoja de tales bienes, resulta más rico de gracias divinas. Así sabe el Señor premiar á sus fieles amantes.

¡Dios mío! Vos conocéis mi debilidad: habéis prometido socorrer á los que ponen toda su confianza en vos. Señor, yo os amo, confío en vos: dadme fuerzas y hacedme todo vuestro. También espero en vos, ¡oh Virgen María! mi dulce protectora.

---

(1) Cant. III, 6. — (2) Phil. IV, 7. —  
(3) Psal. LII, 5.

---

## CAPÍTULO XIV

### **Necesidad de la oración mental.**

La oración mental primeramente es necesaria para tener luz en el viaje que estamos haciendo á la eternidad. Las verdades eternas son asuntos espirituales que no se perciben con la vista corporal, sino sólo con la consideración de la mente. El que no hace oración no las columbra, y por esto anda difícilmente por el camino de la salvación. Por otra parte, el que no hace oración no conoce sus defectos ni los aborrece, como dice San Ber-

nardo. No concibe tampoco los peligros en que se encuentra, y por tanto, no piensa en evitarlos. Pero aquél que hace oración descubre al momento sus imperfecciones, advierte los peligros que corre su salvación, y viéndolos procura remediarlos. San Bernardo, añade, que la meditación *regula los afectos, dirige las acciones y corrige los defectos* <sup>1</sup>.

En segundo lugar, sólo en la oración podemos hallar fuerzas para resistir á las tentaciones y practicar la virtud. Santa Teresa decia, que el que descuida la oración no necesita demonios que lo lleven al infierno, porque él mismo se mete en él. Esto nace de que sin la oración mental no hay petición. El Señor está siempre dispuesto á concedernos sus

gracias; pero dice San Gregorio, que para concederlas quiere que le roguemos y casi que le obliguemos á dárnoslas por nuestras súplicas perseverantes <sup>2</sup>.

Pero sin estas no tendremos fuerza para resistir á nuestros enemigos, y no podremos alcanzar la perseverancia. Palafox ha dicho: *¿Cómo nos ha de conceder el Señor la perseverancia, si no se la pedimos? ¿Y cómo se la pediremos sin la oración?* Mas los que se dedican á la oración son como el árbol plantado junto á la corriente de un río <sup>3</sup>.

La oración es la feliz hoguera en donde se inflaman las almas en el amor divino <sup>4</sup>. Santa Catalina de Bolonia decía: *La oración es el lazo que estrecha el alma con Dios.*

*Introdujome el rey en la cámara del vino y ordenó en mí la caridad* <sup>5</sup>. Esta cámara del vino ó bodega es la oración, en que de tal modo se embriaga el alma de amor divino que casi llega á perder la sensibilidad para las cosas de este mundo. Ella no ve entonces más que lo que agrada á su amado, no habla más que de su amado, ni quiere oír hablar más que de su amado: cualquier otra conversación le causa tédio y la aflige. El alma en la oración retirándose á hablar á solas con Dios, se eleva sobre sí misma. *Se sentará solitario y callará, porque lo llevó sobre sí* <sup>6</sup>.

Dice *sedebit*: el alma sentándose, esto es, parándose á considerar en la oración cuán amable es Dios, y cuán grande

el amor que le tiene, tomará gusto á Dios, se le llenará la mente de santos pensamientos, se despegará de los afectos terrenos, concebirá gran deseo de hacerse santa, y, finalmente, tomará la resolución de darse toda á Dios, ¿Y no es la oración la que ha inspirado á los Santos sus más generosas resoluciones, que los han levantado á un grado sublime de perfección?

Oigamos lo que dice San Juan de la Cruz hablando de la oración mental:

Allí me dió su pecho,  
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa:  
Yo le dí de hecho  
A mí, sin dejar cosa:  
Allí le prometí de ser su esposa.

Pero San Luis Gonzaga decía que jamás llegaría á un alto grado de perfección,

quien no llegue á tener mucha oración. Dediquémonos pues á la oración, y no la abandonemos jamás por fatigosa que pueda parecernos. Este tedio que suframos por Dios, ya nos lo pagará El largamente.

Perdonad, Señor, mi pereza. ¡Cuántas gracias no he perdido por haber descuidado tantas veces la oración! En adelante dadme fuerza para seros fiel en continuar acá hablando con vos, con quien espero conversar eternamente en el cielo. No pretendo que me regaléis con vuestros consuelos: no los merezco, bás'ame que me admitais á estarme á vuestros pies para recomendaros mi pobre alma, la cual se encuentra tan pobre porque se ha alejado de vos Allí, ¡oh Jesús crucificado! el solo re-



cuerdo de vuestra sagrada pasión me arrancará de la tierra y me unirá á vos. Virgen Santa Maria, socorredme en la oración.

---

(1) De consid. I, 2, cap. 6.—(2) In psal. Pœnit., 4. — (3) Psal. I, 8. — (4) Psal. XXXVIII, 4.—(5) Cant. II, 4.—(6) Thren. III, 28.

---

## CAPÍTULO XV

### **Objeto de la oración mental.**

Para hacer la oración mental con provecho de nuestra alma, diremos antes el fin que en ella debemos llevar. 1.º Debe hacerse la oración para unirnos más estrechamente á Dios; y lo que nos une á Dios, no tanto son los buenos pensamientos de la mente, cuanto los buenos actos de la voluntad, ó sea los afectos santos; y tales son los afectos que se ejercitan en la meditación, de humildad, de esperanza, de desprendimiento, de resignación, y sobre todo de

amor y de arrepentimiento de las propias culpas. Los actos de amor, decía Santa Teresa, son los que mantienen el fuego del amor de Dios en nuestros corazones. 2.º ha de hacerse oración con el fin de conseguir de Dios las gracias necesarias para adelantar en la carrera de la salvación, y sobre todo, para obtener la luz divina á fin de evitar los pecados y de emplear los medios de llegar á la perfección. El mayor fruto de la oración es ejercitar la plegaria. Generalmente hablando, Dios no concede sus gracias, sino á los que se las piden. San Gregorio ha dicho: *Quiere Dios ser rogado, ser obligado, ser vencido por cierta importunidad de ruegos* <sup>1</sup>.

Pongamos atención á la palabra del Santo, *ser vencido*

*por cierto ruego importuno.* Algunas veces para obtener gracias de mayor monta, no basta el simple ruego, es necesario insistir y casi forzar á Dios con nuestras reiteradas instancias. Verdad es, que en todas ocasiones el Señor está pronto á oírnos; pero en el tiempo de la oración, cuando estamos más recogidos con Dios, es más liberal para concedernos su ayuda. Es menester sobre todo pedir á Dios en nuestras oraciones la perseverancia y su santo amor.

La perseverancia final no es una sola gracia, es un encadenamiento de gracias al cual debe corresponder el de nuestras oraciones. Si cesamos de orar, cesará Dios también de concedernos sus auxilios, y quedamos perdidos. Los que

no hacen oración mental, difícilmente perseverarán en la gracia de Dios hasta la muerte. El Ilmo. Palafox en sus notas á las cartas de Santa Teresa, escribe: *¿Cómo el Señor nos dará la perseverancia, si no se la pedimos? ¿Y cómo se la pediremos sin la oración? Sin oración, añade, no hay comunicación con Dios.*

Es menester además insistir en nuestros ruegos al Señor, para alcanzar su santo amor. San Francisco de Sales decía, que todas las virtudes son compañeras del amor de Dios. *Todos los bienes vinieron á mi alma con la caridad* <sup>2</sup>.

Repitamos, pues, continuamente nuestras oraciones para conseguir la perseverancia y el amor; y para dirigir las con más confianza, tengamos

siempre presente en la memoria la promesa de Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo: Que os dará el Padre todo lo que le pidieréis en mi nombre* <sup>8</sup>.

Roguemos pues, y roguemos constantemente si queremos que Dios nos colme de sus beneficios; roguemos por nosotros, y si tenemos celo de la gloria de Dios, roguemos también por los demás. Dios quiere que le rueguen por los infieles, por los herejes y por todos los pecadores. Digamos: Señor, daos á conocer y hacéos amar. En la vida de Santa Teresa y en la de Santa Magdalena de Pazzis, se lee que Dios les encargaba á menudo que orasen por los pecadores. Hagamos oración también por las almas del purgatorio.

3.º No hemos de hacer oración para conseguir consuelos espirituales, sino principalmente para conocer lo que Dios exige de nosotros. *Habla, Señor*, deberíamos decir á Dios con Samuel, *que te escucha tu siervo* <sup>4</sup>. Señor, dadme á conocer lo que queréis de mí, para hacerlo. Algunos siguen la oración mientras continúan los consuelos; pero cuando estos cesan, dejan de orar.

No hay duda de que Dios consuela en la oración á los que ama, y les hace probar las delicias que prepara en la gloria á los que le aman. Eso no lo comprenden los mundanos: habituados á los placeres terrestres, desprecian los del cielo. ¡Oh! ¡si llegasen á conocerlos, qué pronto abandona-

rían el mundo para correr á encerrarse en el retiro de una celda y allí hablar á solas con Dios! La oración no es otra cosa que una conversación entre Dios y el alma: el alma expone sus temores, sus deseos, sus afectos, sus peticiones, y Dios le habla al corazón, haciéndole conocer su bondad, el amor que le tiene y lo que ella debe hacer para complacerle. *No la llevaré á la soledad y le hablaré al corazón* <sup>5</sup>.

¡Pero no siempre se experimentan estas delicias: por lo común las almas santas están sujetas á la aridez en la oración. *Con las arideces y las tentaciones*, dice Santa Teresa, *prueba Dios á sus siervos*. Y después añade: *Aunque la aridez de nuestra alma fuese continua, no por esto debería-*



*mos dejar de orar. Y a vendrá el momento en que seremos largamente recompensados. El tiempo de aridez, es tiempo de gran provecho.*

Cuando nos sentimos sin deseos y sin fervor y cuasi inhábiles para hacer un acto bueno, resignémonos y humillemonos, porque aquella oración nos será más provechosa que otras. Basta decir entonces si otra cosa no podemos: Señor, ayudadme, tened compasión de mí, no me abandonéis.

Recurramos también á la Virgen María, nuestro consuelo. ¡Dichoso aquél que en las tribulaciones nunca deja de orar! Dios le colmará de sus gracias. Que diga entonces: ¡Oh Dios mío! ¿Por qué he de esperar que me consolareis, yo que merecería estar en el in-

fierno para siempre, separado de vos, y privado de toda esperanza de poderos amar? No me quejo, Señor, de que me privéis de vuestros consuelos, no los merezco, ni los pretendo. Me basta saber que no rechazais á las almas que os aman. No me privéis de la dicha de amaros, y haced de mí después lo que sea de vuestro agrado. Si es vuestra voluntad dejarme estar en esta aflicción y desolación hasta la muerte, y aun por toda la eternidad, me conformo, con tal que pueda deciros con verdad: *Yo os amo, Señor, yo os amo. Virgen María, madre de Dios, tened piedad de mí.*

---

(1) In Psal. Pœnit., 6.—(2) Sap. VII, 11.—(3) Joann. XVI, 23.—(4) I Reg. III, 8.—(5) Os. II, 14.

---

## CAPÍTULO XVI

### **De la misericordia de Dios.**

Es tan grande el deseo que Dios tiene de concedernos sus gracias que, como dice San Agustín, más desea él dárnoslas que nosotros recibirlas. Y la razón es, que la bondad divina, como dicen los filósofos, *es difusiva por naturaleza* en beneficio de los demás. Siendo, pues, Dios la bondad infinita, tiene deseo infinito de comunicarse á nosotros, criaturas suyas, y de darnos participación de sus bienes.

De aquí nace la grande misericordia que el Señor tiene

de nuestras miserias. David dice que la tierra está llena de la misericordia divina y no de la justicia, porque Dios no ejerce su justicia en castigar á los malos, sino cuando conviene y se ve cuasi forzado á ello; por el contrario, es fácil y propenso á ejercitar su misericordia con todos y en todo tiempo, por lo que dice Santiago: *La misericordia aventaja al juicio* <sup>1</sup>.

Sí, la divina misericordia arranca á menudo de las manos de la justicia los azotes preparados para los pecadores y les alcanza el perdón. Por esto el Profeta daba á Dios el nombre mismo de misericordia: *Dios mío, misericordia mía* <sup>2</sup>. Y añadía: *Por tu nombre, Señor, perdonarás mi pecado* <sup>3</sup>. Esto es: Señor,

perdóname por tu nombre, ya que eres la misma misericordia.

Isaias decía, que el castigar no es según el corazón de Dios, sino ageno y peregrino, como si dijese, lejano de su inclinación <sup>4</sup>. Su misericordia infinita le decidió á enviar á su Hijo á hacerse hombre sobre la tierra, á morir en una cruz para librarnos de la muerte eterna. San Zacarías exclama: *Por las entrañas de misericordia de nuestro Dios, con que nos visitó de lo alto* <sup>5</sup>. Con las palabras *entrañas de misericordia* quiere indicarse una misericordia que procede del corazón de Dios, que prefirió ver morir á su Hijo hecho hombre, á permitir la condenación del linage humano.

Para ver cuánta es la piedad que Dios tiene de nosotros y su deseo de hacernos bien, basta leer estas palabras que nos dice en el Evangelio: *Pedid y se os dará* <sup>6</sup>. ¿Qué más pudiera uno decir á su amigo para probarle el amor que: *Pídeme lo que quieras y te lo daré*? Pues esto es justamente lo que nos dice Dios á cada uno de nosotros.

Nos invita además á que recurramos á él en nuestras tribulaciones, y promete aliviarlas: *Venid á mí todos los que estais trabajados y cargados y yo os aliviaré* <sup>7</sup>. Quejábanse en cierta ocasión los Hebreos de Dios, y decían que no volverían á pedirle gracia alguna. Entonces dijo Dios á Jeremías: ¿Por qué mi pueblo no quiere acudir á mí? *¿Por ventura he*

*sido yo para Israel un desierto, ó tierra tardía? ¿Pues por qué ha dicho mi pueblo: Nos hemos retirado, no vendremos más á ti? <sup>8</sup>. Reprendía el Señor por estas palabras la conducta de los Hebreos que habían dudado de su bondad, pronta siempre á socorrer como lo dijo por Isaías. Tan pronto como te oiga te responderá <sup>9</sup>.*

Habéis pecado: ¿queréis ser perdonados? No temais, dice San Juan Crisóstomo, porque *más impaciente está el Señor de perdonarnos, que nosotros de recibir el perdón <sup>10</sup>. Si Dios nos encuentra obstinados en el pecado, nos aguarda para ser indulgente con nosotros <sup>11</sup>. Nos muestra entonces los castigos que nos están preparados, para que nos arrepintamos <sup>12</sup>. Empezar llamando á la puerta de*

nuestro corazón para que le abramos <sup>13</sup>. Nos sigue después por todas partes y nos dice: *¿Y por qué moriréis, casa de Israel?* <sup>14</sup>. Que es como si nos dijese: *¡Hijo mío, por que quieres perderte!*

San Dionisio dice, que el Señor llega á rogarnos que no nos perdamos. El Apóstol lo había ya escrito, rogando en nombre de Cristo á los pecadores que se reconcillasen con Dios <sup>15</sup>. San Juan Crisóstomo comenta así el referido pasaje: «El mismo Jesucristo os ruega. ¿Y qué os ruega? Que os reconcilleis con Dios.»

Si después de todo eso los pecadores persisten en su obstinación, ¿qué más ha de hacer Dios? Todavía ofrece no rechazar á los que se llegaren á él arrepentidos: *Aquel que*



*á mi viene, no le echaré fuera* <sup>16</sup>.

Dice además que está pronto á abrazar á todos los que se echan en sus brazos: *Volvéos á mí, y yo me volveré á vosotros* <sup>17</sup>. Promete perdonar al impío luego que se arrepienta, y echar un velo sobre sus culpas pasadas: *Mas si el impío hiciere penitencia... vivirá... de todas sus maldades que él obró, no me acordaré yo* <sup>18</sup>. Y llega á decir: *Venid y acusadme: si fueren vuestros pecados como la grana, como nieve serán emblanquecidos* <sup>19</sup>. Que es como si dijese: *Arrepentíos, y si yo no os acojo en mis brazos, acusadme de haber faltado á mi palabra*

Pero no: *el Señor no aparta de sí á un corazón arrepentido* <sup>20</sup>. San Lucas describe la

alegría del Señor al encontrar la oveja extraviada <sup>21</sup>, y con cuánto amor acogió al hijo pródigo, cuando éste vino á echarse á sus pies <sup>22</sup>. Dios mismo dice allí que hay más gozo en los cielos por el arrepentimiento de un pecador, que por noventa y nueve justos inocentes <sup>23</sup>. San Gregorio nos da de ello la razón, y consiste, según el Santo, en que los pecadores arrepentidos por lo común suelen ser más fervorosos en amar á Dios que los inocentes tibios. *Plerumque gratior est Deo fervens post culpam vita, quam securitate torpens innocentia* <sup>24</sup>.

Jesús mío, ya que habéis sido tan paciente esperando mi arrepentimiento, y tan amoroso en perdonarme, quiero amaros con ardor; pero es ne-

cesario que vos mismo me deis ese amor: concededme esta gracia, Señor. No sería glorioso para vos el ser débilmente amado por un pecador á quien habéis colmado de tantos beneficios. Señor, ¿cuándo comenzaré yo á ser tan agradecido con vos, como bondadoso habéis sido vos conmigo?

Hasta el presente en lugar de reconocimiento no ha habido en mí más que ofensas y desprecios. ¿Habré de ser siempre así con vos, Señor, con vos que ningún medio habéis omitido de grangearos mi amor? No, Salvador mío, quiero amaros de todo corazón, y no quiero disgustaros más. Me ordenais que os ame, y yo no deseo más que amaros. Vos me buscáis á mí y yo

no busco á otro que á vos.  
Dadme vuestro auxilio, sin el  
cual yo nada puedo. ¡Oh Vir-  
gen María, Madre de miseri-  
cordia, haced que yo sea en-  
teramente del Señor!

---

(1) Jac. II, 13.—(2) Psal. LVIII, 13.—  
(3) Psal. XXIV, 11.—(4) Is. XXIII, 21.  
—(5) Luc. I, 73.—(6) Matth. VII, 7.—  
(7) Matth. XI, 23.—(8) Jer. II, 31.—(9) Is.  
XXX, 19.—(10) Homil. 23 in Matth.—  
(11) Is. NXX, 18.—(12) Psal. LIX, 6.—  
(13) Apoc. III, 20.—(14) Ez. XVIII, 31.—  
(15) II Cor. V, 20.—(16) Joann. VI, 57.—  
(17) Zach. I, 8.—(18) Ez. XVIII, 21.—  
(19) Is. I, 18.—(20) Psal. L, 19.—(21) Luc.  
XV, 5.—(22) Luc. XV, 20.—(23) Luc. XV,  
7.—(24) Apud. Corn. & Lap. in h. locum.

---

## CAPÍTULO XVII

### **Confianza en Jesucristo.**

La misericordia de Dios para con nosotros llega hasta el extremo, como queda probado en el capítulo precedente; pero quiere que esperemos los efectos de su misericordia, y que le imploremos excitados por la más viva confianza en los méritos de Jesucristo y en sus promesas. Por esto nos encarga San Pablo el conservar siempre esta confianza, la cual obtiene de Dios gran recompensa: *No queráis perder vuestra confianza, que tiene un crecido galardón* <sup>1</sup>.

Cuando, pues, el terror que nos infunde el juicio de Dios parezca que disminuye en nosotros esta confianza, hemos de expulsar este terror de nuestro corazón, y decirnos á nosotros mismos lo que se decía David en el Salmo 42, *¿Quare tristis es anima mea?*

¿Pero tú esperar no sabes?  
¿Palpitas, corazón mío?  
Destierra el temor, no des  
Tan presurosos latidos.  
¿Para qué quieres turbarte?  
Espera en tu Señor, Dios,  
Que algún día sus favores  
Cantaremos con amor.

Jesucristo reveló á Santa Gertrudis que puede tanto en su corazón nuestra confianza, que consigue de él todo cuanto le pedimos. San Juan Climaco dice lo mismo. Toda oración hecha con confianza casi hace fuerza al Señor, pe-

ro esta violencia le es agradable. San Bernardo dice que la misericordia divina es como una fuente inmensa de la cual el que va con un vaso mayor de confianza, se lleva mayor caudal de gracias. Es lo que David dice: *Hágase, Señor, tu misericordia sobre nosotros, de la manera que en tí hemos esperado* <sup>2</sup>.

Dios nos ha declarado, que él es protector y salva á todos los que esperan en él <sup>3</sup>. *Álegrense pues, decia David, todos los que esperan en tí, Dios mío, porque serán eternamente felices, y tú habitarás en ellos para siempre.* El mismo profeta ha dicho: El que en el Señor espera se verá rodeado de su misericordia, protegido por ella, y á cubierto de todo peligro de perderse <sup>4</sup>.

¿Qué grandes promesas no hacen las Santas Escrituras á todos los que esperan en Dios? ¿Nuestros pecados nos han conducido al borde de la condenación? El remedio es fácil: corramos con confianza á abrazar los pies de Jesucristo, dice el Apóstol, y conseguiremos el perdón de ellos <sup>5</sup>. No aguardemos, para acudir á Jesucristo, á que esté sentado en el trono de la justicia, ahora es tiempo de acudir, ahora que está sentado en el trono de la gracia. San Juan Crisóstomo dice que nuestro Salvador tiene más deseo de perdonarnos que nosotros de ser perdonados <sup>6</sup>.

Pero, dirá un pecador: yo no merezco ser atendido si pido perdón. Yo le respondo, que si le faltan merecimientos,



su confianza en la divina misericordia le obtendrá la gracia; porque este perdón no se funda en el mérito del pecador, sino en la promesa que Dios ha hecho de perdonar á los que se arrepienten; por esto ha dicho Jesucristo: *Todo aquél que pide, recibe* <sup>7</sup>. Un comentador del Evangelio explica la palabra *omnis*, diciendo: *sea justo, sea pecador, con tal que ruegue con confianza*. Oigamos de la boca del mismo Jesucristo cuánto hace la confianza: *Todo cuanto pidiéreis orando, creed que os será concedido y os acontecerá* <sup>8</sup>.

Los que por debilidad temen volver á caer en sus antiguos pecados, tengan confianza en Dios y no volverán á cometerlos. Como lo afirma el pro-

feta: *No será culpado ninguno de los que esperan en él* <sup>9</sup>. Isaías dice que los que esperan en Dios hallarán nueva fuerza <sup>10</sup>. Seamos, pues, firmes en nuestra confianza, como dice San Pablo, porque Dios ha prometido proteger á todos los que esperan en él. Así, pues, cuando tengamos que vencer algún obstáculo muy superior á nuestras fuerzas, digamos: *Todo lo puedo en aquél que me conforta* <sup>11</sup>. ¿Quién ha esperado en Dios y se ha perdido? <sup>12</sup>.

Pero no busquemos, no exijamos siempre aquella confianza sensible que quisiéramos sentir, basta tener la voluntad de confiar en Dios. La verdadera confianza es querer confiar porque Dios es bueno y quiere ayudarnos; porque es

omnipotente y puede ayudarnos; porque es fiel y lo ha prometido; y sobre todo aseguremos nuestra confianza en la promesa hecha por Jesucristo: *En verdad, en verdad os digo, que os dará el Padre todo lo que le pidiéreis en mi nombre* <sup>18</sup>. Pidamos pues á Dios las gracias por los méritos de Jesucristo, y obtendremos cuanto le pidamos.

¡Oh! eterno Dios: yo ya sé que soy pobre de todo; nada puedo y nada tengo que no me haya venido de vuestras manos. Así, pues, únicamente os digo: Señor, tened piedad de mí. Lo peor es que á mi pobreza he añadido el demérito de corresponder á vuestras gracias con las ofensas que contra vos he cometido; pero esto no obstante, espero de

vuestra bondad esta doble misericordia, primero que perdonaréis mis pecados, y después que me concederéis la santa perseverancia con vuestro amor y con la gracia de pedirlos siempre que me ayudéis hasta la muerte. Yo solicito y espero todas estas gracias por los méritos de vuestro Hijo y de la bienaventurada Virgen María. ¡Oh Virgen María! mi protectora, socorredme con vuestros ruegos.

- 
- (1) Hebr. X, 85.—(2) Psal. XXXII, 22.—(3) Psal. XVII, 31: XVI, 7.—(4) Psal. XXXI, 10.—(5) Hebr. IV, 16.—(6) *Non adeo cupis dimitti peccata tua, sicut ille cupit dimittere. Homil. 23 in Matth.*—(7) Lucæ XI, 10.—(8) Marc. XI, 24.—(9) Psal. XXXIII, 23.—(10) Is. XL, 31.—(11) Phil. IV, 13.—(12) Eccli. II, 11.—(13) Joann. XVI, 23.
-

## CAPÍTULO XVIII

**Sólo el salvarse es necesario.**

*Una sola cosa es necesaria* <sup>1</sup>. No es necesario que en este mundo tengamos riquezas, ni que alcancemos honores, ni que gocemos de salud, ni que disfrutemos de placeres: sólo es necesario que nos salvemos: porque no hay medio; si no nos salvamos, seremos condenados. Después de esta corta vida, ó gozaremos eternamente de la bienaventuranza de la gloria, ó para siempre durará nuestra desdicha en los infiernos.

¡Oh Dios mío! ¿qué será de mí? ¿Me salvaré, ó me condenaré? Una de estas dos cosas

me ha de caber indispensablemente. Yo espero salvarme, ¿pero tengo de ello alguna seguridad? Después de saber que he merecido el infierno tantas veces, Jesús mio, mi Salvador, en vuestra muerte está cifrada mi esperanza.

¡Cuántos mundanos que se vieron en otro tiempo colmados de riquezas y de honores, elevados á grandes puestos y hasta colocados sobre el trono, se hallan ahora en el infierno, en donde todo su fausto, todas sus grandezas pasadas no les sirven sino para acrecentar sus tormentos y su desesperación! Ved aquí, no obstante, lo que les había dicho el Señor: *No queráis atesorar para vosotros tesoros en la tierra... mas atesorad para vosotros tesoros en el cielo, en donde no los consu-*

*me orin ni polilla* <sup>2</sup>. Todos los bienes terrestres los arrebatara la muerte; pero los bienes espirituales son tesoros mil veces más preciosos, y duran eternamente.

Dios nos hace saber que quiere la salvación de todo el mundo <sup>3</sup>, y á todos nos da los socorros necesarios para que nos salvemos. ¡Desdichados de los que se pierden! Su perdición nace de ellos mismos: *Tu perdición, Israel, de tí: sólo en mí está tu socorro* <sup>4</sup>. El más cruel tormento que padecen los condenados, es pensar que se han perdido por su propia culpa.

El fuego y el gusano roedor, esto es, el remordimiento de la conciencia, serán los verdugos de los condenados en venganza de sus pecados <sup>5</sup>. Pero el

gusano roedor les atormentará sin fin, y mucho más que el fuego. ¡Cuánta no es nuestra aflicción en la tierra si perdemos algún precioso objeto, un diamante, un reloj, un bolsillo lleno de oro, por nuestro descuido! Esta pérdida nos quita el apetito, y no nos deja conciliar el sueño, pensando en ella aunque haya esperanza de repararla por otro camino. Ahora pues, ¿cuál será el tormento de un condenado, al considerar que ha sido por su culpa el perder á Dios y la gloria, sin esperanza de poderlos recobrar?

*Erramos*, será el grito eterno de los condenados <sup>6</sup>. Nos hemos engañado, nos hemos perdido voluntariamente y nuestro yerro no tiene remedio. Mientras estamos en la vida,



con el tiempo, con un cambio de estado, con una entera resignación á la voluntad divina, podemos poner remedio á las desgracias que nos acontecen; pero ninguno de estos remedios nos servirá cuando hayamos entrado en la eternidad, si hemos errado el camino del cielo.

El apóstol San Pablo nos exhorta á que busquemos nuestra salvación eterna, con un continuo temor de perderla: *Obrad vuestra salud con temor y con temblor* <sup>7</sup>. Este temor nos hará caminar siempre con cautela, huir de las malas ocasiones, encomendarnos continuamente á Dios y así nos salvaremos. Roguemos, pues, al Señor se digne grabar en nuestra mente el pensamiento que de nuestro último suspiro de-

pende nuestra felicidad eterna, ó nuestra eterna desdicha sin esperanza de remedio.

¡Oh Dios mío! yo he despreciado á menudo vuestra gracia y no merezco compasión; pero el profeta me asegura que vos sois compasivo con los que os buscan: *Bueno es el Señor para el alma que le busca* <sup>8</sup>. He huido de vos hasta ahora, pero ya ni busco, ni deseo, ni amo más que á vos solo. Por piedad, no me desechéis. Acordaos de la sangre que por mí derramasteis: y esta sangre y vuestra intercesión, ¡oh María! madre de Dios, son toda mi esperanza.

---

(1) Luc. X, 42. — (2) Matth. VI, 19.  
— (3) I Tim. I, 4. — (4) Os. XIII, 9. —  
(5) Eccli. VII, 19. — (6) Sap. V, 6. —  
(7) Phil. II, 12. — (8) Thren. III, 25.

---

## CAPÍTULO XIX

### **Resignación perfecta á la voluntad de Dios.**

Jesucristo hablando de sí mismo dice: *Mi alimento es hacer la voluntad del que me envió* <sup>1</sup>. El alimento en esta vida mortal nos conserva la vida, y por esto dijo Jesús que hacer la voluntad de su Padre era su alimento. Tal debe ser también el alimento de nuestra alma. Nuestra vida está en el cumplimiento de la voluntad divina <sup>2</sup>; si no la cumplimos, somos muertos.

El sabio ha dicho: *Los fieles en el amor descansarán en él* <sup>3</sup>.

Los que son poco fieles en amar á Dios quisieran que Dios *se acomodase á ellos*, se conformase á su voluntad é hiciese todo cuanto les viniese en deseo. Pero los que aman á Dios, *descansan en él*: se conforman y se acomodan á todo lo que es voluntad del Señor, á todo lo que quiere disponer de ellos y de cuanto les pertenece. En todas sus tribulaciones, en sus enfermedades, en sus humillaciones, en la pérdida de sus bienes ó de sus parientes, tienen siempre en la boca y en el corazón aquél *Hágase tu voluntad*, que es el dicho usual de los santos.

Dios no quiere para nosotros sino lo mejor, esto es, nuestra santificación: *Pues esta es la voluntad de Dios, vuestra santificación* <sup>4</sup>. Procu-

remos, pues, aquietar nuestra voluntad uniéndola siempre á la de Dios, y asimismo procuremos aquietar el entendimiento, pensando que todo lo que hace el Señor es lo mejor para nosotros. Los que no obran así, no gozarán jamás de paz verdadera.

Toda la perfección que nos es dado conseguir en esta tierra de prueba y, por consiguiente, lugar de penas y de afanes, es sufrir con paciencia todo lo que puede contrariar á nuestro amor propio; y para sufrirlo con paciencia, el mejor medio es querer sufrirlo todo para hacer la voluntad de Dios: *Acomódate pues á él y ten paz*. El que se somete á la divina voluntad goza siempre de paz, y nada de cuanto le acontece le afli-

ge <sup>5</sup>. Pues, ¿por qué el justo no se aflige jamás en sus adversidades? Porque sabe que cuanto le sucede en este mundo es por disposición de Dios.

La resignación á la voluntad divina despunta, digámoslo así, todas las espinas, y quita el amargor á todas las tribulaciones de la vida. Un cántico devoto, hablando de la voluntad divina, dice así:

Tú de cruces haces dichas,  
Tú tornas dulce la muerte;  
Quien contigo unirse sabe  
Cruces ni temor no tiene.  
¡Oh tú, voluntad divina  
Cuán digna de mi amor eres!

Para encontrar la paz en medio de las contrariedades de este mundo, ved ahí lo que nos aconseja San Pedro: *Echad sobre él toda vuestra solicitud, porque él tiene cuidado de vos-*

otros <sup>6</sup>. Así, pues, habiendo un Dios que se encarga del cuidado de nuestra felicidad, ¿por qué nos afanamos con tanta solicitud como si nuestro bien dependiera de nuestros cuidados, y no nos abandonamos en las manos de Dios de quien todo depende? David dice: *Arroja sobre el Señor tu cuidado, y él te sustentará* <sup>7</sup>.

Atendamos, pues, á obedecer á Dios en todo lo que nos aconseja y nos manda, y después dejémosle á él el cuidado de nuestra salvación, y nos suministrará por sí mismo los medios necesarios para salvarnos. Los que ponen toda la confianza en Dios tienen asegurada la salvación: *Será tu alma para salud, porque tuviste confianza en mí* <sup>8</sup>.

En fin, el que hace la volun-

tad de Dios entrará en el paraíso, y el que no la cumple no entrará. Algunas personas esperan salvarse practicando ciertas devociones y ciertas obras exteriores de piedad, y entre tanto dejan de hacer la voluntad de Dios. Pero Jesucristo ha dicho: *No todo el que me dice Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre* <sup>9</sup>.

Por tanto, si queremos salvarnos y adquirir la perfecta unión con Dios, dirijámosle á menudo esta oración de David: *Enseñame, Señor, á hacer tu voluntad* <sup>10</sup>, y entre tanto despojémonos de nuestra propia voluntad, y démosla toda á Dios sin reserva. Cuando damos á Dios nuestros bienes por medio de la limosna, nuestra



comida por medio del ayuno, nuestra sangre por medio de nuestras disciplinas, le damos lo que está en nuestro poder; pero cuando le damos nuestra voluntad, le hacemos entrega de todo nuestro sér.

El que da al Señor toda su voluntad puede decirle: *Señor, después de haberos entregado mi voluntad, nada me queda que daros.* El sacrificio de nuestra propia voluntad es el más grato que podemos ofrecer á Dios, y Dios es pródigo en conceder sus gracias á los que le hacen este sacrificio.

Mas para que sea perfecto, es menester llenar estas dos condiciones: que el sacrificio sea *sin reserva*, y que sea *constante*. Algunos entregan su voluntad al Señor, pero con re-

serva: semejante don no puede menos de ser poco agradable á Dios. Otros le entregan su voluntad, pero á poco tiempo vuelven á tomarla: estos tales se ponen en peligro de ser abandonados de Dios. Para evitarlo, es necesario que todos nuestros esfuerzos, deseos y oraciones se dirijan á obtener de Dios la perseverancia en no tener más voluntad que la suya.

Renovemos al Señor todos los días la renuncia completa de nuestra voluntad; y entre tanto, guardémonos de desear ó buscar cosa alguna fuera de lo que Dios quiere, y así cesarán en nosotros las pasiones, los deseos, los temores y todos los afectos desordenados. Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano, reli-

giosa descalza de Santa Clara, cuando quedó ciega exclamó:  
*¿Por qué he de desear yo ver,  
ya que Dios quiere que no vea?*

¡Oh Dios de mi alma! Recibid el sacrificio de mi entera voluntad y de toda mi libertad. Merezco que no me escuchéis, y que rehuséis el presente que os hago, ya que os he sido tantas veces infiel; pero conozco ahora que me ordenais de nuevo que os ame de todo corazón, así que de este modo me cabe la certidumbre de que aceptais mi amor. Yo me resigno humildemente á hacer vuestra voluntad: dadme á conocer lo que queréis de mí, y yo lo cumpliré todo por agradaros.

Haced que os ame: después disponed á vuestro gusto de cuanto poseo, y de mí mismo.

**En vuestras manos estoy, Señor, disponed lo que juzgáreis más conveniente para mi salvación eterna. Declaro que no quiero amar en este mundo más que á vos solo y nada más. Madre de Dios, alcanzadme la santa perseverancia.**

**Mi Jesús, amado mío,  
Yo no quiero otro que á tí;  
Todo á tí me doy, Señor,  
Haz lo que quieras de mí.**

---

(1) Joann. IV, 34.—(2) Psal. XXIX, 6.  
—(3) Sap. III, 9.—(4) I Tim. IV, 8.  
—(5) Prov. XII, 21.—(6) I Petr. V, 7.—  
(7) Psal. LIV, 23.—(8) Jer. XXXIX,  
13.—(9) Matth. VII, 21.—(10) Psal.  
OXLII, 10.

---

## CAPÍTULO XX

**Dichosos los que son fieles á  
Dios en la adversidad.**

La fidelidad de los soldados se prueba en los combates y no en el reposo. La tierra es para nosotros un campo de batalla en donde cada uno está puesto para pelear y vencer para salvarse. El que no consigue la victoria está perdido para siempre. Job decía: *Todos los días de mi presente milicia, estoy esperando hasta que llegue mi mudanza* <sup>1</sup>. Job tenía que luchar con tantos enemigos, pero le consolaba la esperanza de que saliendo vencedor y re-

sucitando después de la muerte, mudaría de estado.

San Pablo habla de esta mudanza, y manifiesta gozo por ella: *Los muertos resucitarán incorruptibles, y nosotros seremos mudados* <sup>2</sup>. En el cielo cambiamos de condición. El cielo no es un lugar de trabajo, sino de descanso; no de temor, sino de seguridad; no de tristeza y tedio sino de alegría y de gozos eternos. Con la esperanza, pues, de tales delicias animémonos á pelear hasta la muerte. No nos declaremos jamás vencidos por nuestros enemigos, hasta que venga el término de la batalla, hasta que *llegue nuestra mudanza*, y podamos entrar en posesión de la eterna dicha.

*Por cierto tiempo sufrirá el que padece, mas después vol-*

*verá la alegría* <sup>3</sup>. ¡Féliz aquél que sufre en esta vida por Dios! Sufre *por algún tiempo*, pero sus gozos serán eternos en la Corte celestial. Allí tendrán fin las persecuciones, las tentaciones, las enfermedades, las tribulaciones y todas las miserias de esta vida. Dios nos dará una vida llena de delicias y que no tendrá fin. Ahora es tiempo de podar la viña y de quitar de en medio todos los obstáculos que pudieran entorpecer nuestro camino hacia la tierra prometida del cielo.

La amputación no puede hacerse sin dolor: es menester conformarse: *después se nos dará en consuelos* lo que habremos pasado en sufrimientos. Dios es fiel á todos los que sufren acá abajo con paciencia por su amor; les ha prometido

que él mismo será su recompensa, y esta recompensa es superior á todos nuestros padecimientos <sup>4</sup>.

Entre tanto, antes de recibir la corona de la vida eterna, quiere Dios que seamos probados por medio de las tentaciones: *Bienaventurado el varón que sufre tentación: porque después que fuere probado, recibirá la corona de vida que Dios ha prometido á los que le aman* <sup>5</sup>. ¡Dichosos los que en la adversidad permanecen fieles á Dios!

Creen algunos, que cuando todos sus negocios marchan con feliz éxito y ningún contratiempo los allige, es señal de que son amados de Dios; pero se engañan, porque Dios prueba la paciencia y la fidelidad de sus siervos, no por medio



de la prosperidad, sino de la adversidad, para premiarlos después con aquella corona que no se marchita como las coronas que conceden los mundanos; con aquella corona de gloria y de eternidad de que habla San Pedro: *Recibiréis corona de gloria que no se puede marchitar* <sup>6</sup>. Porque ¿á quién la tiene Dios ofrecida? *A los que le aman* <sup>7</sup>: pues el amor divino nos dará valor para combatir y alcanzar la victoria.

Al amor de Dios es necesario unir la humildad; porque al modo que el oro y la plata se prueban en el fuego, así los hombres aceptables á Dios se prueban en la fragua de la humildad <sup>8</sup>. En las humillaciones se descubren los santos, en ellas se prueba si son oro ó

plomo. Tal sujeto que es tenido por santo, en recibiendo un agravio, se turba y se lamenta con todos: quiere vengarse del que se lo ha hecho. ¿Qué significa eso? Que es plomo.

El Señor dice: *En tu humildad, ten paciencia* <sup>9</sup>. El soberbio mira las humillaciones que recibe, como otras tantas injusticias insoportables: el humilde al contrario, juzgándose digno de que le maltraten todos, lo sufre todo con paciente resignación. Los que han cometido pecados mortales, echen una ojeada sobre el infierno que han merecido, y á su aspecto llevarán con paciencia todos los desprecios, todos los dolores.

Amemos, pues, al Señor: seamos humildes, y cuanto ha-

gamos, hagámoslo no por darnos gusto á nosotros, sino por agradar á Dios. ¡Maldito amor propio, que se mezcla en todo cuanto hacemos: aun en los ejercicios espirituales, en la oración, en la penitencia y en todas las obras de piedad va sacando partido! Pocas son las almas espirituales que no caigan en esto del amor propio.

¿Dónde podrá hallarse una alma de fortaleza bastante, tan despojada de pasiones é intereses que persevere amando á Jesucristo, hasta en medio del dolor, del abatimiento, de las penas de espíritu, y de los sinsabores de la vida? Salomón dice, que una alma capaz de tanto, es una preciosidad venida de lejanos confines y muy rara: *Mujer fuerte, ¿quién la hallará? lejos, y de los últimos*

*confines de la tierra su precio* <sup>10</sup>.

¡Oh Jesús crucificado! yo soy uno de aquéllos que hasta en sus devociones encuentran medio de satisfacer su gusto y amor propio, tan disconforme de vos, que llevásteis una vida llena de dolores, privada de todo consuelo por el amor de los hombres: concededme vuestro auxilio para que en adelante no atienda más que á vuestra divina voluntad y gloria. Quisiera amaros sin interés alguno; pero soy flaco, y preciso será que vos me concedais fuerzas para cumplir mis promesas.

Todo me entrego á vos, disponed de mí á vuestro gusto. Haced que yo os ame; es lo único que os pido. ¡Oh Virgen María, dulce Madre! Al-

canzadme con vuestros ruegos  
fidelidad á Dios.

---

(1) Job XIV, 14.—(2) I Cor. XV, 52.—  
(3) Eccli. I, 29. — (4) Gen. XV, 2.—  
(5) Jac. I, 12.—(6) I Petr. V, 4.—(7) Jac.  
I, 12.—(8) Eccli. II, 5.—(9) Eccli. II, 4.  
—(10) Prov. XXXI, 10.

---

## CAPÍTULO XXI

**El que ama á Jesucristo debe  
aborrecer el mundo.**

El que ama á Jesucristo con verdadero amor, se considera muy feliz cuando es tratado por los hombres como lo fué Jesucristo, que fué aborrecido del mundo, insultado y perseguido hasta hacerlo morir á fuerza de dolores clavado en un patíbulo afrentoso.

El mundo es del todo contrario á Jesucristo, y por esto, aborreciendo á Jesucristo aborrece á todos sus siervos. El Señor infundia aliento á sus discípulos para que sufriesen,

sin quejarse, las persecuciones del mundo, diciéndoles que habiendo renunciado al mundo no podían menos de ser aborrecidos de él: *Porque no sois del mundo... por eso os aborrece el mundo* <sup>1</sup>.

Pero así como los amantes del Señor son odiados del mundo, así debe el mundo serles odioso. San Pablo decía: *Nunca Dios permita que yo me gloríe sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por el cual el mundo me es crucificado á mí, y yo al mundo* <sup>2</sup>. El Apóstol inspiraba tanto horror al mundo, como puede inspirar un hombre condenado y muerto en una cruz; y en contraposición, el mundo causaba el mismo horror al santo Apóstol: *me es crucificado el mundo á mí*.

Jesucristo quiso morir en la cruz por nosotros pecadores, para librarnos del amor á este mundo perverso <sup>8</sup>.

Nuestro Salvador, al llamarnos á que le amemos, quiere que despreciemos las promesas del mundo, sin temer tampoco sus amenazas; quiere que no hagamos caso, ni de las censuras, ni de los elogios del mundo: así, pues, debemos rogar al Señor que nos haga olvidar el mundo enteramente, y que nos alegremos cuando veamos que el mundo nos rechaza.

Para ser enteramente de Dios no basta abandonar el mundo; debemos desear también que el mundo nos abandone y nos olvide á nosotros. Algunos se apartan del mundo, pero estiman todavía sus



aplausos, al menos los de haberlo abandonado. Estos alimentando todavía el deseo de ser estimados del mundo, hacen que viva todavía en ellos.

Así como el mundo aborrece á los siervos de Dios y sus santas máximas y buenos ejemplos, así debemos aborrecer nosotros todas las máximas del mundo.

*La prudencia de la carne es enemiga de Dios, puesto que no está sujeta á la ley de Dios, ni tampoco puede*<sup>4</sup>. El Apóstol dice *ni puede*, porque el mundo no consulta más que su interés y propio gusto, por donde es imposible establecer armonía entre el mundo y los que sólo buscan cómo agradar á Dios

Sí, Jesús mío, Jesús crucificado y muerto por mí, sólo á

vos quiero agradaros. ¿Qué es el mundo? ¿Qué son los honores y las riquezas! Vos, mi Redentor, quiero que seais mi único tesoro, y el amaros mi única riqueza. Si me queréis pobre, quiero ser pobre; si me queréis humillado y despreciado de todos, todo lo abrazo y recibo de vuestras manos; mi consuelo es cumplir con vuestra voluntad. La gracia que os pido es que me concedais el que jamás me aparte del cumplimiento de vuestra santísima voluntad.

---

(1) Joann. XV, 19.—(2) Gal. VI, 14.—  
(3) Gal. I, 4.—(4) Rom. VIII, 6.

## CAPÍTULO XXII

### **Un moribundo ante su Cruzifijo.**

Jesús mío, mi Redentor, que vais á ser mi juez dentro de poco, tened misericordia de mí, antes que llegue el terrible momento en que me habéis de juzgar. No me espantan mis pecados ni el rigor de vuestro juicio, cuando os miro muerto en esa cruz para salvarme.

Consoladme sin embargo en la agonía en que me encuentro: mis enemigos quieren asustarme, diciéndome que no hay salvación para mí; pero

yo no quiero perder un solo instante mi confianza en vuestra infinita bondad, diciendo con el Profeta <sup>1</sup>: *Mas tú eres mi amparador*. Consoladme, decid á mi alma: *Yo soy tu salud* <sup>2</sup>.

No se pierdan las ignominias y el dolor que habéis sufrido, ni la preciosa sangre que habéis derramado por mí. Sobre todo yo os ruego por el dolor que experimentásteis cuando vuestra alma bendita se separó de vuestro cuerpo sacrosanto, que tengais piedad de mi alma cuando salga de mi cuerpo.

Verdad es que á menudo os he ofendido con mis pecados; pero en este momento os amo más que á todas las cosas, más que á mí mismo: me arrepiento de todo corazón de los

disgustos que os he causado, y los detesto y los abomino más que á todo mal. Conozco que he merecido mil veces el infierno por las ofensas que os he hecho; pero la dolorosa muerte que por mí sufristeis, y las gracias sin número que me habéis concedido, me permiten esperar que al comparecer ante vos me daréis el ósculo de paz.

Lleno de confianza en vuestra bondad, ¡oh Dios mío! me entrego en vuestros paternales brazos. Las ofensas que os he inferido me han hecho merecer el infierno; pero yo espero por esa sangre preciosa, que ya me habréis perdonado, y que podré algún día ir á cantar en el cielo vuestras misericordias: *Misericordias Domini in æternum cantabo* <sup>3</sup>.

Acepto de buena voluntad las penas que me están preparadas en el purgatorio; justo es que el fuego purifique en mí las injurias que os he hecho. ¡Oh santa prisión! ¿Cuándo me encontraré cerrado dentro de ti, seguro de no poder perder ya á mi Dios?

¡Oh sagrado fuego del purgatorio! ¿Cuándo me purificarás de tantas manchas y me harás digno de entrar en la patria de los bienaventurados!

¡Oh eterno Padre! Por los merecimientos de la muerte de Jesucristo, hacedme morir en vuestra gracia y en vuestro amor, para que os ame eternamente en el cielo. Os doy gracias por los beneficios que me habéis concedido durante mi vida, y sobre todo

por la gracia grande de concederme la Santa Fé, y de haberme hecho recibir en estos últimos días de mi vida todos los Santos Sacramentos.

Ya que disponéis mi muerte, quiero morir por agradaros, que poco es que yo muera por vos, ¡oh Jesús mío! por vos que habéis muerto ¡por mí! Diré con San Francisco: *Moriré por tu amor, puesto que tú te dignaste morir por el mío.*

Recibo la muerte con tranquilidad: acepto con gozo todas las penas que tendré que sufrir aún, hasta el momento en que expire. Dadme fuerza para sufrirlas con perfecta conformidad á vuestra santísima voluntad. Ofrezco estas penas para mayor gloria vuestra, y las uno á las que su-

frísteis vos en vuestra pasión. Eterno Padre, os consagro mi vida y todo mi sér: os pido que os dignéis de aceptar este sacrificio mío por los méritos del gran sacrificio que Jesucristo vuestro hijo os ofreció de sí mismo en la cruz.

¡Oh Virgen María! madre de Dios, que me habéis alcanzado tantas gracias del Señor durante mi vida, os doy gracias de todo corazón; no, no me abandonéis en mis últimos instantes, en que más que nunca necesito de vuestra intercesión. Rogad á Jesús por mí, y aumentad vuestras súplicas: alcanzadme más dolor de mis pecados y más amor de Dios, á fin de que vaya á amarle eternamente en vuestra compañía con to-



das mis fuerzas en el cielo.  
Virgen María, mi esperanza,  
yo confío en vos.

---

(1) Psal. III, 3.—(2) Psal. XXXIV, 3.  
—(3) Psal. LXXXVIII, 2.

## CAPÍTULO XXIII

### **Actos de resignación en la hora de la muerte.**

Un ángel reveló á Santa Hiluvina que no conseguiría la corona gloriosa de la bienaventuranza, sino por los méritos que alcanzaría en los sufrimientos que le estaban reservados para los últimos días de su vida. Lo mismo sucede á todas las almas buenas que salen de este mundo. Ello es cierto que todos los actos piadosos, y sobre todo los de resignación en aceptar la muerte con todos los dolores que la acompañan con el fin de agradar á Dios, son de mucho mé-

rito para los que mueren en gracia. Vamos, pues, á indicar los que creemos que pueden ser muy agradables á Dios en boca de un moribundo.

Dios mío, os ofrezco mi vida: pronto estoy á abandonarla cuando plazca á vuestra divina voluntad. *Hágase vuestra voluntad.* Siempre, siempre *hágase vuestra voluntad.*

Señor Dios mío, si queréis concederme algún tiempo más de vida, bendito seáis; pero yo no quiero vivir si no he de emplear la vida en amaros y agradaros. Si habéis dispuesto que muera de esta enfermedad, bendito también seáis, acepto la muerte por hacer vuestra voluntad, y repetir: *Hágase vuestra voluntad.* Sólo os ruego que me ayudéis en el tiempo que me reste: *Tened piedad de*

*mí, ¡oh Dios! según vuestra grande misericordia* <sup>1</sup>. Si vos disponéis que salga de este mundo, protexto que quiero morir porque es vuestra voluntad. Quiero morir, Señor, para satisfacer por medio de mi agonía y dolores de muerte á vuestra divina justicia por tantas culpas con que os he ofendido y merecido el infierno.

Quiero también morir para que termine el ofenderos y daros disgustos en esta vida.

Quiero morir, para probáros el reconocimiento que os debo por tantos beneficios y finezas que habéis usado conmigo en contra de lo que yo merecía.

Quiero morir para daros segura prueba de que amo vuestra voluntad más que mi vida.

Quiero morir, si os place, en este momento mismo en que creo estar en vuestra gracia, para asegurarme la felicidad de alabaros y bendeciros por toda una eternidad.

Quiero sobre todo morir para ir á amaros eternamente y con todas mis fuerzas en el cielo, á donde confio llegar por los méritos de vuestra pasión, y tener la seguridad de no dejar de amaros eternamente.

Jesús mío, vos consentisteis en morir en una cruz por mi amor; yo consiento en la muerte y en todos los sufrimientos que me esperan, por el amor de vos, y entre tanto os digo con San Francisco: *Moriré, Señor, por amor de vuestro amor, ya que vos os dignásteis morir por amor del amor mío.*

Os ruego, Salvador mío, amor mío y mi único bien, por vuestras sagradas llagas y dolorosa muerte, me concedais morir en vuestra gracia y en vuestro amor; me habéis redimido al precio de vuestra sangre; no permitais que me pierda. *Dulcísimo Jesús, no permitais que sea separado de vos, no lo permitais.*

No me arrojéis, Señor, de vuestra presencia: confieso que mis pecados han merecido el infierno; pero me arrepiento de ellos más que de todos los males, y confío subir á los cielos á celebrar las misericordias infinitas de que habéis usado conmigo: *Las misericordias del Señor cantaré para siempre.*

Yo os adoro, ¡oh Dios mío! que me habéis criado. Creo en vos, ¡eterna verdad! espero en

vos, ¡misericordia infinita! os amo, ¡bondad suprema! os amo más que á todas las cosas, os amo más que á mí mismo, porque sois digno de ser así amado; y porque os amo me arrepiento de todo corazón de haber despreciado vuestra santa gracia. Os prometo sufrir la muerte, y mil muertes más, antes que volver á ofenderos.

¡Oh Jesús mío! hijo de Dios, muerto por mí, tened piedad de mi alma: Salvador mío, salvadme, y sea mi salvación amaros eternamente. Virgen María, madre de Dios, rogad á Jesús por mí. Este es el momento en que necesito más de vuestro auxilio: *María, Mater gratiæ, Mater misericordiæ, tu nos ab hoste proteges et mortis hora suscipe. Sub tuum præsidium confugimus, sanc-*

*ta Dei genitricis. Sancta Maria, mater Dei, ora pro nobis peccatoribus.*

San José, padre mío, ayúdame en esta hora. Glorioso arcángel San Miguel, libradme del demonio que tiende lazos á mi alma. Santos del paraíso, protectores y abogados míos, rogad por mí.

Y vos, Jesús mío crucificado, recibid mi alma en vuestros brazos en el momento de exhalar el postrer aliento: recibidla en vuestros brazos, pues me recomiendo á vos: acordaos que me habéis redimido con vuestra sangre: *Te ergo, quæsumus, tuis famulis subveni, quos pretioso sanguine redemisti.* Jesús mío crucificado, amor mío y esperanza mía, viva yo ó muera, protesto que no quiero otra cosa



sino á vos, y nada más. ¿Y qué pudiera yo desear en lugar de vos? *¿Qué hay en el cielo para mí, ni qué puedo yo desear en la tierra, sino á vos, Dios de mi corazón, que sois mi herencia por toda la eternidad?* <sup>2</sup> Vos, amor de mi corazón, vos sois toda mi riqueza.

A vos, pues, recomiendo mi alma, á vos que la habéis redimido con vuestra muerte. Confiado en vuestra misericordia, me atrevo á exclamar: *En tí esperaré, Señor, no me condenes para siempre.*

¡Oh Virgen Maria! vos sois nuestra esperanza: también á vos os dirijo la misma plegaria: *En vos esperaré, Señora, no permitais que me condene para siempre.*

---

(1) Psal. L, 1.—(2) Psal. LXXII, 26.

---

## CAPÍTULO XXIV

### **Morada de la eternidad.**

*El hombre irá á la morada de la eternidad* <sup>1</sup>. Es un error llamar nuestra casa á la que al presente habitamos: la casa de nuestro cuerpo será dentro de poco una sepultura donde habrá de estar hasta el día del juicio, y la casa de nuestra alma será ó el cielo ó el infierno, según hayan sido nuestros méritos, y allí deberá estar por toda la eternidad.

No irán nuestros cadáveres por sí mismos á la sepultura, otros los llevarán; pero el alma ella misma pasará á la mora-

da que habrá merecido: morada de eterno gozo ó de eterno dolor. Según el bien ó el mal que hace el hombre, así él va por su pie á la casa del cielo ó á la del infierno, y ya no se muda más de casa.

Los que viven en la tierra suelen cambiar de habitación, sea por capricho, sea por necesidad. En la eternidad nunca se muda de casa. En donde se entra por primera vez, allí se ha de habitar para siempre <sup>2</sup>. El que entre en el cielo será dichoso para siempre; el que entre en el infierno será eternamente desdichado.

El que entre en el cielo estará siempre en compañía de Dios y de los santos, siempre en paz, siempre contento, porque los elegidos están siempre rebosando de gozo sin temor

de perderlo jamás. Si en los bienaventurados entrase el temor de perder aquella dicha que gozan, ya no serian bienaventurados, porque la sola sospecha de perder aquel gozo que poseen les perturbaría la paz en que viven. Al contrario, los que entran en el infierno estarán eternamente separados de Dios, siempre penando en aquel fuego con los condenados.

No penséis que los tormentos del infierno sean semejantes á los que se padecen en este mundo, donde con acostumbrarse se va disminuyendo la pena. Así como las delicias del paraíso no causarán jamás tedio, sino que parecerán siempre nuevas como el primer día de gozarlas, según lo significa el cántico eterno de los

bienaventurados: *Y cantaban como un cántico nuevo* <sup>3</sup>. Así por el contrario, en el infierno las penas no se disminuirán en toda la eternidad; ninguna costumbre podrá jamás aliviarlas.

Los infelices réprobos sentirán por toda la eternidad el mismo tormento que sintieron la primera vez que quedaron sometidos á ellas.

San Agustín dice que los que creen en la eternidad y no se convierten á Dios, ó han perdido la fé ó el juicio <sup>4</sup>.

Desdichado del pecador que entra en la eternidad, sin haberla conocido, exclama San Cesáreo, y que ha descuidado pensar en ella. Y añade después: *¡Dos veces desdichados! en primer lugar porque caen*



*en aquel abismo de fuego; y después, porque una vez que habrán entrado, no volverán á salir de él.* Las puertas del infierno se abren para dar entrada á las almas de los condenados; pero no para darles salida.

No: los santos no han hecho jamás bastante para su salvación: sepultándose en los yermos, alimentándose con yerbas del campo, durmiendo sobre duras piedras, no han hecho nada demás, dice San Bernardo, porque *no hay demasiada seguridad donde peligre la eternidad*; cuando se trata de la eternidad, jamás se toman bastantes precauciones.

Así pues, cuando el Señor nos envía alguna cruz con la enfermedad, con la pobreza, ó

con otro cualquier mal, pensemos en el infierno que tenemos merecido, y todos nuestros sufrimientos nos parecerán ligeros. Digamos entonces con Job: *Pequé y de veras delinquí, y no he sido castigado como merecía* <sup>2</sup>. ¿Cómo podré yo quejarme cuando me enviéis, Señor, algunas tribulaciones, yo que he merecido el infierno?

¡Oh Jesus mío! no me arrojéis al infierno, porque en el infierno ya no podría amaros, sino que habría de aborreceros para siempre.

Privadme, Señor, de todo, de los bienes, de la salud, de la vida, pero no me privéis de vuestro amor. Disponed que os ame y os alabe, y después castigadme siempre, y haced de mí lo que cumpla á vues-

tra voluntad. ¡Oh Virgen María! madre de Dios, interceded por mí.

---

(1) Eccli. XII, 5.—(2) Eccli. XI, 8.—  
(3) Apos. XIV, 3.—(4) Soliloq.—(5) Job  
XXXIII, 27.

---



## CAPÍTULO XXV

**Las almas que aman á Dios,  
suspiran por ir á verle en  
el cielo.**

*Mientras estamos en el cuerpo, vivimos ausentes del Señor* <sup>1</sup>. Las almas que no aman más que á Dios sobre la tierra son á manera de nobles peregrinas destinadas por sus preciadas dotes, á ser esposas eternas del rey de los cielos; pero que viven lejos de él sin verle, y por ello no hacen otra cosa que suspirar por ir á la patria bienaventurada donde saben que el esposo las espera.

Saben que están siempre en

presencia de su amado; pero que éste se halla oculto como detrás de una cortina y no se deja ver. Está como el sol detrás de las nubes, á través de las cuales hace de cuándo en cuándo que pase algún rayo de su esplendor, pero no se deja ver al descubierto. Por otra parte, estas amadas esposas llevan en los ojos una venda que no las deja ver el objeto amado: con todo, viven felices conformándose con la voluntad del Señor, que quiere entretenerlas en el destierro y alejadas de sí; pero sin embargo, suspiran de continuo por conocerle cara á cara, para más y más apasionarse de él, y más y más amarle.

Per esto se quejan todas dulcemente, y se lamentan á su amado porque no se les

deja ver, y dicen: Unico amor de mi corazón, ya que me amas tanto y me has herido con tu amor, ¿por qué te escondes de mí? ¿por qué me privas de verte? Sé que eres la belleza infinita: yo te amo más que á mí misma, y eso que no te he visto aún. Muéstrame tu hermosa faz: deseo verte sin velo, para no mirar más ni á mí ni á criatura alguna, y para no pensar sino sólo en amarte ¡oh sumo bien mío! Cuando á estas almas enamoradas de Dios, les llega algún destello de la divina bondad y del amor que Dios les tiene, quisieran derretirse y consumirse en su amor. Y sin embargo, para ellas el sol está todavía cubierto de nubes, el hermoso rostro del amado se esconde detrás del velo, y

ellas tienen la venda en los ojos que les impide mirarlo cara á cara.

¡Cuál no será su alegría cuando se disipen las nubes, cuando caiga el velo, cuando se aparte de sus ojos la venda, cuando la hermosa faz de su esposo se les manifieste, y vean claramente su hermosura, su bondad, su grandeza y el inmenso amor que les tiene!

¡Oh muerte, por qué tardas tanto en venir! Si tú no vienes, yo no puedo ir á ver á mi Dios! Tú eres la que ha de abrirme la puerta para que yo pueda entrar en el palacio de mi Señor. ¡Oh patria feliz, cuándo llegará el día en que yo me encuentre en tus eternas moradas! ¡Oh amado de mi alma, Jesús mío, mi teso-

ro, mi amor, mi todo, cuándo llegará el feliz momento de abandonar la tierra y unirme toda á vos! No merezco tanta ventura; pero el amor que me habéis demostrado y vuestra bondad infinita me hacen confiar en que seré agregado algún día á las almas bienaventuradas que unidas del todo con vos os aman y amarán con perfecto amor por toda la eternidad. ¡Oh Jesús mio! ya véis mi situación: quedar unido á vos para siempre, ó ser para siempre separado de vos. Tened piedad de mí; vuestra preciosa sangre es toda mi esperanza. ¡Oh madre mia! vuestra intercesión es lo que me conforta y me alegra.

---

(1) II Cor. V, 6.

## CAPÍTULO XXVI

### **Jesús es el buen Pastor.**

Él mismo ha dicho: *Yo soy el buen pastor* <sup>1</sup>. El oficio de un buen pastor es conducir sus rebaños á los buenos pastos y guardarlos del lobo. Pero, ¿qué pastor, oh dulce Redentor mío, ha pensado en dar su sangre y su vida para salvar á sus ovejas? Vos lo habéis hecho, Señor, para librarnos de los castigos que habíamos merecido.

Para curarnos de nuestros males, cargó este buen pastor con todas nuestras deudas, y

las satisfizo con su cuerpo, muriendo á fuerza de dolores en una cruz <sup>2</sup>.

Este exceso de amor por nosotros que somos sus ovejas, hacía arder al mártir San Ignacio en el deseo de dar su vida por Jesucristo, diciendo en su carta: *Mi amor ha sido crucificado, como si dijera: ¡Y qué! mi Dios ha querido morir en una cruz por mí ¿y no desearé yo morir por él?* Realmente, ¿qué han hecho los mártires prodigando su vida por Jesucristo, que ha muerto por su amor? La muerte de Jesucristo dulcificaría sus sufrimientos, sus azotes, los ecúleos, las uñas de hierro, las corazas ardientes y las muertes más dolorosas.

Pero este buen pastor no se contentó con entregar su vida.

por sus ovejas: después de su muerte quiso dejarles su cuerpo, ya inmolado en la cruz, para que les sirviese de alimento á sus almas. El ardiente amor que nos tenía, dice San Juan Crisóstomo, le condujo á confundirse con nosotros: *¡se mezcló á sí mismo con nosotros para que seamos una cosa, pues esto es propio de los que aman con ardor!*

Cuando este buen pastor ve que se le ha extraviado alguna oveja, ¿qué no hace? ¿qué medios no emplea para encontrarla! ¡No se cansa de buscarla hasta que la encuentra! <sup>8</sup> Si lo consigue al fin, *la carga gozoso sobre sus espaldas para no perderla más. Y llamando á sus amigos y vecinos, es decir, á los ángeles y á los santos, les invita á que le felici-*



*ten por el hallazgo de su oveja extraviada.*

¡Quién negará su amor más intenso á este buen Señor, tan amoroso aun para con los pecadores que le han vuelto la espalda, y que han querido perderse voluntariamente? ¡Oh, mi amado Salvador! ved ahí á vuestros pies una de estas ovejas perdidas. Me he apartado de vos, pero vos no me habéis abandonado. Ningún medio habéis omitido para llamarme á vos. ¿Qué habría sido de mí, Señor, si vos mismo no me hubiéseis buscado? ¡Infeliz de mí! ¡Cuánto tiempo he permanecido lejos de vos! Confío por vuestra misericordia que viviré en gracia vuestra; y así como hasta ahora no pensaba más que en huir de vos, ya no de-

seo más que amaros, y vivir y morir á vuestros pies. Mientras viva estaré en peligro de perderos. Enlazadme á vos con los lazos de vuestro amor, y hasta el día de mi muerte no ceséis de buscarme. *Anduve errante como oveja descarriada: busca á tu siervo* <sup>4</sup>.

Virgen María, abogada de los pecadores, alcanzadme la santa perseverancia.

---

(1) Joann. X, 11.—(2) I Petr. II, 24.—  
(3) Luc. XV, 4.—(4) Psal. CXVIII, 176.

---

## CAPÍTULO XXVII

### **Del negocio de la salvación eterna.**

El asunto de nuestra eterna salvación, no sólo es el más importante sino el único que debe ocuparnos, porque si lo descuidamos, lo perdemos todo. Un pensamiento sobre la eternidad bien meditado puede bastar para hacer á un santo. El P. Vicente Caraffa, gran siervo de Dios, decía que, si todos los hombres pensasen con fé viva en la eternidad de la vida futura, la tierra quedaría hecha un desierto, porque nadie se ocuparía de los negocios de la vida presente.

¡Oh! si tuviésemos constantemente ante los ojos esta gran máxima que nos inculca: *¿Qué aprovecha al hombre si ganare todo el mundo y perdiere su alma?* <sup>1</sup> ¡A cuántos hombres no ha llevado esta máxima á renunciar al mundo! ¡A cuántos anacoretas á vivir en los yermos! ¡Y á cuántos mártires á sacrificar sus vidas por la fé! ¡A cuántas ilustres vírgenes, muchas de ellas de regia extirpe, no ha encerrado en los claustros! Todos pensaron que si perdían sus almas, las cosas del mundo no les servirían para nada en la eternidad.

El Apóstol escribía á sus discípulos diciéndoles: *Mas os rogamos, hermanos... que attendais á vuestro negocio* <sup>2</sup>. ¡Pero de qué negocio hablaba

San Pablo? Hablaba de aquél que es de tanta importancia, que si no lo acertamos, perdemos el reino eterno del paraíso, y caemos para siempre en un abismo de eternos sufrimientos. *Se trata de la pérdida del reino celestial y de suplicios mortales*, dice San Juan Crisóstomo.

Tenía pues, razón San Felipe Neri en llamar insensatos á los que no pensaban en esta vida más que en atesorar riquezas y amontonar honores, sin dedicarse á la salvación de sus almas. El venerable Juan de Ávila decía, que tales hombres merecerían ser encerrados en una jaula de locos. ¿Cómo? quería decir el gran siervo de Dios. ¿Creéis que hay una eternidad de gozos para el que ama á Dios, y una

eternidad de penas para los que le ofenden, y le ofendéis?

La pérdida de los efectos, de la salud, de los parientes, de la reputación y hasta de la vida, puede repararse en este mundo, á lo menos con una buena muerte y con la adquisición de la vida eterna, como han hecho los mártires. ¿Pero con qué bienes, con qué tesoros, por inmensos que sean, se puede redimir el alma? <sup>3</sup>

El que muere sin gracia de Dios y pierde su alma, pierde con ella toda esperanza de poner remedio á su daño <sup>4</sup>. ¡Oh Jesús mío! Aun cuando el dogma de la vida eterna no fuese más que una opinión de los sabios, deberíamos con todo poner todo nuestro afán en conseguir la eterna felicidad, y en evitar la eterna desdicha; pero

no, no es una cosa dudosa, es una verdad cierta y de fé, que una ú otra de las dos eternidades nos ha de caber.

Pero, ¡oh increíble fenómeno! La mayor parte de los que viven en la fé y meditan esta grande verdad, dicen: *Es cierto, debemos pensar en salvarnos*; pero apenas hay uno que se ocupe de veras en este negocio. Para ganar un litigio, para obtener un destino, se pone la mayor atención, y el negocio de la salvación eterna se deja á un lado. *Error mayor que todos los errores*, dice San Eucherio, *porque si se pierde el alma, es un error irremediable.*

*¡Oh si tuvieran sabiduría é inteligencia y previesen las postimerías!* <sup>5</sup> Infelices de aquellos sabios versados en todas las ciencias, pero que no saben

mirar por su alma para obtener una sentencia favorable en el día del juicio!

¡Oh Redentor mío, vos habéis derramado vuestra sangre para redimir mi alma, y yo la he perdido tantas veces, y la he vuelto á perder! Os doy gracias por haberme concedido tiempo para recobrarla, recobrando vuestra gracia. ¡Oh Dios mío! ¡Por qué no he muerto antes de llegar á ofenderos! Me consuela la idea de que vos no rechazáis los corazones que se humillan y se arrepienten de sus pecados. ¡Oh Virgen María! refugio de pecadores, socorred á un pecador que se recomienda á vos, y en vos confía.

---

(1) Matth. XVI, 26.—(2) Thess. IV, 10.  
—(3) Matt. XVI, 26.—(4) Prov. XI, 7.—  
(5) Dent. XXXII, 29.

---



## CAPÍTULO XXVIII

### **Cuál será el gozo de los elegidos.**

*Entra en el gozo de tu Señor* <sup>1</sup>. Cuando el alma entre en el cielo, apenas se le abra la puerta que le impedía verlo, contemplará al descubierto y sin velos, la belleza infinita de su Dios, y ésta será la felicidad del alma bienaventurada.

Todo cuanto verá en Dios la colmará de gozo: verá la rectitud de sus juicios, la armonía de sus disposiciones para con cada una de las almas, y cómo todo va ordenado á la gloria de Dios y bien nuestro.

Entonces verá especialmente respecto de sí misma el amor inmenso que Dios le ha tenido, haciéndose hombre y sacrificando su vida por su amor en una cruz; conocerá qué exceso de bondad fué el misterio de la cruz, ver á un Dios hecho siervo y ajusticiado en un patíbulo infame; y lo que ha sido el misterio de la Eucaristía; ver á un Dios que bajo las especies se hace alimento de sus criaturas.

Contemplará de una en una todas las gracias y beneficios que el Señor ha derramado sobre ella, y que hasta entonces no conocía; verá cuán misericordioso ha sido Dios esperando su arrepentimiento y perdonando su ingratitud; verá los muchos llamamientos, luces y auxilios, que abundante-

mente le han sido concedidos; verá que aquellas tribulaciones, aquellas enfermedades, aquellas pérdidas de intereses ó de parientes, que miraba como castigos, no eran más que pruebas amorosas de Dios para atraerle á su perfecto amor.

En suma, todos estos objetos le harán conocer la bondad infinita de Dios, y el amor infinito con que merece ser amado: de modo, que apenas habrá entrado en el cielo, cuando no tendrá otro deseo que contemplar al Señor feliz y contento; y comprendiendo entonces que la felicidad de Dios es suma, infinita y eterna, si no experimentará un gozo infinito, porque la criatura no es capaz de cosas infinitas, gozará, no obstante, de un pla-

cer inmenso y lleno que la colmará de gozo, y de aquella misma alegría que es propia de Dios: así se verificará en ella el dicho: *Entra en el gozo de tu Señor*. Los elegidos no son tan felices por la bienaventuranza que les cabe, cuanto por la que goza el Señor; porque aman á Dios mil veces más que á sí mismos, y el gozo de Dios les es más sensible que el suyo propio. El amor que le profesan les hará olvidarse de sí mismos, y su único deseo será agradar á su amado.

Y ésta es aquella santa y amable embriaguez que borra de la memoria de los elegidos la memoria de sí mismos, para no pensar más que en alabar y amar al único objeto de su amor, esto es, á su Dios y

Señor 2. Dichosos desde el primer instante en que entran en el cielo: se encuentran desde entonces como perdidos, y por decirlo así, como ahogados de amor en el océano inmenso de la bondad divina; y así los bienaventurados perderán todos sus deseos menos el de amar á Dios y ser amados de él.

La certeza de amarle siempre y de ser amados siempre de Dios hará su verdadera felicidad, la cual será tan pura é inmensa, que jamás desearán otra cosa alguna: en suma, gozar de la alegría de Dios, ésta será la bienaventuranza de los elegidos. Por esto aquél que en esta vida se complace en la beatitud que Dios goza y gozará eternamente, éste puede decirse que desde esta

vida entra en el gozo de Dios y comienza á gozar del paraíso.

¡Oh mi dulce Salvador, amor de mi alma! Me encuentro todavía en este valle de miserias, rodeado de enemigos que intentan separarme de vos. ¡Amado dueño mio! Haced que no llegue á perderos, que os ame siempre así en ésta como en la otra vida, y después disponed de mí á vuestro agrado. ¡Oh Reina del paraíso! Si intercedéis por mí, estoy cierto de ir algún día á acompañaros y alabaros en el cielo.

---

(1) *Math.* XXV, 23. — (2) *Psal.* XXXV, 9.

---

## CAPÍTULO XXIX

**El sentimiento de haber perdido á Dios constituye el infierno.**

El rigor de la sentencia debe ser proporcionado á la enormidad del crimen. Los teólogos definen el pecado por estas dos palabras: *Aversio á Deo: aversión, apartamiento de Dios* <sup>1</sup>. Una traición hecha á Dios es el pecado mortal. Consiste éste en despreciar la divina gracia, y querer espontáneamente perder á Dios, que es el supremo bien. Esta, pues, tiene que ser la pena más cruel y justa que sufren los condenados.

Las demás penas del infierno no son por esto menos terribles: el fuego devorador, las lúgubres tinieblas, los alaridos penetrantes, el hedor insuportable y capaz de ocasionar la muerte, si pudiese morir en el infierno; las estrechuras en que se hallarán los condenados, hasta el punto de impedirse la respiración, nada serán en comparación á la pérdida de Dios.

Los lamentos de los condenados son eternos, y el objeto más amargo de su llanto es la idea desoladora de haber perdido al Señor por su culpa. ¡Oh Dios! ¡Qué bien tan grande han perdido! ¡Ah! en esta vida, las pasiones, los negocios temporales, el placer de los sentidos, los reveses, las vicisitudes de la fortuna nos



impiden considerar la bondad infinita de Dios, la suprema belleza del Señor. Así que el alma sale de su prisión corporal, no ve desde luego á Dios tal cual es; porque si lo viese, sería por lo mismo de repente bienaventurada. Sabe solamente que Dios es un bien infinito, que es infinitamente bello, y que es digno de un amor infinito. El alma, que no ha sido creada sino para verle y amarle, quisiera volar sin retardo á unirse á su esposo; pero si está en estado de culpa encuentra un muro impenetrable, como es el pecado que le cierra para siempre el camino de ir á ver á Dios.

Señor, yo os doy gracias de que este camino no ha sido todavía cerrado para mí como lo

merecía; todavía puedo confiar en que me será concedido unirme á vos para siempre. *No me arrojéis de vuestra presencia* <sup>2</sup>.

El alma, que ha sido creada para amar á su Criador, se siente impulsada por el amor natural á amar su último fin que es Dios; en esta vida las tinieblas del pecado y los afectos terrenos tienen adormecida esta inclinación natural de unirse con Dios: esto hace que el alma no se sienta muy afligida por hallarse apartada de Dios; pero cuando ha salido de este mundo y se mira libre de los sentidos, entonces es cuando conoce claramente que Dios solamente puede hacerla feliz. De modo que, tan pronto como se ve libre del cuerpo, se lanzaría rápida á abrazarse con

el Sumo Bien; pero encontrándose en pecado se verá rechazada de Dios como enemiga. Mas aunque rechazada, no por esto cesará de sentirse inclinada á unirse, y su infierno será sostener por una eternidad una lucha violenta de ser siempre atraída hacia Dios, y de ser rechazada de su presencia.

¡Si por lo menos, esta alma desdichada, que ha perdido á Dios y no puede ya gozar de su presencia, pudiese consolarse amándolo! Pero no: porque abandonada de la gracia, y hecha esclava del pecado, ha pervertido su voluntad, de modo que, por un lado se verá inclinada á amar á Dios, y por otro á aborrecerle, y en el mismo instante en que conoce que Dios es digno de un

amor infinito, le aborrece y le maldice.

¡-i por lo menos pudiese en aquel lugar de tormento resignarse á la divina voluntad, como hacen las almas del purgatorio, y bendecir la mano del Dios que la castiga justamente! Pero no: no puede resignarse, porque para esto es necesario el auxilio de la gracia; mas éste como se ha dicho le ha abandonado, y por esto no puede unir su voluntad á la de Dios, porque la suya es contraria á la divina.

Esto hace que vuelva toda su rabia contra sí misma, y así vivirá siempre despelazada por opuestos sentimientos: quisiera vivir y quisiera morir; quisiera vivir para detestar á Dios para siempre, por-

que Dios es el objeto de su odio; y quisiera morir para poner fin á la pena que experimenta, por haberle perdido; ¡pero ella se ve obligada á vivir! Ha de vivir para siempre en una continua agonía mortal. Roguemos al Señor, por los méritos de Jesucristo, nos preserve del infierno: roguémosle sobre todo, si sentimos nuestra conciencia agravada con el peso de algún pecado mortal.

Digámosle: salvadme, Señor, atadme cada vez más estrechamente con los vínculos de vuestro santo amor: redoblad al rededor de mi alma estas santas y dulces cadenas de salud, para que no vuelva á separarme de vos. ¡Desdichado de mí! He despreciado vuestra gracia, he merecido

ser apartado de vos, ¡oh supremo bien mío, con peligro de aborreceros sin fin! Os doy gracias por haberme sufrido mientras he vivido en desgracia vuestra. ¿Qué habría sido de mí, si hubiese muerto entonces?

Pero ya que habéis prolongado mis días, disponed que no abuse de ellos empleándolos en desagradaros, sino en amaros y llorar los pesares que os he causado. ¡Jesús mío! en adelante vos solo seréis el único objeto de mi amor, y no tendré otro temor que el de ofenderos y el de separarme de vos. Pero nada puedo yo sin vuestro auxilio: confío por vuestra sangre en que me concederéis fuerza para ser todo vuestro. ¡Oh Redentor mío, amor mío y mi todo! *Deus*

*meus, et omnia.* Virgen María, refugio de pecadores, socorred á un desgraciado que se recomienda á vos y en vos confía.

Entreguémonos enteramente á Dios, para asegurarnos de que jamás le perderemos. Los que no se entregan enteramente á Dios, están siempre en peligro de alejarse de él y de perderle; pero una alma que resueltamente se despega de todo y se entrega toda á Dios, no le vuelve á perder; porque el mismo Dios no permitirá que el alma que se le ha entregado toda entera le pierda ni se separe de él. Un gran siervo de Dios decía también, que cuando llega á nuestra noticia la caída de alguno de aquéllos de quienes teníamos conocimiento de que

se habían resuelto á hacer una vida ejemplar, debemos deducir que los tales no se habrán entregado totalmente á Dios.

---

(1) Sanct. Thom. 1 p. q., 4.—(2) Psal. L, 12.

---



## CAPÍTULO XXX

### **Desprecio del mundo.**

El pensamiento de la vanidad del mundo y de que todas las cosas que el mundo estima no son más que mentira y engaño, ha conducido á muchas almas á consagrarse enteramente al servicio de Dios. Pues ¿de qué nos servirá haber ganado el mundo entero, si perdemos el alma? <sup>1</sup>

Esta grande sentencia del Evangelio ha obligado á muchos jóvenes á abandonar á su patria, á sus padres, sus riquezas, sus destinos y hasta las diademas, para correr á en-

cerrarse en un claustro, ó en un desierto, para no pensar más que en Dios. El día de la muerte es llamado *día de perdición* <sup>2</sup>, porque cuando salimos de este mundo, abandonamos todos los bienes que habíamos adquirido sobre la tierra.

San Ambrosio dice sabiamente, que no podemos llamar *nuestros* estos bienes, porque no podemos llevárnoslos al otro mundo, que es en donde deberemos habitar eternamente. *No es nuestro*, escribe el Santo, *lo que no podemos llevar con nosotros; la sola virtud es la que nos acompaña*, las solas obras santas nos seguirán y consolarán en la eternidad <sup>3</sup>.

Las fortunas de este mundo, las dignidades más altas, los tesoros, las alhajas, los títulos,

los honores, vistos desde el lecho de la muerte pierden todo su esplendor; la sombra funesta de la muerte oscurece hasta los mismos cetros y coronas, y nos pone de manifiesto, que todo lo que tiene en grande estima este mundo, no es más que barro, vanidad, engaño, humo y miseria. ¡De qué le sirven á un moribundo todas las riquezas que acumuló, si después del último suspiro, no ha de tener por habitación más que una estrecha caja de madera, en donde se convertirá en podredumbre! ¡De qué le servirá la belleza de su rostro y la gallardía de su cuerpo, si dentro de poco no quedará de él más que un puñado de polvo hediondo y cuatro huesos descarnados!

¿Qué es la vida del hombre

sobre la tierra? Escuchemos la definición que de ella nos da Santiago: *Es un vapor, aparece por un poco, y luego desaparecerá* <sup>4</sup>. Este personaje que es hoy poderoso, respetado, temido y lisonjeado, será mañana mismo despreciado, calumniado, maldecido. Buscadlo en su deliciosa quinta, en su marmóreo palacio; ya no está. Se ha convertido en polvo dentro de la sepultura. *Vi al impío sumamente ensalzado... pasé, y hé aquí que no existía* <sup>5</sup>.

El Espíritu Santo nos amonesta que no nos dejemos engañar por el mundo, porque el mundo pesa los bienes con una *falsa balanza* <sup>6</sup>. Pero no: nosotros debemos pesar las cosas con la balanza infalible de la fé, que nos da á conocer los

verdaderos bienes, porque los que tienen fin no lo son verdaderamente. Santa Teresa decía: *No debemos poner nuestra atención en las cosas que acaban con nuestra vida.*

¿Dónde están ya tantos ministros de Estado, tantos generales de ejército, tantos principes, tantos emperadores romanos, ahora que la escena se ha concluído para ellos, y que ya han pasado á la eternidad? *Pereció su memoria con el sonido* <sup>7</sup>. Han hecho un importante papel en el mundo, sus nombres han resonado por doquiera, pero después de muertos se acabó para ellos el figurar su nombre, y todo. Hemos tenido ocasión de leer la siguiente inscripción grabada en un cementerio, en donde descansaban los restos de

caballeros y damas de distinción:

Ved aquí dónde acaba toda pompa,  
Toda beldad de tierra y señorío;  
Gusanos, lodo, fango, prodredumbre  
Cierran del hombre el rápido camino.

*Pasa la figura de este mundo* <sup>8</sup>. Nuestra vida, en fin, no es más que una escena que pronto acaba. Así termina para los ricos como para los pobres, así para los reyes como para los vasallos. Dichoso aquél que ha llenado bien su papel delante de Dios. Felipe III, rey de España, murió joven á la edad de 42 años, y antes de expirar, dijo á los que le rodeaban: «Cuando habré muerto, contad el espectáculo que tenéis ante vuestros ojos; decid que haber reinado durante la vida, no sirve en la hora de la muerte, sino

para aumentar los remordimientos de haber reinado.» Y añadió con un suspiro: *¡Oh! ¡Por qué no he pasado mis días en un desierto para santificarme! ¡Con cuánta mayor confianza no me presentaría hoy delante del tribunal de Jesucristo!*

Todo el mundo sabe que San Francisco de Borja renunció al mundo por haber visto el cadáver de la emperatriz Isabel, que había sido muy hermosa y que muerta causaba horror. El santo exclamó entonces: *¡Así acaban los bienes de este mundo?* Y se consagró todo á Dios. *¡Oh! ¡Por qué no le imitamos todos antes de morir! Apresurémonos porque la muerte corre á rienda suelta, y no sabemos el día que nos alcanzará. No obremos de*

modo que de la luz que el Señor nos concede ahora, no nos queden más que los remordimientos, y la cuenta que habremos de dar al Señor cuando tengamos en la mano la vela de los moribundos. Decidámonos á hacer, desde este momento, lo que entonces desearemos haber hecho y ya no podremos hacerlo.

Me habéis sufrido hasta ahora, Señor, no quiero ya hacerlos esperar más para darme á vos. Me habéis llamado varias veces á que renunciase al mundo y me consagrarse enteramente á vos: me llamais de nuevo, aquí me tenéis, Señor, recibidme en vuestros brazos, pues me abandono á vuestra misericordia, desde este momento. Cordero sin mancha, sacrificado por mí en el Cal-



vario, lavad mis pecados con vuestra sangre: perdonad las injurias que os he hecho, abrasad mi pecho en vuestro santo amor. Os amo más que á todas las cosas. Os amo de todo corazón, ¡y qué otro objeto del mundo podría hallar más digno que vos de mi amor! Virgen María, madre de Dios, rogadle por mí y obtenedme la gracia de poder mudar de conducta: he puesto toda mi confianza en vos.

---

(1) Matth. XVI, 26.—(2) Deut. XXXII, 35.—(3) Apoc. XIV, 13.—(4) Jac. IV, 15.—(5) Psal. XXXVI, 35.—(6) Oss. XII, 7: Psal. LXI, 10.—(7) Psal. IX, 7.—(8) I Cor. VII, 31.

---

## CAPÍTULO XXXI

### **Amor á la soledad.**

Dios no se deja encontrar en el tumulto del mundo: así es que los santos se refugiaban en los desiertos más horribles, en las grutas más sombrías, para huir de los hombres y poder conversar á solas con Dios. San Hilarión anduvo errante por mucho tiempo de desierto en desierto, hasta que encontró uno en donde no había penetrado jamás humano pie, muriendo al fin en una soledad de la isla de Chipre, en la que había vivido los últimos cinco años de su vida.

Cuando San Bruno fué inspirado por el Señor á retirarse del mundo, fué con sus compañeros á verse con San Hugo, Obispo de Grenoble, para que le señalase algún desierto de su diócesis. El Santo Obispo le indicó la Catuja, lugar silvestre, más propio para servir de asilo á las fieras que de habitación á los hombres. San Bruno y sus compañeros, se fueron con júbilo á habitar allí, y se establecieron en pequeñas chozas levantadas á cierta distancia unas de otras.

El Señor le dijo un día á Santa Teresa: *Yo hablaría de muy buen grado á muchas almas; pero de tal modo el ruido del mundo les llama la atención, que no oirían mi voz.*

Dios no nos habla en medio de los ruidos y negocios del mundo, porque teme que no le hemos de oír. Las palabras de Dios son: las inspiraciones santas, las luces y llamamientos, por las cuales ilumina á los santos abrasándolos en divino amor; pero los que no aman la soledad se verán privados de oír estas voces del Señor.

Él se expresa así: *La llevaré al desierto y le hablaré al corazón* <sup>1</sup>. Cuando Dios quiere elevar una alma á un alto grado de perfección, le inspira el deseo de retirarse á un lugar solitario, lejos del comercio de los hombres: allí es donde le habla, no á los oídos corporales, sino á los del alma. Así es como la ilumina y la inflama en su divino amor.

San Bernardo decía, que habría aprendido á amar á Dios mejor en los bosques, á la sombra de las encinas y de las hayas, que entre los libros y entre los siervos de Dios. San Jerónimo dejó las delicias de Roma para encerrarse en la gruta de Belén. Allí exclamaba: *¡Oh soledad, en donde Dios habla y conversa familiarmente con los suyos!* En la soledad habla el Señor con familiaridad con las almas á quien ama. Les deja oír sus palabras que hacen derretir sus corazones de amor, como dice la santa esposa: *Mi alma se derritió luego que habló mi amado* <sup>2</sup>.

Sabemos por experiencia que frecuentar el mundo, y ocuparse en adquirir bienes temporales es lo que nos hace

olvidar á Dios; pero en el instante de la muerte, de todas las penas y de todo el tiempo que nos habrán costado los bienes de la tierra, no nos quedará otra cosa más que remordimientos y pesares. No nos quedará entonces de provechoso más que lo que habremos hecho y sufrido por el Señor. ¿Por qué, pues, no nos desprendemos del mundo, antes que venga á desprendernos de él la muerte?

*Se sentará solitario y callará,* dice el Profeta, *porque lo llevó sobre sí* <sup>8</sup>. El solitario no se siente ya agitado por los cuidados de la vida: se sienta en reposo, y guarda el silencio; no pide placeres sensuales, porque elevado sobre sí mismo y sobre todas las cosas creadas, encontrará en el

Señor todo su gozo y todo su contento.

*¿Quién me dará alas como de paloma, volaré y descansaré?* <sup>4</sup> David deseaba tener las alas de la paloma para abandonar la tierra, y así ni siquiera tocarla con los pies, y dar descanso á su alma. Pero mientras estamos en esta vida no nos es permitido abandonar la tierra. Procuremos pues, amar el retiro cuanto se pueda, y vayamos allá á conversar con Dios, á fin de alcanzar las fuerzas necesarias para remediar los defectos que causa el trato del mundo. Así lo hacía David en medio de los cuidados de su reinado: *Hé aquí que me alejé huyendo, é hice mansión en la soledad* <sup>5</sup>.

¡Por qué no he pensado siempre en vos, oh Dios de mi

alma! ¡Por qué no he despreciado todos los bienes terrenos! Yo maldigo el día en que solicito por las satisfacciones mundanas, he ofendido á vuestra divina bondad. ¡Por qué no os he amado siempre! ¡Oh! ¡Por qué no he muerto antes que haberos ofendido! ¡Desdichado! ¡La hora de mi muerte no está lejos, y me encontrará todavía apegado al mundo! ¡No, Jesús mío! Hoy resuelvo dejarlo todo para ser todo vuestro. Vos sois todopoderoso, prestadme fuerzas para seros fiel. Madre de Dios, rogad por mí.

- 
- (1) Osa. II, 14. — (2) Cant. V, 6. —  
(3) Thr. III, 28. — (4) Psal. LIV, 7. —  
(5) Ibid. 8.
-



## CAPÍTULO XXXII

### **Soledad del corazón.**

San Gregorio dice: *¿Qué aprovecha la soledad del cuerpo, si falta la soledad del corazón?* En el capítulo anterior hemos visto cuánto ayuda la soledad al recogimiento del alma; pero San Gregorio dice, que nada ó poco sirve que el cuerpo esté en la soledad, si el corazón queda lleno de pensamientos y deseos mundanos. Para que una alma sea enteramente de Dios, son necesarias dos cosas: despegar los afectos de todo lo criado, y un amor exclusivamente dedicado

á Dios. Esta es la verdadera soledad del corazón.

Es necesario pues, ante todo, desprender nuestro corazón de todos los afectos terrenos. San Francisco de Sales decía: *Si supiera que habia en mi corazón una sola fibra que no fuese de Dios, quisiera arrancármela al momento.* Si el corazón no se limpia y se deja vacío de todo lo terreno, el amor divino no puede entrar en él y poseerle enteramente. Dios quiere reinar en nuestros corazones por su amor, mas quiere reinar solo: no consiente competidor que le usurpe la más ligera porción de aquel amor que con tanta justicia pretende sea todo para él.

Algunos se quejan de que en sus ejercicios espirituales, en sus oraciones, en sus comu-

niones, en sus lecturas piadosas, en sus visitas al Sacramento, no encuentran á Dios, y no saben cómo hacer para hallarlo; pero santa Teresa les indica el medio más eficaz: *Apartad*, les dice la Santa, *vuestros corazones de todas las cosas criadas, buscad después á Dios, y le encontrareis.*

Otros para separarse de las criaturas y tratar solamente con Dios, no pueden ir á vivir en los desiertos como quisieran; pero estos deben saber, que para gozar de la soledad del corazón, no son necesarios desiertos ni grutas: los que por su estado se ven precisados á tratar con el mundo, con tal que tengan libre de apego mundano el corazón, pueden conservar la soledad del alma y su unión con Dios, aun en

medio de las calles y de las plazas. Todas las ocupaciones que se ejerciten cumpliendo la divina voluntad, no impiden la soledad del corazón. Santa Catalina de Sena encontraba á Dios hasta en los cuidados de sus quehaceres domésticos, en que le tenían muy ocupada sus padres para distraerla de sus ejercicios de piedad; porque en todos aquellos trabajos se retiraba en su corazón, al cual llamaba su celda, y no cesaba de conversar en él á solas con el Señor.

*Paraos, y ved que yo soy Dios* <sup>1</sup>. Para conseguir las luces celestiales que nos hacen conocer bien la bondad de Dios, cuyo exacto conocimiento se lleva tras si todos los afectos de nuestro corazón, preciso es dejarlo todo, esto es, despren-

derse de los afanes terrenos que no nos permiten conocer á Dios. A la manera que un vaso de cristal, lleno de arena, no puede recibir la claridad del sol, del mismo modo un corazón henchido de amor á las riquezas, á los honores y á los placeres de los sentidos, no puede recibir la luz del cielo; y como no conoce á Dios, por esto no le ama. En cualquier clase en que Dios nos haya colocado, para que las criaturas no nos distraigan de amarle, es menester, que mientras llamamos, eso sí, nuestros deberes como Dios lo quiere, vivamos como si no hubiese en el mundo más que Dios y nosotros.

Debemos, pues, desprendernos de todo y principalmente de nosotros mismos, contra-

diciendo siempre nuestro amor propio. Nos agrada por ejemplo un objeto cualquiera; pues debemos dejarlo por esto mismo que nos agrada. ¿Alguno nos ha ofendido? Pues debemos hacerle bien, por lo mismo que nos ha hecho un daño. En suma, debemos querer ó no querer solamente lo que quiere ó no quiere Dios, sin inclinarnos á cosa alguna, mientras no conozcamos que es voluntad de Dios que la queramos.

Dios sale al encuentro de aquéllos que se desprenden de todas las criaturas por buscarlo: *Bueno es el Señor para los que esperan en él*<sup>2</sup>. San Francisco de Sales decía: *El puro amor de Dios consume todo lo que no es Dios, para convertirlo todo en sí mismo.*

Nuestra alma pues, debe ser un jardín cercado, siguiendo la expresión de la divina Esposa: *Huerto cerrado eres, hermana mía* <sup>3</sup>. Llama huertos cerrados á las almas que cierran la entrada á todas las afecciones mundanas. Dios, que nos ha dado cuanto poseemos, tiene derecho á exigir de nosotros todo nuestro amor.

Cuando pues, una criatura quiere apoderarse de una parte de nuestros afectos, debemos cerrarle la entrada de nuestra alma, y volviéndonos hacia Dios, decirle con la mayor resolución: *¿Qué cosa puedo yo apetecer en el cielo, ó qué es lo que puedo amar sobre la tierra?... Dios de mi corazón, y mi porción, Dios para siempre* <sup>4</sup>. ¡Oh Dios mío! ¿Qué cosa que no fuéseis vos, bastaría á

llenar los deseos de mi alma? No, ni en el cielo, ni en la tierra, yo no quiero más que á vos; vos sólo me bastais: *Dios de mi corazón, y mi porción por toda la eternidad.*

Dichoso aquél que puede decir: *Desprecie el reino del mundo y toda la pompa del siglo, por el amor de mi Señor Jesucristo.* La gran sierva de Dios, Sor Margarita de la Cruz, hija del emperador Maximiliano II, podía decir tan edificantes palabras cuando, el día en que profesó, se despojó de sus ricos adornos y de sus joyas, para vestir el hábito grosero de lana de las monjas descalzas de la regla estrecha de Santa Clara. El autor de su vida dice, que los lanzaba de sí con tal desprecio, que hizo derramar lágrimas de de-



voción á todos los que se hallaron presentes á la ceremonia.

Jesús mío, no quiero que las criaturas tengan parte en mi amor; vos habéis de ser su verdadero dueño, y poseerlo todo: vaya el que quiera en busca de los placeres y de los honores de la tierra, vos seréis mi sola felicidad, mi sola riqueza, mi solo amor, así en éste, como en el otro mundo. Y puesto que me amais como prueban los beneficios que me habéis hecho, ayudadme á renunciar á todo lo que me aparte de vuestro amor. Haced que mi alma no tenga más solicitud que la de agradaros, como al único objeto de todos sus afectos. Tomad entera posesión de mi corazón: no quiero ser más dueño de mí mismo:

reina en mí, Señor, y hacedme obediente á todo cuanto disponga vuestra divina voluntad. ¡Oh madre de Dios! Virgen María, confío en vos: vuestros ruegos me harán todo de Jesús.

---

(1) Psal. XLV, 11.—(2) Thr. III, 25.—  
(3) Cant. IV, 12.—(4) Psal. LXXII, 26.

---

## CAPÍTULO XXXIII

**Ver y amar á Dios en la otra vida es el paraíso de los bienaventurados.**

¿Qué es lo que constituye toda la bienaventuranza de los elegidos en el cielo? El alma viendo á Dios cara á cara, contemplando su belleza infinita y todas sus perfecciones que le hacen digno de infinito amor, no puede dejar de amarle con todas sus fuerzas. Ama á Dios inmensamente más que á sí misma; más aún, olvidándose casi de sí misma, no piensa ni desea otra cosa que ver contento á su amado, que

es su Dios; y viendo que Dios, único objeto de su ternura, goza de una beatitud infinita, esta beatitud es su paraíso.

Si fuese capaz de lo infinito, viendo á su muy amado gozar de una felicidad infinita, su felicidad propia vendría á ser también infinita; pero como la criatura no es capaz de infinito gozo, queda de tal modo saciada de gozo, que nada más desea. Esta es aquella hartura que ambicionaba David cuando exclamaba: *Seré saciado cuando apareciere tu gloria* <sup>1</sup>.

Así es como se verifica lo que Dios dice al alma, cuando la admite en el paraíso: *Entra en el gozo de tu Señor* <sup>2</sup>. No manda á la alegría que entre dentro del alma, porque siendo esta alegría infinita, el alma no podría contenerla; lo que

ordena es, que el alma entre en la alegría eterna, para tomar parte en ella, mas una parte tal que la harta y llena de gozo.

Yo pues soy de parecer, que no hay acto de amor más perfecto en la oración, que gozarse en la alegría infinita del Señor. Esta es la continua ocupación de los bienaventurados en el cielo, de modo que quien á menudo se goza en el contento del Señor, empieza ya desde ahora á experimentar lo que espera hacer en el cielo por toda la eternidad.

El amor que los santos del cielo profesan al Señor es tanto, que si una vez les entrase el temor de perderlo, ó de no amarle con todas sus fuerzas como le aman, este temor se-

ría para ellos un infierno de tormentos. Pero no: porque, tanto como están seguros de la existencia de Dios, otro tanto están seguros de amarle siempre con todas sus fuerzas, y de ser siempre amados por él, y de que este mútuo amor durará por toda la eternidad.

Este contento que es el que constituye el paraíso, será aumentado por el esplendor de aquella ciudad de Dios, por la hermosura de sus habitantes, y sobre todo por la presencia de la Reina de los cielos, más bella que el paraíso entero, y por la de Jesucristo, cuya belleza sobrepuja infinitamente á la belleza de María.

El júbilo de los elegidos se aumentará todavía con el recuerdo de los peligros que cada uno habrá corrido de perder

tan inmensa bienaventuranza. ¡Cuáles serán las gracias que dirigirán al Señor aquéllos que habiendo merecido el infierno por sus pecados, se encontrarán en aquel lugar de delicias, desde donde contemplarán á sus plantas tantos otros, que por menos pecados que los suyos, arderán en el fuego de los infiernos! Se encontrarán salvados, seguros de que jamás perderán á Dios, llamados á gozar eternamente de aquellas supremas delicias, y placeres que no cansarán jamás.

Por vehementes y grandes que sean los deleites de la tierra, vienen á cansarnos; pero los goces del paraíso, cuanto más se gustarán, más serán apetecidos; de modo que los bienaventurados se ven siempre saciados de aquellas deli-

cias y siempre las desean, siempre las desean y siempre las tienen.

Por eso los dulces cánticos que entonan los santos en el cielo para dar gracias á Dios por su felicidad, se llaman *cántico nuevo* <sup>8</sup>. Se dice nuevo, porque las delicias del cielo parecerán tan nuevas siempre, como la primera vez; porque siempre se gozan y siempre se desean, siempre se desean y siempre se disfrutan. Así como los condenados son llamados *vasos de ira*, así los elegidos son llamados *vasos de amor*.

Con razón decía San Agustín, que para conseguir la eterna beatitud, sería necesario que trabajásemos eternamente. ¿Qué son, pues, las penitencias y las oraciones de los anacoretas? ¿Qué han hecho



los santos con abandonar las riquezas, las posesiones, y hasta las coronas y los cetros; y los mártires en arrostrar los ecúleos, los hierros ardientes y la muerte cruel para obtener el paraíso? Todo ha sido bien poco <sup>4</sup>.

Procuremos llevar alegremente las cruces que nos envía el Señor, porque todas ellas, si nos salvamos, se trocarán un día en eternos gozos. Cuando las enfermedades, las penas, los reveses nos agobien, levantemos los ojos al cielo y digamos: *Todas estas penas acabarán algún día; y después de este día, espero gozar de la presencia de Dios para siempre.* Animémonos á sufrir y á despreciar todas las cosas del mundo. Dichoso el que en la hora de la muerte

podrá decir con Santa Agueda:  
*Señor que me quitaste el amor  
del mundo, recibe mi alma.*  
Sufrámoslo todo: despreciemos  
todas las criaturas; Jesús nos  
aguarda con la corona en las  
manos para consagrarnos re-  
yes del cielo si le somos fieles.

¿Mas cómo podré yo, Jesús  
mío, aspirar á tan grande feli-  
cidad, yo que he renunciado  
tantas veces el paraíso por las  
cosas terrenas, y he pisoteado  
vuestra santa gracia? Pero  
vuestra preciosa sangre me  
infunde valor para esperar el  
paraíso, después de haber me-  
recido tantas veces el infier-  
no, porque quisísteis morir en  
una cruz precisamente para  
dar el paraíso á los que no lo  
merecíamos. Redentor y Dios  
mío, no quiero volveros á  
perder. Dadme fuerza para se-

ros fiel: *Venga á nos el tu reino*. Por los méritos de vuestra sangre, hacedme entrar un día en vuestro reino; y entre tanto, mientras llega la hora de mi muerte, haced que cumpla en todo con vuestra santa voluntad. *Hágase tu voluntad*. Este es el mayor bien, el verdadero paraíso de los que os aman en este mundo. Entre tanto, ¡oh almas que amais á Dios! mientras vivamos en este valle de lágrimas, suspiremos por el paraíso diciendo:

Patria bella, donde en paga  
Del amor, amor se dá:  
Yo te anhelo día y noche,  
¿Cuándo, oh Dios, cuándo será?

---

(1) Psal. XVI, 15.—(2) Matth. XXV, 21.—(3) Psal. XCVII, 1.—(4) Rom. VIII, 18.

---

## CAPÍTULO XXXIV

**De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento.**

En cualquier lugar en que se haga la oración, es siempre agradable á Dios; mas parece que Jesucristo agradece de un modo particular la que se le hace ante el Santísimo Sacramento, porque otorga más abundantemente sus gracias y sus luces á los que se llegan á visitarle. Se ha quedado en este Sacramento, no sólo para alimento de las almas que lo reciben en la santa comunión, sino también para que los que le buscan puedan gozar de su

presencia en todo tiempo y en todo lugar. Van los piadosos peregrinos á Loreto donde Jesús vivió, y á Jerusalén en donde fué crucificado; pero, ¡cuánto mayor no ha de ser nuestra oración, al tener delante de nuestros ojos el tabernáculo, en que este mismo Dios, que habitó con nosotros y por nosotros murió en el Calvario, reside noche y día personalmente!

No es permitido á toda clase de personas hablar privadamente á los reyes de la tierra; mas todos sin excepción, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pueden hablar cuando quieran al Rey del Cielo, Jesucristo, y exponerle sus necesidades, y pedirle sus mercedes en este Santo Sacramento, donde está pronto á dar audiencia á

todos, y á todos les oye y los consuela.

La gente del mundo que no conoce otros placeres que los terrenos, no concibe qué placer pueda gozarse al pie del altar en donde está la hostia consagrada; mas para las almas que son amantes de Dios, las horas y los días enteros pasados delante del Santísimo Sacramento no son más que minutos: tan dulces son los goces que el Señor allí les da á probar.

¿Pero cómo podrían los mundanos gozar de estas dulzuras, ellos cuyo corazón y cabeza no están llenos sino de tierra? San Francisco de Borja decía que para que reinase en nuestros corazones el amor divino, era menester antes quitar de ellos la tierra; de otra

manera, el amor divino, ni siquiera entra allí, porque no encuentra lugar donde estar. *Cesad*, dice David, *y ved que yo soy Dios* <sup>1</sup>. Para percibir el sabor de Dios y experimentar cuán dulce es para quien le ama, es menester *quedar vacante*, esto es, despegarse de los afectos terrenos. *¿Queréis encontrar á Dios? Desprendeos de las criaturas y lo encontrareis*, decía Santa Teresa.

¿Qué debe hacer una alma delante del Santísimo Sacramento? Amar y rogar. No debe permanecer allí para percibir dulzuras y consuelos, sino solamente para agradar á Dios con actos de amor, para entregarse enteramente á Dios, despojándose de toda voluntad propia, y ofreciéndose á su di-

vina Majestad, diciendo: *Dios mío, yo os amo, y sólo á vos quiero amar. Haced que os ame siempre: después disponed de mí y de todas mis cosas y mis bienes como sea de vuestro agrado.*

Entre todos los actos de amor divino, el más agradable al Señor es el que hacen continuamente los elegidos en el cielo, el cual consiste en regocijarse por la beatitud infinita de Dios, como hemos dicho en el capítulo XXVIII. Los elegidos aman á Dios más que á sí mismos: más desean la felicidad de aquél á quien aman que la suya propia; y viendo que Dios goza de una felicidad infinita, recibirían por ello un contentamiento infinito; mas por cuanto la criatura no es capaz de un contentamiento in-



finito, queda llena de él, de modo que el gozo de Dios hace el gozo de ella y su paraíso.

Estos actos de amor, aunque hechos acá en la tierra sin experimentar dulzura sensible, son muy agradables á Dios. No siempre concede sus consuelos en esta vida á las almas que más quiere: no se los concede sino muy rara vez, y entonces, no tanto es para recompensar sus buenas obras (la recompensa completa se la reserva en el cielo), como por darles más fuerzas para soportar con paciencia los disgustos y adversidades de la vida presente, y en especial las distracciones y sequedades á que están sujetas las almas piadosas en medio de la oración.

En cuanto á las distracciones, no hay que hacer caso:

basta que las alejemos cuando nos enteramos de ellas: los mismos santos las experimentan algunas veces; mas no por esto cesan de orar, y nosotros debemos imitarlos. San Francisco de Sales dice que, aunque en la oración no hiciéramos más que desechar y volver á desechar las distracciones, todavía la oración es de gran provecho.

Cuanto á las sequedades, la mayor pena de las almas piadosas es el hallarse á veces sin ningún sentimiento de devoción, sin voluntad y hasta sin ningún deseo sensible de amar al Señor, y con esto frecuentemente se les añade el temor de estar en desgracia de Dios por sus culpas, y de ser de él abandonadas. En tan profundas tinieblas no saben hallar

la salida, y les parece que tienen cerradas todas las puertas. Continúe entonces el alma su oración: resista al demonio: procure unir su desolación á la que Jesucristo experimentó en la cruz; y si no puede decir otra cosa, diga á lo menos con algo de espíritu: *Dios mío, quiero amaros, quiero ser enteramente de vos: tened piedad de mí, no me abandonéis* <sup>2</sup>. Diga también, como decia una alma santa á Dios cuando más desolada se sentía: *Os amo, por más que parezca que me aborrecéis: huid lejos de mí y donde querais, que yo os seguiré á todas partes para amaros.*

---

(1) Psal. XLV, 11.-(2) Psal. CXVIII, 94.

---

## CAPÍTULO XXXV

**La verdadera paz no se encuentra mas que en Dios.**

El que busca la paz en las criaturas no la encontrará, porque todas las criaturas no son capaces de contentar á un corazón. Dios ha creado al hombre para sí solo, y Dios es un bien infinito: él solo pues, puede contentarlo. Por esto muchos hombres, aunque colmados de honores, de riquezas y de placeres, no están nunca contentos; van siempre tras de más honores, más riquezas, más placeres, y por más que reciben siempre están

inquietaos. Ni un solo día pueden gozar de verdadera paz. *Ten tu deleite en el Señor, y te otorgará las peticiones de tu corazón* <sup>1</sup>. Cuando el hombre pone todo su gozo en el Señor y no busca más que á él, el Señor tiene cuidado de llenar todas las exigencias de su corazón, y lo llevará al feliz estado de aquellas almas que no tienen más deseo que agradar á Dios.

Locos son los que dicen: feliz el que puede gastar cuanto quiere, el que puede mandar en los demás y disfrutar de las diversiones que le placen. ¡Qué locura! Sólo es feliz el que ama á Dios, para quien sólo Dios basta.

La experiencia acredita que tantos grandes personajes, considerados felices por las

gentes del mundo, en medio de toda la pompa que les rodea, llevan una vida miserable y jamás gozan de tranquilidad.

¿Pero cómo es que tantos poderosos, tantos príncipes y potentados no pueden hallar la paz en el seno de la abundancia de los bienes del mundo? ¿Y cómo al contrario, tantos religiosos encerrados en una celda, pobres, oscuros, viven tan contentos? ¿De dónde nace que tantos anacoretas, solos en un desierto ó en una gruta, atormentados por el frío y por el hambre rebosaban de alegría? Nace de que los tales no miraban más que á Dios, y Dios los consolaba: *La paz de Dios que sobrepaja todo sentido* <sup>2</sup>. ¡Ah! La paz que prodiga el Señor á los que le

aman, aventaja á todas las delicias que puede ofrecer el mundo: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* <sup>8</sup>. ¡Oh mundanos! exclama el Profeta, ¿por qué despreciáis la vida de los santos sin haberla nunca conocido? Probadla una vez, abandonad el mundo, entregaos á Dios; y veréis entonces si los consuelos de que os colmará, no valen más que todas las grandezas y delicias de este mundo.

Verdad es que los mismos santos sufren grandes tribulaciones en esta vida; pero se resignan á la voluntad divina y no pierden jamás la paz. Los amigos del mundo ahora están alegres, ahora tristes, mas por lo común viven inquietos y agitados; pero los amigos de Dios se hacen superiores á

las adversidades y vicisitudes de este mundo, y de ese modo pasan sus días en uniforme tranquilidad. El cardenal Petrucci, describe así la tranquilidad del justo: «Esta alma  
»contempla á los demás afanados en dejar y volver á tomar diferentes situaciones;  
»pero ella, inmóvil en su centro, unida enteramente á Dios, ella no cambia, no necesita cambiar.»

El que quiere estar siempre unido á Dios y gozar de paz continua, es menester que destierre del corazón todo lo que no es Dios; es necesario morir para las cosas del mundo. Dios mío, dadme fuerza para romper todos los vínculos que me atan á la tierra; haced que solamente os ame á vos.



¡Dichoso aquél á quien Dios basta! Señor, concededme la gracia de que yo no busque otra cosa más que á vos, que no piense más que en agradaros. Renuncio á todos los placeres de la tierra por vuestro amor, hasta á las consolaciones espirituales: no deseo más que hacer vuestra voluntad, agradaros. ¡Oh Virgen María, Madre de Dios, recomendadme á vuestro Hijo que nada os niega!

---

(1) Psal. XXXVI, 4.—(2) Phil. IV, 7.  
—(3) Psal. XXXIII, 9.

---

## CAPÍTULO XXXVI

**Nuestro único fin debe ser  
Dios.**

En todas nuestras acciones no debemos llevar otro fin, que el de agradar á Dios, no á los parientes, no á los amigos, no á los grandes, no á nosotros mismos; porque todo lo que hacemos no llevando á Dios por objeto es cosa perdida. Muchas cosas se hacen para agradar únicamente á los hombres. San Pablo ha dicho: *Si agradase aun á los hombres, no sería siervo de Cristo* <sup>1</sup>. En todas nuestras obras no debemos ver más

que á Dios, para poder decir con Jesucristo: *Yo hago siempre lo que á El agrada* <sup>2</sup>. Dios nos ha dado todo lo que poseemos; nosotros no tenemos más que nuestra nada y nuestros pecados. Sólo Dios nos ha amado con toda verdad y nos ha amado eternamente: nos ha amado hasta el extremo de morir por nosotros en una cruz, hasta entregársenos en el Santo Sacramento del altar. Dios sólo merece todo nuestro amor.

¡Desdichadas de aquellas almas que miran con amor algún objeto terreno con disgusto de Dios! En esta vida no gozarán paz, y están muy expuestas á no gozarla jamás en la otra. Dichoso al contrario, ¡oh Dios mío! el que no busca más que á vos sólo y

todo lo renuncia por vuestro amor. Este encontrará la joya de vuestro puro amor: joya mucho más preciosa que todos los tesoros, y que todos los reinos de la tierra. Los que así lo hacen adquieren la verdadera libertad de los hijos de Dios, porque se encuentran desembarazados de todas las ataduras que los encadenaban al mundo, y que les impedían unirse á Dios.

Dios mío, mi todo, os prefiero á todas las riquezas, honores, ciencias, glorias, esperanzas, y hasta á todos los dones que pudiérais hacerme. Vos sois todo mi bien: no quiero más que á vos solo y nada más; porque vos sois la belleza infinita, la bondad infinita, la amabilidad infinita, en suma, vos sois el mismo

bien. Todos los dones que no fuesen vos mismo, no son bastantes para mí.

Repito y repetiré siempre: *No quiero más que á vos y nada más, y lo que es menos que vos, os digo que no me basta.*

¿Cuándo me será dado no ocuparme más que en amares, en alabaros y agradaros, de modo que yo no piense ya en las criaturas, ni siquiera en mí mismo? ¡Oh Dios mío, y amor mío! Cuando me veais entibiado en vuestro amor, ó en peligro de aficionarme á las criaturas y á los placeres del mundo, socorredme, sacadme del peligro de alejarme de vos: *Alárgame tu mano desde lo alto, sácame y librame de las muchas aguas* <sup>3</sup>.

Busquen los demás lo que apetezcan: yo no amo, ni bus-

co, ni quiero más que á vos, ¡oh Dios mío, amor mío, mi única esperanza! *¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de tí qué puedo querer en la tierra?... Dios de mi corazón, Dios para siempre* <sup>4</sup>.

Mortales, abrid los ojos: toda la felicidad que puede vernos de las criaturas, no es más que lodo, mentira y humo. Dios sólo puede hacernos felices; pero en esta vida, el Señor no se deja ver enteramente: no nos dá más que una idea de los bienes que nos prepara en el cielo; allí nos espera para saciarnos de su mismo gozo cuando nos dirá: *Entra en el gozo de tu Señor* <sup>5</sup>. Los celestiales consuelos los dá el Señor á sus siervos para engolosinarlos de la felicidad que les prepara en el cielo.

¡Oh Dios omnipotente, oh Dios amable! haced que en adelante no apetezcamos más que agradaros en todas las cosas: haced que vos seáis nuestro todo, nuestro solo amor, porque vos solo merecéis ser amado, por justicia y por gratitud. La pena más cruel que experimento es pensar que os he amado tan poco hasta ahora; pero ya deseo, ya quiero amaros con todo corazón, y morir sin amar más que á vos, mi bien supremo. Oh María, rogad por este miserable: vuestros ruegos son siempre atendidos: rogad á Jesús que me haga todo suyo.

---

(1) Gal. I, 10.—(2) Joann. VIII, 29.—  
(3) Psal. CXLIII, 7.—(4) Psal. LXXII,  
25.—(5) Matth. XXV, 21.

---

## CAPÍTULO XXXVII

**Es menester sufrirlo todo  
para agradar á Dios.**

La única y más escogida ocupación de los santos ha sido desear con ardor poder sufrir toda suerte de fatigas, ultrajes y dolores, y así agradar á aquel Corazón divino que tanto merece ser amado y tanto nos ama.

Toda la perfección y todo el amor de una alma á Dios, consiste en no buscar más que agradarle, y en no hacer más que lo que puede ser de su agrado. Dichoso aquél que puede decir á Jesucristo: *Yo hago siempre lo que á él le*



*agrada* <sup>1</sup>. ¿Y qué mayor honor, qué mayor consuelo puede alcanzar el alma que soportar alguna fatiga ó aceptar algún trabajo con la mira de agradar á Dios? Justo es que contentemos á este Dios que nos ha amado tanto, que nos ha dado todo lo que poseemos, y que no contento con concedernos tantos bienes, ha querido hasta entregarse á nosotros, primero en el Calvario, en donde murió por salvarnos, y después en el Santísimo Sacramento del altar, en que se nos entrega todo entero por medio de la santa Comunión, de suerte que no puede darnos ya más <sup>2</sup>.

Para corresponder á tantos beneficios, los Santos no sabían ya qué hacer. ¡Cuántos jóvenes ilustres han abando-

nado el mundo para consagrarse al Señor! ¡Cuántas vírgenes, hasta de sangre real, han renunciado á las más brillantes nupcias para encerrarse en un claustro! ¡Cuántos anacoretas han ido á ocultarse en los desiertos y en las grutas para no pensar más que en Dios! ¡Cuántos mártires han aceptado con alegría los azotes, los hierros ardientes, los tormentos de los más crueles tiranos únicamente para agradar á Dios! Para agradar á Dios, en fin, los Santos se han desprendido de todos sus bienes, han renunciado á las más altas dignidades del mundo, y han recibido, á manera de tesoros, las enfermedades, las persecuciones, el despojo de sus bienes, y la muerte más dolorosa.

El agradar pues á Dios, si de veras le amamos, debe ser preferido por nosotros á la adquisición de todas las riquezas, de todas las honras más altas, de todas las delicias de la tierra y aún del paraíso. Sí, que es muy cierto que todos los bienaventurados, si creyesen que sería más agradable á Dios quemarse en el infierno, todos, hasta su divina madre, se precipitarían por sí mismos en aquel abismo de fuego á padecer eternamente para procurar el mayor agrado del Señor.

Dios no nos ha puesto en el mundo sino para que nos esforcemos en agradarle y darle gloria. El agrado de Dios, pues, debe ser el único móvil de todos nuestros deseos, pensamientos y acciones. Bien

merece el Señor que nos ha amado tanto y que tan solícito se muestra por nuestro bien, que le contentemos en todo.

Pero ¿cuál es la causa, Señor, de que en lugar de agradaros, yo ingrato os he ofendido tanto? Mas el aborrecimiento que me hacéis sentir de las ofensas que os he hecho me hace esperar que no me negaréis el perdón. Perdonadme, pues, y haced que no vuelva á ofenderos. Disponed que yo lo venza todo por agradaros. *En tí esperé, Señor, no sea yo confundido para siempre.* Virgen María, madre mía, y reina del cielo, hacedme todo de Dios.

---

(1) Joann. VIII, 29.—(2) Isai. V, 4.

---

## CAPÍTULO XXXVIII

**Dichoso el que no quiere más  
que á Dios.**

*Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos* <sup>1</sup>. Los pobres de espíritu son aquéllos que, pobres de deseos terrenos, no desean más que á Dios. Son pobres de afección, pero no lo son realmente, porque viven felices, hasta en esta vida. No dice el Señor, *que será suyo el reino de los cielos*, sino que *lo es*; porque hasta en la tierra son ricos en bienes espirituales, que reciben de Dios, de modo que, aunque pobres de

bienes temporales, viven contentos en su estado. Los ricos en deseos terrenos, que por más tesoros que posean, se hallan siempre pobres y descontentos, como que los bienes del mundo, lejos de apagar su sed, no hacen más que irritarla, estos ricos jamás están contentos, porque jamás pueden conseguir cuanto apetecen.

Jesucristo, para hacernos ricos en verdaderos tesoros, quiso ser pobre, como dice el Apóstol: *Siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, á fin de que vosotros fuéseis ricos por su pobreza* <sup>2</sup>. Sí, quiso ser pobre para enseñarnos con su ejemplo á despreciar los bienes terrenos, y así enriquecernos de bienes celestiales, que son inmensamente más preciosos y más duraderos. Declara pues

que los que no renuncian á lo que poseen con apego en la tierra, jamás serán sus verdaderos discípulos.

Dichoso el que no quiere más que á Dios, y dice con San Paulino: *Gocen los ricos sus riquezas, sus reinos los reyes, para mí Cristo es la riqueza y el reino.* Persuadámonos que sólo Dios puede satisfacernos, pero no satisface completamente más que á las almas que le aman de todo su corazón. ¿Qué lugar encontrará el amor divino en un corazón lleno de tierra? Por más que éste frecuente la comunión, la oración y las visitas al Santísimo Sacramento, como en él hay tierra, Dios no puede poseerlo por completo ni enriquecerlo como desearía.

Muchos se quejan de que ni en sus comuniones, ni en sus meditaciones, ni en los demás ejercicios espirituales que practican, encuentran á Dios. Santa Teresa les dice á estos: *Desprended vuestro corazón de las criaturas, y encontraréis á Dios.* Despojémonos de toda afección que sepa á tierra y especialmente á propia voluntad. Entreguémosela toda entera á Dios, y digámosle: *Señor, disponed de mí y de todo cuanto poseo según vuestro agrado: no quiero más que lo que vos queréis; pues estoy seguro de que lo que vos queréis será para mí lo mejor. Haced pues que os ame siempre: nada más deseo.*

El único medio de desprendernos de las criaturas es alcanzar un grande amor á



Dios. Si el amor divino no se apodera enteramente de nuestra voluntad, nunca seremos santos. El medio de adquirir este amor dominante es la santa oración. Roguemos pues al Señor, para que nos conceda su amor, y entonces nos sentiremos desprendidos de todas las cosas creadas. El amor divino es un ladrón, que santamente nos roba todas las afectaciones terrenas, y nos hace decir: *¿Y podría yo desear otra cosa que no fuéseis vos, Dios de mi corazón?*

*El amor es fuerte como la muerte* <sup>3</sup>. Esto es: así como no hay fuerza capaz de resistir á la muerte, así tampoco nada hay que pueda resistirse al amor divino. El amor triunfa de todo. Los santos mártires fortalecidos con el amor de su



divino Señor, han arrostrado los más crueles tormentos, la muerte más dolorosa.

Dichoso, en fin, el que puede decir con David: *¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de tí, qué puedo querer en la tierra?... Dios de mi corazón, y mi porción, Dios para siempre* <sup>4</sup>. ¡Qué pudiera yo desear más en esta vida y en la otra, que á vos solo, oh Dios mío, *qué más que á vos solo!* Obtengan los demás lo que deseen, vos, ¡oh Dios mío! sois mi único bien, y toda mi paz.

Si una alma no se entrega enteramente á Dios, siempre estará en peligro de perderle y de perderse. Pero los que se entregan á Dios enteramente, pueden estar seguros de no desprenderse más de él, porque el Señor es reconoci-

do y fiel á todos los que se le entregan sin reserva. ¿Por qué, pues, ciertas personas que en un principio hicieron santa vida, han dado después tal caída que dieron motivo para dudar de su salvación? ¿Por qué? Porque no se habían entregado enteramente á Dios, y la prueba está en su misma caída.

Dios mío, mi verdadero amante, no permitais que mi alma, creada para amaros, ame otra cosa que no seáis vos, y pueda dejar de ser enteramente vuestra. Señor, que me habéis redimido á precio de vuestra sangre. ¡Oh Jesús mío! ¿Cómo es posible que después de haber conocido el amor que me tuvisteis, pueda yo amar otra cosa más que á vos? ¡Ah! llamadme á vos cada

vez más dentro de vuestro corazón, haced que me olvide de todo, para que no busque ni anhele otra cosa que vuestro amor. En vos confío, mi Dios y Señor. Virgen María, madre de Dios, todas mis esperanzas penden de vos: desprended mi corazón de todo lo que no sea Dios, para que Dios sea el objeto de todo mi amor y de mi eterna felicidad.

---

(1) Matth. V, 8.—(2) II Cor. VIII, 9.—  
(3) Cant. VIII, 6.—(4) Psal. LXXII, 25.

---

## CAPÍTULO XXXIX

### **Aridéz del espíritu.**

San Francisco de Sales ha dicho, que la verdadera devoción y el verdadero amor al Señor no consiste en experimentar consuelos espirituales en la oración y en los demás ejercicios de piedad, sino en tener una firme voluntad de no hacer ni querer más que lo que quiere el Señor. Este es el único fin que debemos proponernos en nuestras súplicas, en nuestras comuniones, en nuestras penitencias, y en lo demás que agrada á Dios, aunque todo lo hiciése-

mos sin gusto y en medio de mil tentaciones é inquietudes de espíritu. Santa Teresa dice, que *Dios prueba á sus siervos por medio de las tentaciones y sequedades. Aunque la aridez durase toda la vida, el alma no deje la oración, vendrá un tiempo en que todo le será muy bien pagado.*

Principalmente en los momentos de desolación, como observan los maestros espirituales, es cuando debemos ejercitarnos en actos de humildad y resignación. No hay tiempo mejor para conocer nuestra impotencia y miseria que cuando nos sentimos áridos, inquietos, distraídos, disgustados, y hasta sin fervor y aun sin deseos sensibles de adelantar en el divino amor. Diga entonces el alma: *Se-*

*ñor, tened piedad de mí: ved cómo soy inepto hasta para hacer un acto bueno. Además es necesario resignarse y continuar así: ¡Oh Dios mío! Vos queréis mantenerme en la aflicción y en la aridez, hágase vuestra voluntad. No pido consuelos, me basta permanecer aquí sólo por agradaros. Y así es menester insistir en la oración hasta la hora determinada.*

La pena mayor que sufren las almas devotas, no tanto consiste en la aridez, como en la oscuridad que las desnuda de toda voluntad encaminada al bien, las rodea de tentaciones contra la fé y contra la esperanza: algunas veces se añaden también ímpetus de tentaciones y de tal desconfianza, que teme el alma ha-

ber perdido la divina gracia, y le parece que ha sido rechazada y abandonada de Dios por causa de sus defectos; de modo que entonces se ve como aborrecida del Señor. En aquel tiempo aún la soledad le atormenta, y la oración le parece un infierno. En tal situación es menester valor, y convencerse de que aquellos temores de haber dado consentimiento á la tentación ó á la desconfianza, temores son y tormentos del alma, pero no son actos voluntarios y por tanto están exentos de pecado.

El alma resiste en verdad á la tentación con entera voluntad; mas por las tinieblas que la ofuscan no llega á conocerlo distintamente. Y esto se manifiesta después con la experiencia, pues si le ocurriera



cometer un simple pecado venial con advertencia, el alma que ame á Dios aceptaría primero mil muertes.

Así, pues, no hay que afanarse entonces por cerciorarse de que está en gracia y que no ha pecado. Tú quieres entonces conocer y tener seguridad de que Dios te ama, pero en aquella ocasión Dios no quiere dártelo á saber, sino que atiendas sólo á humillarte ó confiar en su bondad y conformarte con lo que él quiere. Queréis ver, y Dios quiere que no veais. Por lo demás, San Francisco de Sales dice que la tal cual resolución que habéis tomado de amar á Dios y no causarle voluntariamente el menor desagrado, es prueba constante de que vivis en su gracia. Arrojaos enton-

ces en brazos de la divina misericordia: protestad que no queréis más que á Dios solo y su santa voluntad, y desterrad en seguida todo temor. ¡Oh! cuán aceptos son al Señor tales actos de confianza y de resignación, hechos en medio de aquellas espantosas tinieblas!

Santa Juana de Chantal sufrió estas penas interiores por espacio de cuarenta y un años, acompañadas de terribles tentaciones, y del temor de estar en pecado y de hallarse abandonada del Señor. Era tan intenso su dolor, que decía que sólo con el pensamiento de la muerte hallaba algún consuelo. *Alguna vez me parece, decía la Santa, que me falta la paciencia: me siento entonces tentada á dejarlo todo, y abandonarme á la perdición.*

Durante los ocho ó nueve últimos años de su vida, sus tentaciones, en lugar de disminuir, eran más fuertes, ya orase, ya trabajase sin interrupción. Su martirio interno era tan vivo, que daba lástima á todos los que la trataban. Algunas veces creía que Dios la repelía lejos de sí: para aliviarse desvíaba sus miradas de Dios; pero no pudiendo hallar la tranquilidad que apetecía, volvía á contemplar al Señor por más que le pareciese airado contra ella. En la oración, en la comunión, y en los demás ejercicios espirituales no sentía más que tedio y agonía. Le parecía ser como un enfermo oprimido de enfermedades, impotente para volverse del otro lado, mudo para poder explicar sus angustias,

ciego para no ver puerta alguna por donde salir de aquel abismo. Creía haber perdido la fé, la esperanza y la caridad: y con todo tenía la vista fija en Dios, descansando en los brazos de la divina voluntad. San Francisco de Sales, hablando de ella, decía que su alma bendita se parecía á un músico sordo que canta muy bien, sin gozar de la melodía de su voz, porque no oye.

El alma que se encuentra en la prueba de la aridez no debe desmayar: por más que se encuentre sumergida en las tinieblas, debe confiar en la sangre de Jesucristo, resignarse á su divina voluntad y decir: *Jesús, esperanza mía y único amor de mi alma, no merezco ser consolada: consolad á los que os han amado*

*siempre: yo he merecido el infierno y ser abandonada allí de vos para siempre, sin esperanza de poderos ya amar.*

Mas no ¡Salvador mío! acepto todas las penas: castigadme cuanto querais, pero no me privéis de amaros: despojadme de todo menos de vos. A pesar de mi miseria, os amo más que á mí mismo: me entrego enteramente á vos: no quiero ya vivir para mí. Dadme fuerza para seros fiel. ¡Oh Virgen Santa! refugio de pecadores, confío en vuestra intercesión: haced que ame al Señor que me ha criado y redimido.

---

## CAPÍTULO XL

### **Vida retirada.**

Las almas que aman á Dios encuentran el paraíso en su vida retirada, la cual las separa del comercio con los hombres. No, no es enfadoso conversar con Dios en la soledad separándose de las criaturas: *Porque ni su conversacion tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo*<sup>1</sup>.

Los mundanos tienen razón de aborrecer la soledad, porque desde el momento en que se ven privados de sus diversiones y de sus ocupaciones terrenas, el remordimiento se

hace sentir más vivamente en sus corazones. Buscan la sociedad para ahogar ó distraer sus conciencias; pero cuantos más alivios buscan en las concurrencias y en las ocupaciones, más espinas y amarguras encuentran.

Lo contrario acontece á los que aman á Dios, porque en su retiro encuentran un amigo fiel que les consuela y alegra más que la compañía de sus amigos y parientes, aunque sean estos los primeros personajes del mundo. San Bernardo decía: *Jamás estoy menos solo, que cuando estoy sólo, porque entonces encuentro á Dios que me habla: más atento estoy entonces á escucharle y más dispuesto á unir-me á él.*

Nuestro Salvador quería

que sus discípulos, aunque destinados á propagar la fé por el mundo entero, suspendiesen de vez en cuándo sus fatigas, y se retirasen á la soledad para conversar sólo con Dios. Además sabemos que Jesucristo solia mandarles á diversos lugares de la Judea, á convertir pecadores; pero después de las fatigas no dejaba de invitarles á que se retirasen á algún lugar solitario diciéndoles: *Venid aparte á un lugar solitario, y descansad un poco; pues eran muchos los que iban y venían, y ni aun tiempo para comer tenían* <sup>2</sup>.

Ya que el Señor impuso el reposo hasta á sus mismos discípulos, diciéndoles: *Descansad un poco*, es necesario que los que cooperan á su santa obra se retiren de vez en cuán-



do á la soledad, para recogerse dentro de si mismos y renovar sus fuerzas, para trabajar después con nuevo ardor en la conversión de las almas.

Los que trabajan para el prójimo, pero con poco celo y amor de Dios, con el fin de adquirir honores y riquezas, son de poco provecho para las almas. Si pues el Señor dijo á sus discípulos: *Descansad un poco*, quería significar con esto, no que se entregasen al sueño, sino que tomaran descanso conversando con Dios y pidiéndole gracia para vivir bien y así recobrar fuerzas para trabajar después por la salud de las almas. Sin este descanso con Dios en la oración, menguarán nuestras fuerzas para atender bien al provecho propio y del prójimo.

San Lorenzo Justiniano observa con razón que la soledad se ha de *amar siempre, pero que no siempre se ha de estar en ella*; esto es, que los que son llamados por el Señor á convertir á los pecadores, no siempre han de permanecer encerrados en su retiro, porque esto sería faltar á la divina vocación, por la cual todo debe abandonarse cuando Dios lo ordena; pero deben amar y suspirar por la soledad, donde el Señor se deja encontrar más que en otra parte.

¡Oh Jesús mío! ¡He amado poco el retiro porque os he amado poco: continuamente he ido en busca de los placeres y de los contentos del mundo, que han hecho que os perdiese á vos, bien infinito!

¡Desdichado de mí! Durante

tantos años he tenido mi corazón en las distracciones sin pensar más que en los bienes de la tierra, olvidándome de vos. ¡Oh Dios mío! Tomad este corazón que habéis redimido con el precio de vuestra sangre: abrasadle en vuestro santo amor: poseedle todo entero. ¡Oh Virgen María, Reina del Cielo! Vos podéis alcanzarme esta gracia: la espero de vos.

---

(1) Sap. VIII, 16.—(2) Marci. VI, 31.

## CAPÍTULO XLI

### **Desprendimiento de las criaturas.**

Para llegar á amar á Dios con todo el corazón es necesario desprenderse de todo lo que no es Dios, y de todo lo que no conduce á Dios. El Señor quiere ser solo en la posesión de nuestro corazón, no admite compañeros en ella; y tiene razón, porque él sólo es nuestro único dueño que nos ha dado todo cuanto tenemos. Dios es nuestro solo amigo, solo él nos ama sin interés y solo por su bondad; y como nos ama muchísimo, quiere que le amemos de todo nuestro cora-

*zón: Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón* <sup>1</sup>.

Para amar á Dios de todo corazón, son necesarias dos cosas: sofocar desde luego toda inclinación que no se dirija á Dios, ó que no es conforme á Dios. *Si en mi corazón hubiese una sola fibra que no fuese de Dios*, decía San Francisco de Sales, *quisiera arrancármela al momento*. Después es necesaria la oración, por la cual se introduce en el alma el santo amor. Pero si el corazón no está vacío enteramente de la tierra, el amor de Dios no puede entrar en él, porque no encuentra allí lugar. Al contrario, un corazón desprendido de todas las criaturas, se inflama prontamente, y crece al menor soplo de la divina gracia.

El amor puro, decía el santo obispo de Ginebra, consume todo lo que no es Dios para convertirlo todo en amor, porque todo lo que hacemos por Dios es amor de Dios. ¡Oh! qué bueno y liberal es Dios con las almas que no buscan más que su amor y su voluntad! *Bueno es el Señor... para el alma que le busca* <sup>2</sup>. Dichosos los que en medio del siglo pueden decir: *Mi Dios es mi todo*, como decía San Francisco, y despreciar todas las vanidades del mundo: *Desprecié el reino del mundo y todas las pompas del siglo por amor de mi Señor Jesucristo*.

Cuando las criaturas quieren entrar en nuestro corazón y apoderarse de una parte de este amor, que debemos conceder sólo á Dios, al instante

debemos despedirlas y cerrarles las puertas de nuestro corazón, diciéndoles: *Marchad, id en busca de los que os solicitan: mi corazón se ha consagrado enteramente á Jesucristo; no puede daros cabida.* Y con esta resolución de no querer más que á Jesús, hemos de aborrecer todavía lo que es del gusto del mundo, y amar lo que el mundo aborrece.

Para alcanzar este perfecto amor es necesario sobre todo contrariarnos á nosotros mismos, abrazando lo que disgusta nuestro amor propio y rehusando lo que el amor propio pide: si un objeto nos gusta, privarnos de él precisamente porque nos gusta. Una medicina desagrada porque es amarga; debemos pues tomarla por lo mismo que es amarga. Nos

repugna hacer bien á un ingrato; debemos pues hacérselo porque lo es.

San Francisco de Sales dice además que la virtud se ha de amar con desprendimiento. Por ejemplo: amamos la oración y el retiro; pero si la obediencia ó la caridad nos privan de cumplir nuestro deseo, debemos dejarlo para otra ocasión sin inquietud. Del mismo modo debemos abrazar con santa paz todo lo que acontece según la divina voluntad.

Feliz el que quiere ó no quiere lo que le acontece, porque lo quiere ó no lo quiere Dios, sin inclinarse á una ni á otra parte. Debemos pues rogar á menudo al Señor, nos haga encontrar la paz en todo cuanto dispone de nosotros la Providencia. Es muy cierto que



no hay nadie tan feliz en el mundo como el que desprecia las cosas terrenas, y se somete siempre á la divina voluntad.

Es, pues, preciso renovar á menudo al pie de un crucifijo, tanto en la oración, como en la comunión, la renuncia total de nosotros mismos y de todas las cosas que nos pertenecen, diciendo: Jesús mío, no quiero pensar más en mí, me entrego enteramente á vos, haced de mí lo que sea de vuestro gusto: creo que todo lo que me puede dar el mundo no es más que mentira y vanidad. En adelante no quiero buscar más que á vos y vuestro beneplácito. Ayudadme á seros fiel. Virgen María, rogad á Jesús por mí.

Escuchemos al cardenal Petrucci que describe en verso

la locura de los amantes del mundo y la felicidad de los amigos de Dios.

Este mundo versátil y caduco  
Escenario es de afán y de ruina;  
Sus más caros regalos, sus contentos  
Aparecen placer y son tormentos:  
Pero en Jesús, si tú seguirle quieres,  
Las que parecen penas son placeres.

---

(1) Matth. XXII, 87.—(2) Thr. III, 25.

---

## CAPÍTULO XLII

### **La muerte de los santos es preciosa.**

*Preciosa es en la presencia del Señor la muerte de los santos* <sup>1</sup>. ¿Y por qué la muerte de los santos es llamada preciosa? San Bernardo responde, que es así llamada porque es tan rica de bienes que merece ser comprada á todo precio.

Los que viven apegados al mundo quisieran que no hubiera muerte; pero San Agustín ha dicho: *Vivir sobre la tierra largo tiempo, ¿qué es sino sufrir por largo tiempo?* <sup>2</sup>

Las miserias y angustias que nos atormentan en esta vida son en tanto número, dice San Ambrosio, que *la muerte, más puede considerarse como un remedio, que como una pena*. Parece que no se nos ha dado la muerte en castigo sino en alivio, á modo de una gracia que nos libre de nuestras penas y de nuestros trabajos.

La muerte horroriza á los pecadores, porque saben ellos que desde esta primera muerte, que les habrá cogido en estado de culpa, pasarán á la segunda que es eterna. Pero la muerte no horroriza á las almas virtuosas, que fiando en los méritos de Jesucristo, tienen señales suficientes, seguridad moral, de estar en gracia de Dios. Aquellas palabras:

*Sal, alma cristiana, de este mundo, que tanto afligen á los que se resisten á morir, no afligen á los Santos, que han mantenido el corazón libre de las afecciones mundanas, y han repetido siempre con verdadero afecto: Mi Dios es mi todo.*

Para éstos la muerte no es un tormento: es un descanso de las fatigas que han soportado combatiendo las tentaciones, los escrúpulos y los temores de ofender á Dios. Les acontecerá, pues, lo que les anuncia San Juan: *Bienaventurados los que mueren en el Señor: desde hoy más, dice el Espíritu Santo, que descansen de sus trabajos* <sup>8</sup>.

El que muere amando á Dios, no se siente turbado por los dolores que trae consigo la muerte, sino antes se compla-

ce en ella y en ofrecerlos á Dios como último resto de su vida. ¡Ah! cuánta será la paz de los que mueran en los brazos de Jesucristo, el cual eligió una muerte cruel y amarga para alcanzarnos una muerte dulce y resignada.

¡Oh Jesús, vos sois mi Juez, pero también sois mi Redentor, muerto para salvarnos! Yo merecía haber sido condenado al infierno desde el momento en que caí en el primer pecado mortal; pero me habéis inspirado, por vuestra misericordia, el arrepentimiento de mis culpas. Espero, pues, que ya me habréis perdonado. No merecía yo la gracia de amaros, pero me habéis obligado á amaros con vuestros beneficios. Si queréis que en esta enfermedad me

coja la muerte, yo la acepto de buen grado. Conozco que no soy digno de entrar desde luego en el paraíso: iré gozoso al purgatorio, para sufrir cuanto sea de vuestro agrado. Mi mayor pena será de estar alejado de vos, suspirando sin cesar por el momento en que me será concedido volar á vuestra presencia para contemplaros cara á cara. Mi muy amado Salvador, tened piedad de mí.

¿Y qué otra cosa es la vida presente que un continuo peligro de perder al Señor? *Camina-  
mos por entre redes*, decía San Ambrosio. Caminamos siempre por entre las emboscadas que nos tienden nuestros enemigos para hacernos perder la gracia de Dios. Cada vez que el reloj

daba horas, daba gracias á Dios Santa Teresa por haberla librado de caer en pecado en el espacio de una hora de combates y de peligros. Así es que cuando conoció la proximidad de su muerte, se consoló tanto pensando que terminaban las batallas y se acercaba el tiempo de ir á ver á su Dios.

En esta vida presente no se puede vivir sin faltas. Por esta razón los amigos de Dios desean la muerte. Esta idea era la que llenaba de gozo al Padre Vicente Caraffa á la hora de la muerte. *Dejando de vivir*, decía, *dejo de pecar*.

Un virtuoso personaje encargó á los religiosos que le asistían en la última hora, que le repitiesen á menudo estas



palabras: *Consuélate: cerca está el momento en que no ofenderás más al Señor.*

¿Y este cuerpo es otra cosa más para nosotros, que una cárcel en donde el alma está aprisionada por no poder ir á unirse con su Dios? El enamorado San Francisco exclamaba con el Profeta, al exhalar el postrimer suspiro: *Sacad, Señor, mi alma de la prisión* <sup>4</sup>. Oh muerte, digna de ser apetecida, ¿quién te temerá? ¿Quién no te deseará, ya que eres el término de los trabajos y el principio de la vida eterna? San Pionio mártir estaba tan gozoso al ir al suplicio, que maravillados los espectadores, le preguntaron, cómo podía estar tan contento caminando á la muerte, os equivocais, les contestó, *no es*

*á la muerte, sino á la vida á donde me dirijo* <sup>5</sup>.

Mi buen Jesús, os doy gracias, porque no me habéis hecho morir cuando me hallaba en desgracia vuestra, y por haber vos cautivado mi corazón con los beneficios que me habéis concedido. Cuando me acuerdo de las ofensas que os he hecho, quisiera morir de dolor. En vuestras manos encomiendo esta alma que se había ya perdido. Acordaos, Señor, de que la habéis redimido á precio de vuestra sangre. Os amo, ¡oh bondad infinita! y deseo abandonar pronto este mundo, para volar al cielo en donde os amaré con amor más perfecto. Mientras viva en este mundo, hacedme conocer cada vez más, que mi deber es amaros. Dios mío, acogedme; me

entrego enteramente á vos.  
Confío en vos por los méritos  
de vuestro Hijo Jesucristo. ¡Oh  
Virgen María, oh esperan-  
za mía! Espero salvarme por  
vuestra intercesión.

---

(1) Psal. CXV, 15.—(2) Serm. 17 De  
verb. Dom.—(3) Apoc. XIV, 13.—(4) Psal.  
CXLI, 8.—(5) Apud. Euseb. L. I, c. XIV.

## CAPÍTULO XLIII

### **Sobre la tibieza.**

Hay dos especies de tibieza, una inevitable, otra que puede evitarse. La primera es la que sufren en el estado presente aun las almas espirituales, que por su fragilidad natural no pueden evitar el caer alguna vez en ligera culpa, aunque sin pleno consentimiento. Sin una gracia especial, concedida ciertamente á la madre de Dios, ninguna alma hay exenta de este defecto, el cual es una consecuencia de la naturaleza corrompida por el pecado original.

Permite el Señor estas manchas en las almas de sus santos, para conservarles en la humildad. A menudo, pues, se sienten disgustados, sin fervor en sus ejercicios espirituales, y en estos momentos de aridez les es más fácil caer en algunas faltas, á lo menos indeliberadamente. Por lo demás, los que se encuentran en este estado, no por esto deben descuidar sus devociones de costumbre, ni desmayar. No crean por esto tampoco haber caído en la tibieza, porque esto no lo es: sigan sus ejercicios y oraciones: aborrezcan sus faltas, y renueven á menudo la firme resolución de ser enteramente de Dios: tengan confianza en Dios, que Dios les consolará.

La verdadera tibieza, la ti-

bieza verdaderamente deplorable, es la que siente el alma cuando voluntariamente cae en pecados veniales y se duele poco de ellos y aún menos se esfuerza por evitarlos, diciendo que no son nada. ¡Y qué! ¿No es nada desagradar á Dios? Santa Teresa decía á sus religiosas: *Hijas mías, guardaos Dios de todo pecado voluntario, por leve que sea.*

Suele decirse: *pero estos pecados no nos privan de la gracia de Dios.* Los que así hablan se hallan en grave peligro de perder efectivamente la divina gracia, cayendo en pecado mortal. San Gregorio dice, que el que voluntariamente cae en pecados veniales, y esto por hábito, sin dolerse ni pensar en la enmienda, no se detiene en donde cae, sino que

va rodando hacia el abismo <sup>1</sup>. Las enfermedades mortales no proceden generalmente de un desórden grave, sino de muchos desórdenes ligeros repetidos con frecuencia: así pues muchas almas son impelidas á pecar mortalmente por la frecuencia con que repiten los pecados veniales. Dejan el alma tan débil estos pecados, que cuando se ve asaltada por alguna tentación violenta, no tiene fuerza para resistir y cae en ella.

*El que desprecia las cosas pequeñas, poco á poco caerá* <sup>2</sup>.

El que no atiende á las pequeñas caídas vendrá un día á caer en algún precipicio. El Señor ha dicho: *Porque eres tibio... comenzaré á vomitarte de mi boca* <sup>3</sup>. Y ser vomitado de Dios significa ser de él

abandonado, ó á lo menos privado de aquellos divinos auxilios especiales, que tan indispensables son para mantenerse en su gracia.

Meditemos bien este punto. El concilio de Trento condena á los que dicen, que podemos perseverar en el camino de la salvación hasta la muerte sin socorro especial del Señor <sup>4</sup>. No podemos pues perseverar en la gracia hasta la muerte sin un socorro especial y extraordinario del Señor.

Pero Dios lo rehusa con justicia á los que no tienen escrúpulo en cometer voluntariamente pecados veniales. ¿Tiene acaso Dios obligación de conceder ese socorro especial á los que no temen disgustarle á cada instante voluntariamente? *Quien escasamente siem-*



*bra, escasamente también segará* <sup>5</sup>, dice el Apóstol. Si somos mezquinos con Dios, ¿cómo podemos esperar que sea Dios liberal con nosotros?

Infeliz aquella alma que hace paces con el pecado, aunque sea con el venial. Caminará de mal en peor, porque las pasiones van tomando cada día mayor imperio sobre ella, viniendo á menudo al fin á cegarla; y el ciego fácilmente puede caer en el precipicio cuando menos lo piensa. Temamos pues caer en la tibieza voluntaria: la tibieza voluntaria es semejante á la tisis, que no asusta al enfermo; pero es tan maligna que difícilmente se cura nadie de ella.

Por lo demás, aunque difícilmente se corrige una alma tibia, no por eso faltan reme-

dios si quiere hacerlo. En primer lugar debe resolverse á salir de aquel miserable estado á toda costa. Debe por tanto huir de toda ocasión de caída; porque sin esto no habría esperanza de enmienda; y encomendarse á menudo á Dios, rogándole con fervor le conceda fuerzas para salir de tan lamentable estado, sin dejar de rogar hasta verse libre de él.

Señor, tened piedad de mí. Conozco que merecería que me *vomitáseis*: tan tibio he sido en amaros. Me encuentro sin amor, sin confianza y sin fervor; Jesús mío, no me abandonéis. Tendedme vuestro brazo omnipotente, y sacadme de esta fosa de tibieza en que me miro sumergido. Hacedlo por los méritos de

vuestra pasión, que son toda mi esperanza. Virgen Santa, vuestros ruegos pueden socorrerme. Rogad á Dios por mí.

---

(1) Moral. I, 21.—(2) Eccli. XIX, 1.—  
(3) Apoc. III, 16.—(4) Sess. VI, c. XXII.  
—(5) I Cor. IX, 6.

---

## CAPÍTULO XLIV

### **Pureza de intención.**

Consiste la pureza de intención en hacer todo lo que hacemos, con intento de agradar á Dios. Jesucristo dice, que según sea buena ó mala la intención, la obra que se hace es mala ó buena ante Dios. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso... mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso* <sup>1</sup>. El *ojo sencillo* es la intención pura de agradar á Dios; y el *ojo malo* es la intención no recta, cuando se obra por vanidad, ó para satisfacerse á sí mismo.

¿Hay cosa más hermosa que dar su vida por la fé? Sin embargo, dice San Pablo, que á los que mueren con otro fin que el de agradar á Dios, les es inútil el martirio. Ahora pues, si de nada sirve el mismo martirio cuando no se sufre por Dios, ¿de qué servirán los sermones, los libros y todos los trabajos de los sagrados operarios, ni todas las maceraciones de los penitentes, si todo esto se ha hecho para merecer las alabanzas de los hombres, ó para seguir nuestras naturales inclinaciones.

El profeta Ageo dice, que las mismas obras santas, si no se han hecho en obsequio de Dios, han caído *en saco roto* <sup>2</sup>; esto es: que se han vaciado y no ha quedado nada de ellas. Al contrario, todo lo que se

hace para agradar á Dios, por poco que valga, vale más que lo mucho hecho con menos pura intención. San Marcos habla de una pobre viuda que no echó más que dos monedillas en el arca de las ofrendas, pero que el Señor exclamó: *Más ha echado esta pobre viuda que todos los demás* <sup>8</sup>. San Cipriano observa que puso más que los demás, porque puso sus dos monedas menudas con intención pura de agradar al Señor.

Una de las mejores señales con que se puede conocer si hemos obrado con pureza de intención, es el no turbarse cuando no se consigue el resultado que se esperaba de aquella acción. Otra señal es, el quedar contentos y tranquilos después de haber obrado,

por más que nuestra acción sea criticada y mal agradecida. Pero si acontece que la acción es alabada, no debemos tampoco concebir temor de entrar en vanidad por ella, sino que despreciándola así que se nos presente á la imaginación, podemos decir con San Bernardo: *Ni por tí la comencé, ni la dejaré por tí.*

Buena es la intención de adquirir la gloria del paraíso, pero la más perfecta y pura es la de agradar á Dios. Persuadámonos de que cuanto más nos olvidamos de nuestros propios intereses, más acrecentará el Señor nuestra felicidad en el paraíso. Dichoso el que no lleva más objeto en sus obras que glorificar á Dios y cumplir con su santa voluntad. Imitemos el amor de los bien-

aventurados que aman á Dios sin otro objeto que complacerle. El Crisóstomo dice: *Si conseguimos agradar á Dios, ¿qué más podemos apetecer?* <sup>4</sup>

Este es aquel ojo que inflama de amor de Dios el corazón, de que habla la esposa de los Cantares, cuando dice: *Llagaste mi corazón, hermana mía y esposa, llagaste mi corazón con el uno de tus ojos, y con la una trenza de tu cuello* <sup>5</sup>. Este ojo designa el fin que se proponen las almas justas en todas sus acciones, esto es, agradar á Dios, y esto es también justamente lo que aconsejaba el Apóstol á sus discípulos, diciéndoles: *Ora comais, ora bebais, ó hagais cualquiera otra cosa, hacedlo todo á gloria de Dios* <sup>6</sup>. La venerable Beatriz de la Encar-



nación, primera hija de Santa Teresa en Jesucristo, decía: *No hay precio para pagar una cosa que se ha hecho por Dios, por pequeña que sea.* Tenía razón; porque todas las obras hechas en servicio y gloria de Dios, son otros tantos actos de amor divino.

La pureza de intención hace preciosas las acciones más insignificantes, como el comer, el trabajar, el recreo mismo, siempre y cuando se hace por obediencia ó por agradar á Dios. Es pues necesario, desde la mañana, dirigir á Dios todas las obras del día, renovando esta intención al principiar cualquiera de ellas, principalmente las más importantes, como la oración, la comunión, la lectura espiritual, deteniéndose un poco antes

de empezarlas. Así lo hacía aquel santo ermitaño, que antes de empezar alguna obra, levantaba los ojos al cielo y se paraba; y habiéndosele preguntado en cierta ocasión, por qué hacía aquello, respondió: *Procuro asegurar el golpe.*

Jesús mío, ¡cuándo empezaré yo á amaros verdaderamente! ¡Desdichado! Si busco una sola entre mis obras que haya sido dirigida únicamente á agradaros, no la encuentro. Tened piedad de mí: no permitais que tan malamente me emplee en vuestro servicio, sin reformar mi conducta antes de morir. Prestadme en fin vuestro auxilio, para que la vida que me queda la emplee en serviros y amaros. Haced que lo venza todo para agradaros, sin que mis

obras se dirijan á otro fin. Os lo suplico por los méritos de vuestra pasión. Virgen María, mi protectora, obtenedme esta gracia con vuestros ruegos.

---

(1) Matth. VI, 22.—(2) Agg. I, 5.—  
(3) Marci. XII, 43.—(4) Lib. De Compunct. cordis.—(5) Cant. IV, 9.—(6) I Cor. X, 31.

---

## CAPÍTULO XLV

### **Suspiros por la patria celestial.**

Dichoso el que se salva, y abandonando este lugar de destierro entra en la celestial Jerusalén para gozar de aquel día sin noche, de aquel día siempre alegre de toda molestia, y sin temor de que acabe nunca su inmensa felicidad.

Jacob decía: *Los días de mi peregrinación son ciento y treinta años, cortos y malos* <sup>1</sup>.

Lo mismo debemos decir nosotros, pobres peregrinos, mientras estamos en este mun-

do sufriendo los trabajos de nuestro destierro, afligidos por las tentaciones, angustiados por las pasiones, atormentados por las miserias, y más por los peligros de eterna condenación. De todo esto debemos sacar que esta no es nuestra patria, sino un lugar de destierro donde nos tiene Dios para que sufriendo merezcamos la dicha de entrar un día en la patria bienaventurada.

Y viviendo así despegados de este mundo, debemos suspirar siempre por el paraíso, diciendo: ¿Cuándo será, Señor, cuándo será el verme yo libre de tantas angustias, sin pensar en otra cosa que en amaros y alabaros? ¿Cuándo llegará el día en que vos seáis para mí todo en todas mis cosas, según lo escribe vuestro

Apóstol: *Que Dios lo sea todo en todo?* <sup>2</sup> ¿Cuándo gozaré de aquella paz perdurable inmune de toda aflicción y peligro de perderme? ¿Cuándo, Dios mío, me veré absorto en vos, mirando vuestra infinita hermosura, cara á cara y sin velos? ¿Cuándo, en fin, llegaré, oh Criador mío, á poseeros de modo que pueda deciros: Dios mío, ya no puedo perderos?

Entretanto, Señor, que me véis desterrado y atribulado en este país de enemigos, donde tengo que estar sosteniendo continuas guerras interiores, socorredme con vuestra gracia y consoladme en esta peregrinación tan penosa. Visto tengo ya que nada de lo que el mundo me ofrece puede darme paz y contentamiento; pero si me falta vuestra ayuda,

temo que los placeres terrenos y las malas inclinaciones me arrastren á algún precipicio.

Viéndome desterrado en este valle, quisiera por lo menos pensar en vos, oh Dios mío, y gozar de la alegría infinita de que vos gozais; pero los apetitos desordenados de los sentidos gritan frecuentemente dentro de mí y me perturban. Quisiera tener siempre ocupados mis afectos en amaros y daros gracias; pero la carne me inclina á complacerme en los deleites sensuales, y esto me obliga á clamar con San Pablo: *¡Infeliz de mí! ¿Quién me librará del cuerpo de esta muerte?*<sup>s</sup> ¡Pobre de mí, que tengo que estar siempre combatiendo, no sólo con enemigos briosos, sino conmigo mismo encontrándome-

me grave y molesto para mí mismo! 4

¿Quién, pues, me librará del cuerpo de esta muerte, esto es, del peligro de caer en pecado? El sólo temor de este peligro es para mí una muerte continua que me atormenta, y no dejará de atormentarme durante toda mi vida. *Oh Dios, no te apartes de mí: Dios mío acude en mi auxilio* 5. Dios mío, no te apartes de mí, que si te apartas, temo darte disgustos; antes, acércate más á mí con tu auxilio poderoso, esto es, socórreme siempre para que pueda yo resistir á las embestidas de mis enemigos. El Profeta real me hace saber que vos estais cerca, esto es, suministráis la santa paciencia á todos los que están atribulados en su cora-



zón, ó sea, afligidos interiormente <sup>6</sup>. Estad, pues, á mi lado, y dadme la paciencia que me hace falta para vencer tantas molestias como me atormentan. .

¡Cuántas veces me pongo á hacer oración, y los pensamientos importunos vienen á distraerme con mil necesidades! Dadme fuerza para echarlos fuera cuando estoy tratando con vos, y para crucificar todas las malas inclinaciones que me impiden unirme con vos. Quitadme, os lo ruego, Señor, esta gran repugnancia que experimento para abrazar con santa paz todas las cosas que no son conformes al gusto de mi amor propio.

Oh casa de mi Dios preparada para los que te aman, por tí suspiro desde esta tierra de

miserias. Oh amado Pastor mío, que habéis bajado del cielo para buscar y salvar las ovejas perdidas: ved en mí una que volviéndoos la espalda se ha perdido. *Quære seruum tuum* ? Venid, Señor, en busca mía, no me abandonéis como lo merezco: buscadme y tomadme: prendedme y tenedme sujeta sobre vuestras espaldas, para que yo no vuelva á dejaros.

Al propio tiempo que deseo el cielo, el enemigo me espanta con la memoria de mis pecados; pero el veros crucificado á vos, Jesús mío, me consuela y me da alientos para esperar que un día llegaré á amaros sin velos en vuestro felicísimo reino.

Reina del paraíso, continuad abogando por mí. Por la

sangre de Jesucristo y por vuestra intercesión, abrigo esperanza firme de salvarme.

Patria hermosa, donde en paga  
Del amor, amor se da,  
Y tu amable Rey sin velos  
Visto de todos será.

Penetrar en tí algún día  
Y gozar de tu alegría,  
¿Cuándo mi alma logrará?  
Por tí gimo, y en tí sola  
Mi corazón fijo está.

---

(1) Gén. XLVII, 9.—(2) I. Cor. XV, 28.  
—(3) Rom. VII, 24.—(4) Job. VII, 20.—  
(5) Psal. LXX, 12.—(6) Psal. XXXV, 19.  
—(7) Psal. CXVIII, 176.

**FIN DE LAS REFLEXIONES DEVOTAS**

# DOS AVISOS ESPIRITUALES

## EN VERSO

---

Yo ¿para qué nací? Para salvarme.  
Que tengo de morir es infalible;  
Quedar sin ver á Dios y condenarme  
Triste cosa será, pero es posible.  
Posible, ¿y río, y duermo, y quiero  
[holgarme?  
Posible, ¿y tengo amor á lo visible?  
¿Qué hago, en qué me ocupo, en qué  
[me encanto?  
Loco debo de estar, pues no soy santo.

\* \* \*

Piensa que te has de morir,  
Piensa que hay gloria é infierno,  
Bien y mal, y todo eterno,  
Y que á juicio has de venir.  
Ponte luego á discurrir  
Tu vida y modo de obrar,  
Y que ahora, sin pensar,  
Si te diese un accidente  
Que murieses de repente,  
¿Dónde irías á parar?

*Gran bien será aprender de memoria los versos precedentes, y recordarlos con frecuencia.*

---

---

## MEDITACIONES DEL MISMO SANTO

SOBRE LA

PASIÓN DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

PARA CADA DÍA DE LA SEMANA

---

### MEDITACIÓN PRIMERA

**Del amor de Jesús en padecer  
por nosotros.**

**Punto 1.º** Desde la venida de Jesucristo ya no es tiempo de temor, sino de amor, como lo predijo el profeta: *Tu tiempo, tiempo de amar* <sup>1</sup>, porque se ha visto á un Dios morir por nosotros <sup>2</sup>.

En la antigua ley, antes que el Verbo se encarnara, podía

el hombre dudar, digámoslo así, dudar de si Dios le amaba con amor entrañable; pero después de haberle visto morir por nosotros, desangrado y vilipendiado en un patíbulo infame, no, ya no podemos poner en duda que nos ama con la mayor ternura.

¿Y quién podría jamás comprender el exceso de amor á que llegó el Hijo de Dios, al querer pagar la pena de nuestros pecados? Mas ello es de fé.

*Verdaderamente tomó sobre sí nuestras dolencias y sufrió nuestros dolores* <sup>3</sup>. *Fué herido por causa de nuestras iniquidades, y destrozado por nuestros crímenes* <sup>4</sup>. Todo fué obra del amor que nos tiene. *Nos amó y nos lavó con su sangre* <sup>5</sup>. Para lavarnos de la inmundicia de nuestras cul-

pas, quiso él quedar desangrado y proporcionarnos con su sangre un baño de salud. ¡Oh misericordia infinita! ¡Oh amor infinito de mi Dios!

¡Oh Redentor mío! Harto me habéis obligado á que os ame: sería yo demasiado ingrato si no os amara con todo mi corazón. Jesús mío, yo os he despreciado, puesto que he vivido olvidándome de amaros; pero vos no os habéis olvidado de mí. Yo os he vuelto la espalda, y vos habéis venido en busca mía; yo os he ofendido, y vos me habéis perdonado tantas veces; yo he vuelto á ofenderos, y vos habéis vuelto á perdonarme. ¡Oh Señor! Por aquel afecto con que me amaste en la cruz, atadme ahora estrechamente con las suaves cadenas de

vuestro amor; pero atadme de manera que yo no me separe ya más de vos. Os amo, oh sumo bien, y para lo sucesivo quiero amaros siempre.

**Punto 2.º** Lo que más debe inflamarnos en amar á Jesucristo, no tanto son la muerte, los dolores y las ignominias que por nosotros sufrió; sino el fin que se propuso al padecer por nosotros tantas y tan grandes penas, esto es, por demostrarnos su amor y ganarnos el corazón <sup>6</sup>.

No era absolutamente necesario para salvarnos que Jesús padeciera tanto y muriera; bastaba con que derramara una sola gota de sangre, y aun una sola lágrima, por nuestra salud: esta gota de sangre, esta lágrima derramada por un Hombre-Dios, era bastan-



te para salvar mil mundos; pero él quiso derramar toda su sangre, quiso dejar su vida en un mar de dolores y desprecios para hacernos conocer el amor grande que nos tiene, y para obligarnos á que le amemos. *La caridad de Cristo nos apremia*, dice San Pablo <sup>7</sup>; no dice que la pasión ó la muerte, sino que el amor de Jesucristo nos obliga á amarle.

¿Y quién éramos nosotros, Señor, que tan caro habéis querido adquirir nuestro amor? *Por todos murió Cristo, á fin de que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquél que murió por ellos* <sup>8</sup>. Vos, pues, oh Jesús mío, habéis muerto por nosotros para que todos viviésemos sólo para vos, para amaros. Mas... ¡pobre Señor mío! (permitidme

que os hable así), vos habéis sido tan amable que padecísteis tanto por que os amasen los hombres, y ¡cuántos son los que os aman?

A todos les veo ocupados en amar, éste las riquezas, ese los honores, aquél los placeres, estotro á sus parientes, cuál á sus amigos, alguno hasta los animales; ¡qué pocos veo que os amen verdaderamente á vos, que sois el único digno de ser amado!

Uno de estos quiero ser yo, que en otro tiempo os ofendi con amar también el fango, como los demás: ahora, sin embargo, os amo sobre todo otro bien. Oh, Jesús mío, las penas que sufrísteis por mí, me imponen suma obligación de amaros; pero lo que más me obliga á ello y me enamo-

ra de vos es el conocer el amor que me habéis demostrado, padeciendo tanto para conseguir que yo os amara.

Si, Señor mío amabilísimo, por amor os disteis todo á mí; por amor me doy yo á vos. Vos habéis muerto por mi amor; yo quiero morir por vuestro amor, cuando y como sea vuestra voluntad. Admítidme á que os ame, y ayudadme con vuestra gracia para que lo haga dignamente.

**Punto 3.º** No hay medio alguno que más eficazmente pueda inflamarnos en el amor divino, que el considerar la pasión de Jesucristo. Dice San Buenaventura, que las llagas de Cristo, por ser llagas de amor, son dardos que hieren aun á los corazones más duros; son llamas que pren-

den aun en las almas más heladas.

El alma que cree y piensa en la pasión del Señor, es imposible que le ofenda y que no le ame, y aun que no enloquezca santamente de amor, viendo á un Dios casi enloquecido de amor á nosotros <sup>9</sup>. Por eso los gentiles, en sentir del Apóstol, cuando oían predicar la pasión de Cristo Dios crucificado, la tomaban por una locura: *Predicamos á Cristo crucificado, escándalo para los Judios y locura para los gentiles* <sup>10</sup>. ¿Cómo es posible, decían, que un Dios omnipotente y felicísimo como es éste que nos predican, haya querido morir por sus criaturas?

Oh Dios, enamorado de los hombres, ¿cómo es posible

(digamos esto nosotros que por la fé creemos que murió realmente por nuestro amor), cómo es posible que tanta bondad, amor tan inefable sea tan mal correspondido por los hombres? Suele decirse que amor con amor se paga; pero el amor vuestro ¿con qué otro amor podrá pagarse nunca? Sería menester que muriese por vos otro que fuera Dios para recompensaros el amor que nos tuvisteis, muriendo por nosotros. Oh cruz, oh llagas, oh muerte de Jesús, vosotros me obligais á que le ame.

¡Oh Dios eterno é infinitamente amable! Yo os amo; quiero vivir solamente para vos, solamente para agradaros. Decidme lo que queréis de mí, que quiero hacerlo

todo. María, mi esperanza,  
pedid por mi á Jesús.

---

(1) Ez. XVI, 8.—(2) Eph. V, 2.—(3) Is.  
LIII, 4.—(4) Is. LIII, 5.—(5) Apoc. I, 5.  
—(6) II Joann. III, 16.—(7) II Cor. 5, 14.  
—(8) Ibid. 15.—(9) S. Laur. Just.—(10) I  
Cor. I, 28.

---

## MEDITACIÓN SEGUNDA

### **La agonía y sudor de sangre de Jesús en el huerto.**

**Punto 1.º** Nuestro amantísimo Redentor, al acercarse la hora de su muerte, se fué al huerto de Getsemaní, en el cual por sí mismo dió principio á su amarguísima pasión, permitiendo al temor, al tedio y á la tristeza que vinieran á atormentarle <sup>1</sup>.

Comenzó á sentir gran temor y tedio de la muerte y de los tormentos que habían de acompañarla. Representáronsele entonces en su mente con singular viveza, los azotes, las

espinas, los clavos, la cruz, que no uno tras otro, sino todos juntamente vinieron á llenarle de aflicción, y en especial, se le puso delante aquella muerte desolada que iba á padecer, abandonado de todo consuelo divino y humano, hasta el punto de que aterrorizado á la vista del horrible aparato de tantos estragos é ignominias, pidió á su Eterno Padre que le librara de ellos. *Padre mío, si es posible, pase de mí este cáliz* <sup>2</sup>.

¿Pero no había él mostrado tanto deseo de padecer y morir por los hombres, diciendo <sup>3</sup>: *Con bautismo (de sangre) es menester que yo sea bautizado? ¿Y cómo me angustio hasta que se cumpla! ¿Pues cómo después teme estas penas y esta muerte? ¡Oh! Él quería*



en verdad morir por nosotros; mas para que no pensáramos que por virtud de su divinidad moría sin dolor, hizo esa oración al Padre, para hacernos entender que no solamente moría por nuestro amor, sino con una muerte de tantos tormentos que le causaba gran espanto.

**Punto 2.º** Añadióse entonces al tormento del Señor una gran tristeza, tal que, según dijo, ella habría bastado para quitarle la vida. *Triste está mi alma á punto de muerte* <sup>4</sup>. Pero, Señor, de la muerte que los hombres os preparan está en vuestras manos el libraros, si queréis: ¿por qué, pues, os afligis? ¡Ah! No tanto fueron los tormentos de la pasión como nuestros pecados, los que afligieron el corazón de

nuestro amante Salvador. Para quitar los pecados había venido al mundo; pero al ver después que, á pesar de toda su pasión, aún se habían de cometer tantas maldades sobre la tierra, ésta fué la pena que antes de morir le puso en trance de muerte, y le hizo sudar sangre en tanta abundancia, que con ella quedó bañado el suelo alrededor. *Y fué su sudor como gotas de sangre que corría hasta la tierra* <sup>5</sup>.

Sí, esto fué precisamente porque Jesús vió entonces delante de sí todos los pecados que después de su muerte habían de cometer los hombres, todos los odios, deshonestidades, hurtos, blasfemias y sacrilegios; y porque cada culpa vino entonces con su malicia, como una fiera cruel, á despe-

dazarle el corazón. Y por eso decía: ¿Así es, oh mortales, como correspondéis á mi amor? Si yo os viera agradecidos ¡qué alegre moriría por vosotros! Pero al contemplar tantos pecados después de pasar yo tantos dolores, tanta ingratitud después de tanto amor mío, esto es lo que me hace sudar sangre.

¿Conque fueron mis pecados, oh amado Jesús mío, los que tanto os afligieron entouces? Luego si yo hubiese pecado menos, menos habríais vos padecido. Cuanto más gocé yo en ofenderos, tanto más acrecenté vuestra congoja. ¿Y cómo ahora no muero de dolor al pensar que pagué vuestro amor agravando vuestra pena y agonía? ¿Conque yo he afligido aquel corazón que tanto

me amó! Con las criaturas he sido agradecido; sólo con vos he sido un ingrato. Jesús mío, perdónadme: me arrepiento con todo mi corazón.

**Punto 3.º** Viéndose Jesús cargado con nuestros pecados, *se postró sobre su rostro* <sup>6</sup>, se postró con la cara en el suelo, como teniendo vergüenza de alzar sus ojos al cielo, y *sumido en agonía mortal, oraba con más vehemencia* <sup>7</sup>. Entonces, oh Señor mío, oraste por mí al Eterno Padre para que me perdonase ofreciéndoois á morir en satisfacción de mis culpas.

Alma mía, ¿cómo no te rindes á tanto amor? ¿Cómo creyendo todo esto puedes amar á otro que á Jesús? Ea, presto, arrójate á los pies de tu Redentor agonizante, y dile:

Amado Redentor mio, ¿cómo pudisteis amar á quien tanto os ha ofendido? ¿Cómo pudisties sufrir la muerte por mí, previendo mi ingratitud? Oh, Señor, dadme una parte de aquel dolor que padeciste en el huerto. Yo aborrezco todos mis pecados, y éste mi aborrecimiento lo uno con el que vos les tuvisteis. Oh amor de mi Jesús, tú eres mi amor.

Por los méritos de la agonía que sufristeis en el huerto, dadme la santa perseverancia. Maria, dulce esperanza de mi alma, ruega por mí á tu divino Hijo.

---

(1) Marc. XIV, 33.—(2) Matth. XXVI, 39.—(3) Luc. XII, 50.—(4) Matth. XXVI, 38.—(5) Luc. XXII, 44.—(6) Matth. XXVI, 39.—(7) Luc. XXII, 43.

---

## MEDITACIÓN TERCERA

### **Jesús preso y llevado á los tribunales.**

**Punto 1.º** Llega Judas al huerto, y entregando con un beso á su Maestro, se echan sobre Jesús aquellos insolentes y le atan como á un malhechor. *Prendieron á Jesús y le ataron* <sup>1</sup>. ¡Un Dios atado! ¿Y por qué? ¿Y por quién? Por sus mismas criaturas. ¡Ángeles del cielo! ¿qué decís?

Y vos, oh Jesús mío, ¿por qué os hacéis atar? Oh rey de los reyes, decía lamentándose San Bernardo, ¿qué tenéis que ver vos con las cadenas! Los

cordeles de los esclavos y de los reos, ¿qué tienen que ver con el Rey de los reyes y Santo de los santos? Pero si aquellos hombres se empeñan en ataros, vos que sois omnipotente, ¿por qué no os soltais y os librais de los tormentos que esos bárbaros os preparan? ¡Ah! No son aquellas cuerdas las que os atan; el amor que nos tenéis es el que os sujeta y os condena á morir.

Mira, oh hombre, dice San Buenaventura, cómo aquellos perros maltratan á Jesús: éste le agarra, aquél le empuja; unos le atan, otros le golpean. Mira á Jesús que, cual manso cordero, sin oponer resistencia se deja conducir al sacrificio. Y vosotros sus discípulos, ¿qué hacéis? ¿Por qué no acudís á quitárselo á sus enemigos de

entre las manos? A lo menos, ¿por qué no le acompañais para defender su inocencia delante de los jueces? Mas ¡oh Dios! Hasta sus discípulos, al verle preso y atado, huyen de él y le abandonan <sup>2</sup>.

¡Oh Jesús mío abandonado! ¿Quién saldrá á vuestra defensa, si los que más amais os abandonan? Mas, ¡ay de mí! que esta injuria no terminó con vuestra pasión. ¡Cuántas almas, después de haberse consagrado á seguiros, y después de haber recibido de vos muchas gracias especiales, os abandonan por cualquier pasión de vil interés ó de respeto humano, ó de vergonzoso placer! ¡Infeliz de mí que soy uno de esos ingratos! Jesús mío, perdonadme, que ya no quiero dejaros. Os amó, y an-



tes quiero perder la vida que verme privado de vuestra gracia.

**Punto 2.º** Llevado que fué Jesús á Caifás, éste le preguntó sobre sus discípulos y su doctrina. Respondióle Jesús que no había hablado en secreto sino en público, y que aquellos mismos que estaban allí presentes sabían muy bien lo que él había enseñado. *Yo he hablado públicamente al mundo... preguntales á éstos qué es lo que yo he dicho* <sup>3</sup>.

Mas al oír esa respuesta, uno de aquellos crueles alguaciles, tratándole de temerario, le dió una horrible bofetada, diciéndole: *¿Así repondes al Pontífice* <sup>4</sup>? Oh pacientísimo Señor mío. Una respuesta tan comedida ¿merecía tan grande afrenta en presencia de tanta

gente y del mismo Pontífice? Mas éste, en vez de reprender á aquel insolente, más bien con su silencio le aplaudió. Oh, Jesús mío, vos lo sufriste todo para satisfacer por las afrentas que yo temerario os he hecho: os doy las gracias, amor mío. Padre Eterno, perdonadme por los méritos de Jesús. Redentor mío, os amo más que á mí mismo.

Después, el inicuo Pontífice le preguntó si verdaderamente era el Hijo de Dios. Jesús, por respeto al nombre de Dios, le respondió afirmando que esa era la verdad, y al punto Caifás rasgó sus vestiduras, diciendo que Jesús había blasfemado, y todos gritaron que era reo de muerte. *Y ellos respondiendo dijeron: Reo es de muerte* <sup>5</sup>. Sí, Salva-

dor mío, sois verdaderamente reo de muerte, habiéndoos obligado á satisfacer por mí que soy reo de muerte eterna. Pero ya que vos con vuestra muerte me habéis ganado la vida, es muy justo que yo os consagre toda la vida mía. Os amo, y no deseo más que amaros. Y ya que vos siendo el más grande de todos los reyes, habéis querido ser despreciado por mi amor más que hombre alguno, yo quiero sufrir por vuestro amor todas las afrentas que me sobreven- gan. Por los méritos de los desprecios, que sufrísteis, dad- me fuerza para que yo sufra los que se me hagan.

**Punto 3.º** Cuando el Consejo de los sacerdotes hubo declarado reo de muerte á Jesús, aquella canalla se puso á

atormentarle toda la noche á bofetones, patadas, y escupiéndole como á hombre declarado ya infame. *Entonces le escupieron en la cara y le abofetearon* <sup>6</sup>.

Oh, amado Jesús mío, esos os abofetean y os escupen en la cara, y vos callais; y como un cordero, sin quejaros, lo sufrís todo por nosotros. *Cual cordero ante el que lo trasquila enmudecerá y no abrirá la boca* <sup>7</sup>. Mas si ellos no os conocen, yo os confieso por mi Dios y Señor, y protesto saber muy bien que vos padecéis inocente, lo padecéis todo por mi amor. Gracias, Señor, os amo con todo mi corazón.

Cuando se hizo de día, condujeron á Jesús á casa de Pilatos para hacerlo condenar á muerte. Pilatos, sin embargo,

le declaró inocente; mas para librarse de los Judíos que seguían alborotando, le mandó á Herodes, y éste deseando ver algún milagro por mera curiosidad, le estuvo preguntando varias cosas. Como aquel malvado no merecía respuesta, Jesús calló y no le respondió nada, con lo cual el soberbio le hizo muchos desprecios, y en especial le hizo vestir de loco con un vestido blanco. Oh sabiduría eterna, oh Jesús mío, esta injuria os faltaba, el ser tratado de loco.

También yo os he despreciado antes como Herodes. No me castigéis como á él, privándome igualmente de vuestra palabra. Herodes no os reconoció por quien eráis; mas yo os confieso por mi Dios. Herodes no se arrepintió de habe-

ros injuriado; yo me arrepiento de todo corazón. Herodes no os amó; yo os amo sobre todas las cosas. No me neguéis las voces de vuestras inspiraciones; decidme lo que queréis de mí, que yo con la ayuda de vuestra gracia quiera hacerlo todo. María, mi esperanza, rogad por mí á Jesús.

---

(1) Joann. XVIII, 12.—(2) Marc. XIV, 50.—(3) Joann. XVIII, 20.—(4) Joann. XVIII, 22.—(5) Matth. XXVI, 66.—(6) Matth. XXVI, 67.—(7) Matth. XXVI, 68.—(8) Is. LIII, 7.

---

## MEDITACIÓN CUARTA

### **De la flagelación del Señor.**

**Punto 1.º** Viendo Pilatos que los Judíos no cesaban de pedir la muerte de Jesús, le condenó á ser azotado: *Tomó Pilatos á Jesús y le azotó* <sup>1</sup>. El injusto juez pensó que con eso aplacaríá á sus enemigos; pero semejante recurso resultó demasiado doloroso para Jesucristo; y entre tanto, conociendo los Judíos que Pilatos quería libertar á Cristo después de aquel suplicio, según lo había indicado bastante con decir: *Se le castigará y le soltaré* <sup>2</sup>, sobornaron á

aquellos bribones para que le azotaran de tal manera que muriese en aquel tormento.

Entra, alma mía, en el pretorio de Pilatos, convertido aquel día en horrendo teatro de dolores é ignominias del Redentor; y mira cómo Jesús llegado allí se despoja por sí mismo de sus vestiduras (según fué revelado á Santa Brígida), y abraza la columna, dando con esto á los hombres claro testimonio de que voluntariamente se sujetaba por amor de ellos á las penas más despiadadas.

Contempla asimismo cómo este inocente cordero, con la cabeza baja y como enrojecido por la vergüenza, espera aquel gran tormento. Mira cómo aquellos bárbaros, cual perros rabiosos, se ceban sobre él.



Contempla allí aquellos verdugos desalmados; cómo uno le azota el pecho, otro las espaldas, éste los costados, aquél otras partes del cuerpo: ni su sagrada cabeza, ni su hermoso rostro quedan libres de los golpes.

¡Oh cielos! Ya corre por todo aquella sangre divina; de sangre están llenos los azotes y las manos de los sayones, la columna y aun la tierra. Y no encontrando parte sana donde descargar sus golpes, añaden herida sobre herida y destrozan por todos lados aquellas carnes sacrosantas <sup>8</sup>.

¡Alma mía! ¿Cómo has podido ofender á un Dios azotado por tí? Y vos, Jesús mío, ¿cómo habéis podido padecer tanto por un ingrato? ¡Oh llagas de Jesús! En vosotras pongo mi

•

esperanza. ¡Oh Jesús mío! Vos sois el único amor de mi alma.

**Punto 2.º** Aquella flagelación fué para el Señor un tormento excesivo, porque los verdugos fueron muchos, como le fué revelado á Santa María Magdalena de Pazzi, relevando unos á otros: los instrumentos escogidos fueron los más crueles que á cada golpe hacían una llaga: los golpes llegaron á miles hasta quedar al descubierto los huesos de las costillas del Señor, como se le reveló á Santa Brígida. Hicieron tal destrozo que Pilatos creyó que podría mover á compasión á los enemigos de Cristo cuando se les mostró desde el balcón diciendo: *Ved aquí á ese hombre* <sup>4</sup>.

El profeta Isaías había predicho el estado lastimoso á

que el Salvador había de quedar reducido en su flagelación, diciendo que su carne quedaría despedazada, y su bendito cuerpo todo llagado como el cuerpo de un leproso <sup>5</sup>.

¡Oh Jesús mío! Os doy gracias por tanto amor. Me duelo de que también yo me uní á los que os azotaron. Maldigo todos mis placeres desordenados que os costaron tantas penas. Acordaos, Señor, del amor que me tuvisteis, y por él haced que yo os ame y no os ofenda más. ¡Oh! ¡Qué infierno especial habrá para mí, si después de haber conocido vuestro amor, y que me habéis perdonado tantas veces, yo miserable os ofendiera de nuevo y me condenara! Ese amor y esa misericordia vuestra serían para mí en el infier-

no otro infierno más cruel. No, amor mío, no lo permitais. Yo os amo, oh sumo bien, os amo de todo corazón y quiero amaros siempre.

**Punto 3.º** Para pagar pues nuestras culpas. y en particular las de impureza, quiso Jesús padecer este gran tormento en sus carnes inocentes. *El fué llagado por nuestras iniquidades* <sup>6</sup>. ¿Conque nosotros somos los que ofendimos á Dios, y vos, Señor, os habéis prestado á pagar la pena? Bendita sea por siempre vuestra infinita caridad. ¿Qué sería de mí, si vos no hubiéseis satisfecho por mí? ¡Oh, quién no os hubiera ofendido nunca!

Pero si pecando desprecié vuestro amor, al presente ya no deseo más que amaros y ser amado de vos. Vos habéis

dicho que amais al que os ama <sup>7</sup>. Yo os amo sobre todas las cosas, os amo con toda mi alma; hacedme vos digno de vuestro amor.

Yo espero que ya me habéis perdonado y que ahora por vuestra bondad me amais. Oh amado Redentor mío, estrechadme cada vez más indisolublemente en vuestro amor: no permitais que yo me separe más de vos; vuestro soy del todo; castigadme como os plazca, mas no permitais que yo quede privado de vuestro amor. Haced que yo os ame, y después disponed de mí como querais María, esperanza nuestra, rogad á Jesús por mí.

---

(1) Joann. XIX, 1.—(2) Luc. XXIII, 16.—(3) Psal. LXVIII, 27.—(4) Joann. XIX, 5.—(5) Is. LIII, 4.—(6) Ibid. 5.—(7) Prov. VIII, 17.

---

## MEDITACIÓN QUINTA

**De la coronación de espinas  
y las palabras "Ecce Homo".**

**Punto 1.º** No contentos aquellos bárbaros ministros con la horrenda carnicería que habían hecho con la flagelación en el cuerpo sacrosanto de Jesús, instigados por los demonios y por los Judíos, quisieron tratarle como rey de burla; y al efecto le pusieron encima un pedazo de tela encarnada en señal de manto, en la mano por cetro una caña, y en la cabeza un manojo de espinas entrelazadas á modo de corona.

Para que tal corona le fuera no sólo de ludibrio sino también de gran dolor, con la misma caña (como dice San Mateo) <sup>1</sup>, le pegaban en las espinas para que se le clavarán más en la cabeza. Así fué que las espinas, según San Pedro Damián, llegaron á penetrar mucho, y era tanta la sangre de las heridas, que como fué revelado á Santa Brígida, quedó ensangrentada toda la cabellera, las barbas y los ojos del Señor.

Este tormento de la coronación fué dolorosísimo y además muy largo, como que sus dolores se le prolongaron hasta la muerte, y cada vez que algo le tocaba la corona ó la cabeza, se le renovaba el espasmo. ¡Oh crueles espinas! ¿Qué hacéis? ¿Así dais tormento á

vuestro Criador? ¿Mas por qué digo espinas? Alma mía, tú fuiste la que con los depravados consentimientos heriste la cabeza de tu Señor.

Amado Jesús mío, vos sois el rey del cielo, pero al presente sois el rey de los oprobios y los dolores. ¡A dónde os ha conducido el amor de vuestras ovejas! Oh Dios mío, yo os amo; pero ¡ay! que mientras vivo estoy en peligro de abandonaros y negaros mi amor, como lo he hecho antes de ahora. Jesús mío, si viéreis que alguna vez yo había de volver á ofenderos, hacedme morir ahora que abrigo esperanza de morir en vuestra gracia. No permitais que os pierda de nuevo: mis culpas bien merecerían semejante desgracia, pero ciertísima-



mente vos no merecéis que yo vuelva á abandonaros No, Jesús mío, no consiento en perderos ya.

**Punto 2.º** No contenta aquella chusma vil con haber coronado tan bárbaramente á Jesucristo, quiso divertirse con él, y multiplicar nuevas afrentas y desprecios. Se arrodillaban delante de él, y haciendo burla le dèrigian la salutación: *Dios te guarde, Rey de los Judios*, y le escupían en la cara y le daban bofetadas, y con algazara y risotadas de desprecio le insultaban villanamente <sup>2</sup>.

¡Oh Señor mío, á qué os habéis reducido! Si entonces hubiese pasado por allí alguno, y hubiera visto á aquel hombre tan deformado, cubierto con un andrajo encarnado,

con el cetro de caña en la mano y aquella corona en la cabeza; tan burlado, y maltratado por aquella canalla, ¿por quién le habría tomado sino por el hombre más infame y criminal de todo el mundo? Ved, pues, al Hijo de Dios hecho ludibrio de Jerusalén.

Oh Jesús mío, si miro vuestro cuerpo exteriormente, no veo más que llagas y sangre. Si entro en vuestro corazón, no encuentro más que amargura y angustias que os hacen padecer agonía mortal. ¿Quién más que una bondad infinita cual vos lo sois, podía humillarse á sufrir tanto por sus criaturas? Sino que siendo Dios, amais como Dios: esas llagas que en vos contemplo son señales del amor que nos tenéis.

Si todos los hombres os contemplásemos en el estado en que un día fuisteis espectáculo de dolor y de vituperio para toda Jerusalén, ¿quién dejaría de quedar prendado de vuestro amor? Señor, yo os amo y me doy del todo á vos: mi sangre, mi vida, todo os lo ofrenco; estoy pronto á padecer y á morir según sea vuestra voluntad. ¿Ni qué puedo negaros á vos, que no me negásteis vuestra sangre y vuestra vida? Recibid, Señor, el sacrificio que de sí mismo os hace un pobre pecador que ya os ama con todo su corazón.

**Punto 3.º** Cuando Jesús fué llevado otra vez á Pilatos, éste desde un balcón lo mostró al pueblo, diciendo: *Ecce Homo* <sup>8</sup>. Queriendo decir: Ved aquí al hombre que habéis

traído á mi tribunal acusándole de que pretendía hacerse rey: ya véis que ese temor ha concluído. Ya que le habéis reducido, como véis, á un estado en que poca vida puede quedarle, dejadle que se vaya á morir en su casa: no me obliguéis á condenar á un inocente. Pero como los Judíos más encolerizados habían gritado antes desaforadamente: *Caiga su sangre sobre nosotros* <sup>4</sup>, así ahora gritaron: *Crucifícale, crucifícale... ¡Fuera, fuera, crucifícale!* <sup>5</sup>

Así como Pilatos desde su balcón presentaba á Jesús ante el pueblo, el Padre eterno desde el cielo nos le mostraba cual Hijo suyo, diciendo igualmente: *Ecce Homo*. Ved aquí al hombre, el Redentor por mí prometido y por vosotros

tan esperado, el que es mi unigénito, á quien amo como á mí mismo. Vedle convertido por amor vuestro en el hombre más dolorido y más vilipendiado entre todos los hombres. Contempladle con reflexión, y amadle.

Sí, Dios mío, yo miro á vuestro Hijo y le amo; pero miradle vos también, y por los méritos de sus dolores y desprecios, perdonadme todas las ofensas que os tengo hechas. *¡Su sangre sobre nosotros!* Sí, la sangre de éste, vuestro Hijo descienda sobre nuestras almas y nos obtenga vuestra misericordia. Me pesa, bondad infinita, de haberos ofendido, y os amo de todo corazón. Vos conocéis mi debilidad. Auxiliadme, Señor, tened piedad de mí. María,

**mi esperanza, rogad por mí  
á Jesús.**

---

(1) Matth. XXVII, 30.—(2) Ibid. y  
Joann. XIX, 3.—(3) Joann. XIX, 5.—  
(4) Matth. XXVII, 25.—(5) Joann. XIX,  
6-15.

---

## MEDITACIÓN SEXTA

**Jesús es condenado á muerte  
y conducido al Calvario.**

**Punto 1.º** Por fin, temiendo Pilatos perder la gracia del César, después de haber declarado inocente á Jesús tantas veces, le condenó á morir crucificado. Oh inocentísimo Salvador mío, *¿qué delito habéis cometido vos para que os condenen á muerte?* exclama San Bernardo. Pero bien sé cual es vuestro delito, el excesivo amor á nosotros: éste más que Pilatos es el que os condena á muerte.

Se lee la inicua sentencia:

Jesús la escucha muy resignado y la acepta, sometiéndose á la voluntad de su Eterno Padre, cuya voluntad es que muera con muerte de cruz por nuestros pecados. *Se humilló á sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz* <sup>1</sup>. Sí, Jesús mío, vos inocente aceptásteis la muerte por amor mío: yo delincuente acepto la mia por amor vuestro, como sea y cuando sea vuestra voluntad.

Leida la sentencia, agarran con violencia al inocente cordero divino, vuelven á ponerle sus vestidos, y tomando la cruz formada con dos gruesos maderos se la ponen delante. No espera Jesús que se la carguen: por sí mismo la abraza, la besa y se la pone sobre sus llagadas espaldas, diciendo:



Ven cruz querida que voy buscando hace treinta y tres años: quiero morir en tí por amor de mis ovejas.

Oh, Jesús mío, ¡qué más podías hacer para ponernos en la precisión de que os amemos? Si un simple siervo mío se hubiese ofrecido á morir por mí, se habria ganado mi amor. ¿Pues cómo he podido vivir tanto tiempo sin amaros sabiendo que vos, mi único y soberano Señor, habéis muerto para perdonarme? Os amo, bien sumo; y porque os amo me arrepiento de haberos ofendido.

**Punto 2.º** Salen del tribunal los sentenciados, y se encaminan al lugar del suplicio: entre ellos va el rey del cielo con la cruz á cuestas. *Y cargado con su cruz salió hacia*

*el sitio que llaman el Calvario* <sup>2</sup>. Salid también vosotros del Paraíso, oh Serafines, y venid á acompañar á vuestro Señor que va al monte para ser allí crucificado. ¡Oh qué espectáculo, un Dios que va á ser crucificado por los hombres!

Alma mia, mira al Redentor que va á morir por tí. Mírale cómo va con la cabeza inclinada, temblándole las rodillas, todo dilacerado de heridas y goteando sangre viva, con aquel fajo de espinas en la cabeza y aquel pesado madero sobre sus hombros. Con tanta pena va caminando, que á cada paso que da parece que se va á morir. Oh cordero de Dios, ¡á dónde vas? — Voy á morir por tí: cuando me veas ya muerto, acuérdate del amor

que te he tenido y págamelo con el tuyo.

Pecados míos, vosotros amargásteis el corazón de mi Señor, corazón que me amó tanto. Jesús mío, me pesa de las culpas que cometí contra vos: os doy gracias por la paciencia que tuvisteis conmigo, y os amo, os amo con toda mi alma y no quiero más que amaros. Recordadme siempre el amor que me tuvisteis, para que yo no me olvide nunca de amaros:

**Punto 3.º** Jesús sube al Calvario y nos invita á que le sigamos. Sí, Señor mío: vos inocente vais delante de mí con la cruz; no quiero dejaros solo. Dadme la cruz que queráis: yo la abrazo y con ella quiero seguiros hasta la muerte: quiero morir con vos que

morísteis por mí. Me mandáis que os ame; yo resuelvo no desear otra cosa que amaros. Vos sois y habéis de ser siempre mi único amor. Ayudadme con vuestra gracia para que os sea fiel. María, madre de mi Redentor, pedidle por mí <sup>8</sup>.

---

(1) Phil. II, 8.—(2) Joann. XIX, 7.

(8) Paréceme oportuno poner aquí, traduciéndola del latín, la sentencia de Pilatos contra Jesús. La copié en la iglesia del antiguo desierto carmelita, no de Busaco (Portugal). Allí se la que fué encontrada bajo tierra en Viena, esculpida en una piedra; y como en aquella capital de Austria acabó sus días Pilatos, este texto es acaso más probable que otros que andan escritos.

J. T. A.

*Yo, Poncio Pilato, Juez en Jerusalén bajo el potentísimo César Tiberio, cuyo imperio sea feliz y fausto, ocupando mi tribunal para hacer justicia á todos y á la Sinagoga de los Judíos; oída*

y conocida la causa de Jesús Nazareno que los Judíos me trageron preso, juzgo así: Por cuanto con palabras arrogantes se hizo Hijo de Dios, y se proclamó Rey de los Judíos aunque es hijo de padres pobres, y dijo que destruiría el templo de Salomón, sea condenado á cruz con dos ladrones.

*Ego Pontius Pilatus, Judex in Jerusalem sub potentissimo Cæsare Tiberio, cui felix et faustum sit imperium, cum sederem pro tribunali ut jus omnibus et Sinagogæ Judæorum dicerem, audita et cognita causa Jesu Nazareni quem vinctum Judæi adduxerunt, sic judico: (quandoquidem arrogantibus verbis fecit se filium Dei, et se regem Judæorum prædica- vit tametsi pauperibus parentibus sit prognatus, et se templum Salomonis destructurum dixit, cum duobus latronibus ad crucem damnetur.*

**Creo en Dios Padre Todopoderoso... y en Jesucristo su único Hijo, nuestro Señor... que padeció bajo del poder de Poncio Pilato... al tercero día resucitó... subió á los cielos... donde allí ha de venir á juzgar á los vivos y á los muertos.**

## MEDITACIÓN SÉPTIMA

### **De la crucifixión y muerte de Jesús.**

**Punto 1.º** Hémos aquí en el Calvario, hecho teatro del amor divino, donde todo un Dios muere por nosotros en un mar de dolores. Llegado allí Jesús, le quitan con violencia las vestiduras pegadas á sus carnes desolladas, y lo echan sobre la cruz. El corde-ro divino se tiende sobre aquel lecho de muerte, presenta las manos á los verdugos, y ofrece al Eterno Padre el gran sacrificio de su vida por la salud de los hombres. Mirale ya

cómo le clavan y le alzan en la cruz. Mira, alma mía, á tu Señor, que colgado de tres clavos pende de aquel madero donde no encuentra modo de ponerse ni descanso. Ora se apoya en las manos, ora sobre los piés; pero donde se apoya crece el dolor. ¡Oh, Jesús mío, qué muerte tan amarga tenéis!

Veo escrito sobre la cruz: **JESÚS NAZARENO, REY DE LOS JUDÍOS** <sup>1</sup>. Mas fuera de este título puesto para escarnio, ¿qué señal dais de realza? ¡Oh! Ese trono de penas, esas manos traspasadas con los clavos, esa cabeza taladrada con las espinas, esas carnes despedazadas, bien os dan á conocer por rey, pero rey de amor. Permitid que enternecido me acerque á besar esos piés llagados. Me abrazo á esa

cruz donde hecho vos víctima de amor, quisiste morir sacrificado por mí. Jesús mío, ¿qué sería de mí si vos no hubiéseis satisfecho por mí á la divina justicia? Os doy gracias y os ofrezco todo mi amor.

**Punto 2.º** Pendiente Jesús de la cruz, no hay quién le consuele. Entre los que le rodean, unos blasfeman, otros hacen burla de él. Quién le grita: *Si eres el Hijo de Dios, bajate de la cruz*; quién va diciendo: *A otros hizo salvos, y á sí mismo no se puede salvar* <sup>2</sup>. No encuentra compasión ni aun en los mismos que son compañeros de su suplicio, uno de los cuáles se une á los blasfemos: *y uno de los ladrones pendientes de sus cruces, blasfemaba contra él* <sup>3</sup>.

Verdad es que al pie de la



cruz estaba María, asistiendo con amor á su hijo moribundo; pero la vista de su madre adolorida, lejos de consolar á Jesús, le afligía más viendo lo que ella sufría por su amor.

Así el Redentor, no encontrando consuelo en la tierra, lo buscó de su Eterno Padre en el cielo; pero el Padre, viéndole cubierto con todos los pecados de los hombres, por los cuales estaba satisfaciendo, le dijo: No, yo no puedo darte consuelo: conviene que aun yo te abandone al dolor, y te deje morir sin alivio. Y entonces fué cuando Jesús exclamó: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* <sup>4</sup>

¡Oh Jesús mío, qué atormentado y triste os contemplo! Demasiado motivo teneis:

para estarlo, al pensar que padecéis tanto para ser amado de los hombres, y que despues de todo han de ser tan pocos los que os amen. Oh hermosas llamas de amor que consumís la vida de un Dios, consumid en mí todos los afectos terrenos y haced que me inflame solamente por aquel Señor, que por amor mío quiso perder la vida en un patíbulo infame.

Pero, Señor, ¿cómo habéis podido morir por mí, previendo las injurias con que yo había de pagaros? Tomad ahora venganza de mí, pero venganza que sea para mi salvación: concededme un dolor tal que me haga estar siempre apenado de los disgustos que os he dado. Venid, azotes, espinas, clavos y cruz que tanto atormentásteis á mi Señor, venid á he-

rirme el corazón y recordadme siempre el amor que me tuvo. Salvadme, Jesús mío, y el modo de salvarme sea dándome gracia para que os ame: el amaros es mi salvación.

**Punto 3.º** Próximo ya á expirar el Redentor, dijo con voz moribunda: *Está consumado* <sup>5</sup>, como si dijera: Hombres, todo está ya cumplido, hecha queda vuestra redención. Amadme, pues, que yo no puedo hacer ya más para inclinaros á que me améis.

Alma mía, mira á tu Jesús que ya se muere; mira aquellos ojos oscurecidos, el rostro lívido, el corazón que palpita con lánguido movimiento, el cuerpo que se abandona ya á la muerte: mira aquella hermosa alma próxima á dejar el

sagrado cuerpo. Se entenebrece el cielo, tiembla la tierra, se abren los sepulcros, señales de que muere el Criador del mundo. Contempla, por fin, cómo Jesús, después de haber encomendado su alma benditísima al Padre Eterno, dando un gran suspiro con su afligido corazón é inclinando de seguida la cabeza en señal de renovar en aquel momento el ofrecimiento de su vida por nuestra salvación, finalmente expira por la violencia del dolor, y entrega su espíritu en manos de su amado Padre.

Acércate, alma mía, á aquella Cruz: abrázate á los pies de tu Señor difunto, y considera que ha muerto por tu amor. ¡Oh Jesús, á dónde os ha llevado ese amor! ¡Quién ha disfrutado más que yo los

frutos de vuestra muerte? Hacedme comprender cuánto amor significa haber muerto Dios por mí á fin de que de hoy en adelante no ame más que á vos. Os amo, oh sumo bien, oh verdadero amante de mi alma; en vuestras manos la encomiendo. Por los méritos de vuestra muerte, haced que yo muera para todo amor terreno, y que os ame sólo á vos que solo mereceis todo mi amor. María, mi esperanza, rogad á Jesús por mí.

Viva Jesús, nuestro amor, y María nuestra esperanza.

Crucificado bien mío, corazón llagado, Haz que el mío repose en tu costado.

---

(1) Joann. XIX, 19.—(2) Matth. XXVII, 40.—(3) Luc. XXIII, 39.—(4) Matth. XXVII, 46.—(5) Joann. XIX, 39.

**FIN DE LAS MEDITACIONES**



---

## **ACTOS**

### **PARA ANTES Y DESPUÉS DE CONFESAR Y COMULGAR**

---

Antes de confesarse, el penitente pida luz al Señor para que le haga conocer los pecados cometidos, y le dé la gracia de verdadero dolor y propósito de la enmienda. Y de un modo particular encomiéndose á la Virgen de los Dolores, para que le alcance esa gracia. Después hará los actos siguientes.

---

#### **Para antes de la confesión.**

Oh Dios de majestad infinita, ved aquí á vuestros piés al traidor que ha vuelto á ofenderos; pero ahora humillado es

pide perdón. Señor, no me desechéis *Vos no despreciáis un corazón contrito y humillado.*

Os doy gracias porque me habéis esperado hasta el presente, y no me habéis hecho morir en pecado, mandándome al infierno como lo merecía. Y ya que me habéis esperado, yo espero, Dios mío, que por los méritos de Jesús me perdonaréis en esta confesión todas las ofensas que contra vos he cometido.

De todas ellas me duelo y me arrepiento, porque he merecido el infierno y perdido el paraíso. Y no sólo por eso, sino principalmente porque os he ofendido á vos, bondad infinita, me pesa de todo corazón. Os amo, bien sumo, y porque os amo, me duelo de todas las ofensas que os he hecho.



Yo os he vuelto la espalda, os he perdido el respeto, he despreciado vuestra gracia y amistad; en suma, Señor, os he abandonado voluntariamente. Perdonadme por la pasión amorosa de Jesucristo, todos mis pecados, mientras de todo corazón me pesa de ellos, los aborrezco, los detesto y abomino sobre todos los males.

Y me arrepiento, no solamente de los pecados mortales, sino también de los veniales, porque también éstos os desagradan.

Para lo sucesivo, con ayuda de vuestra gracia, me propongo no ofenderos ya nunca voluntariamente. Sí, Dios mío, antes morir que pecar.

---

Si se confiesa de algún pecado en que ha reincidido, es bueno ha-

cer propósito particular de no cometerlo más, proponiendo huir de las ocasiones, y emplear los medios que el confesor proponga y los que el mismo penitente juzgue más eficaces para enmendarse.

---

### **Para después de la confesión.**

Amadísimo Jesús, ¡qué obligado os quedo! Por los méritos de vuestra sangre, abrigo la esperanza de que hoy quedo perdonado. Os lo agradezco de todo corazón, y espero que iré al cielo para alabar eternamente vuestra misericordia.

Dios mío, si hasta el presente os he dejado tantas veces, no quiero abandonaros ya nunca. Desde hoy en adelante quiero cambiar de vida verdaderamente. Vos merecéis todo mi amor, y quiero amaros ya de

veras. No quiero verme nunca separado de vos.

Os lo tengo ya prometido: ahora os vuelvo á prometer morir primero que ofenderos. Os prometo además huir de las ocasiones y emplear tal medio (*determinese cuál*), para no volver á caer.

Pero, Jesús mío, vos conocéis mi debilidad: dadme gracia de seros fiel hasta la muerte y de que recurra á vos, cuando venga la tentación.

María Santísima, ayudadme: vos sois la madre de la perseverancia: en vos está mi esperanza.

---

### **Preparación para comulgar.**

No hay medio más eficaz para librarse del pecado y adelantar en el divino amor, que la Sagrada Comunión. ¿Pues por qué algunas

almas con tantas comuniones se encuentran siempre en la misma tibieza y con las mismas faltas? Esto sucede por la falta de preparación, por la escasa disposición para comulgar.

Para prepararse bien se necesitan dos cosas: la primera es quitar del corazón las afecciones que son impedimento para el amor divino; la segunda será un gran deseo del divino amor. Y ésta, dice San Francisco de Sales, ha de ser la principal intención al comulgar, crecer en el amor de Dios. Sólo por amor, dice el Santo, debe recibirse á un Dios que sólo por amor se nos da á nosotros. Para eso pueden hacerse los actos siguientes:

---

**Acto de Fé.** — Amado Jesús mío, verdadero hijo de Dios que moriste por mí en la cruz en medio de un mar de dolores y desprecios, creo firmemente que estais en el Santísimo Sacramento, y por esta

fe estoy dispuesto á dar la vida.

**Acto de Esperanza.**—

Amado Redentor mío, espero en vuestra bondad y en los méritos de vuestra sangre que viniendo á mí esta mañana me inflammaréis todo en vuestro santo amor y me daréis todas las gracias que necesito para seros obediente y fiel hasta la muerte.

**Actos de Caridad.**— Oh

Dios mío, verdadero y único amante de mi alma, ¿qué más podiais hacer para obligarme á que os ame? No os bastó, amor mío, morir por mí; habéis querido además instituir el Santísimo Sacramento y haceros mi alimento para daros todo á mí, y así juntaros y uniros todo con una criatura tan esquivá é in-

grata como yo soy. Y vos mismo me invitáis á que os reciba y lo deseais con tanto ardor.

¡Oh amor inmenso, darse á mí todo un Dios! ¡Oh amabilidad infinita, digna de infinito amor! Yo os amo sobre todas las cosas, os amo con todo mi corazón, os amo más que á mí mismo, más que mi vida. Os amo porque lo merecéis, os amo también por complaceros ya que tanto deseais mi amor.

Salid de mi alma, afectos terrenos; sólo á vos, Jesús mío, mi tesoro, mi todo, quiero dar todo mi amor. Vos esta mañana se os daís todo á mí, yo me doy todo á vos. Aceptadme para que os ame, pues yo no quiero amar sino á vos, ni otra cosa que lo que sea de vuestro agrado.

Os amo, Salvador mio, y uno mi pobre amor al que os tienen todos los Angeles y Santos, y María Santísima nuestra madre y vuestro Padre Eterno. ¡Quién pudiera veros amado de todos! ¡Oh si yo pudiese hacer que os amaran todos los hombres y que os amaran cuanto merecáis!

Héme, oh Jesús mio, ya me acerco á alimentarme con vuestra carne sacrosanta. ¡Oh Dios mio! ¿Y quién soy yo? ¿Y quién sois vos? Vos sois el Señor de bondad infinita, y yo soy un gusano asqueroso, sucio con tantos pecados, que tantas veces os he arrojado de mi alma.

*Domine, non sum dignus.*

—Señor, yo no soy digno ni aún de estar en vuestra presencia: debería estar en el in-

fierno, apartado y abandonado siempre de vos. Y sin embargo, vos por vuestra suma bondad me llamais á que os reciba: héme aquí, ya vengo, vengo humillado y confuso de tantos pesares como os he dado; pero confiado en vuestra bondad y en el amor que me tenéis.

¡Cuánto me pesa, amado Redentor mío, haberos ultrajado tanto en mi vida pasada! Llegastéis á dar la vida por mí, y ya he despreciado tantas veces vuestra gracia, y he cambiado vuestro amor por cualquier nonada. Me arrepiento de todas mis culpas graves ó leves, porque son ofensa de vuestra bondad infinita.

Yo espero que me habéis ya perdonado; pero si aún no ha sido así, perdonadme, Jesús



mío, antes de que os reciba. Si, recibidme presto en vuestra gracia, ya que vais á albergaros tan pronto en mi pecho.

Venid, pues, Jesús mío, venid á mi alma que os desea. Único é infinito bien mío, vida mía, amor mío y mi todo, yo quisiera recibirlos con aquel amor con que os han recibido los más enamorados de vos, y con aquel fervor con que os reciben vuestra Madre Santísima, con cuyas comuniones uno yo esta mía.

Oh bienaventurada Virgen, madre mía, dadme vos vuestro Hijo: de vuestras manos intento recibirlo. Decidle que soy siervo vuestro, y así él me apretará más amorosamente á su corazón, ahora que viene á mí.

---

### **Para después de la comunión.**

Cuando se acaba de comulgar, es el tiempo más precioso para ganar tesoros de gracia; porque los actos y peticiones de entonces que el alma está unida á Cristo, tienen otro mérito y valor que los demás.

Escribe Santa Teresa que el Señor está entonces en el alma como en un trono de misericordia y le dice: Hijo, pídemelo que quieras, he venido á tí con el fin de hacerte bien. ¡Qué favores tan especiales reciben los que se detienen tratando con Jesús después de la Comunión!

El Beato P. Juan de Avila, nunca dejaba de tener dos horas de oración después de comulgar. San Luis Gonzaga empleaba tres días en acción de gracias.

Haced, pues, los actos que siguen, y procurad en todo el resto del día, con afectos y oraciones, seguir manteniéndoos unidos con Jesús, á quien habéis recibido por la mañana.

---

¡Oh, Jesús mío, ya habéis venido: estais dentro de mí, y os habéis hecho todo mío! Bien venido seais, amado Redentor. Yo os adoro y me echo á vuestros piés, y os abrazo, y os aprieto contra mi corazón, y os doy gracias por vuestra dignación de entrar en mi pecho. Oh María, oh Santos abogados míos, oh Ángel de mi guarda, dadle vosotros gracias por mí.

Pues ya que habéis venido, divino Rey mío, á visitarme con tanto amor, os doy mi voluntad, mi libertad y todo mi sér. Vos os habéis dado todo á mí: yo me doy todo á vos: ya no quiero ser mío; quiero ser vuestro, del todo vuestro.

Quiero que sea vuestra toda mi alma, mi cuerpo, mis potencias, mis sentidos, para que todos se empleen en servi-

ros y agradaros. Os consagro todos mis pensamientos, mis deseos, mis afectos y mi vida.

Basta, Jesús mío, con haberos ofendido tanto. La vida que me queda, quiero emplearla entera en amaros á vos que tanto me habéis amado.

Aceptad, Dios de mi alma, el sacrificio que os dedica este miserable pecador, que no desea ya sino amaros y complaceros. Haced vos en mí y disponed de mí y de todas mis cosas conforme os plazca. Destruya en mí vuestro amor todas las afecciones que no sean de vuestro agrado, á fin de que yo sea todo vuestro y viva solamente para daros gusto.

No os pido bienes terrenales, ni honores ni placeres: por los méritos de vuestra pasión os lo pido, dadme un dolor

continuo de mis pecados. Hacedme conocer la vanidad de los bienes mundanos, y lo digno que sois de que os amemos.

Desprendedme de todo lo que me ata á la tierra, y atad todas mis potencias y sentidos á vuestro santo amor, á fin de que mi voluntad, de hoy en adelante, no quiera ni desee sino lo que vos querais.

Dadme resignación en las enfermedades, en la pobreza y en todas las cosas contrarias á mi amor propio. Dadme mansedumbre para con el que me desprecie. Dadme vuestro amor, dadme una santa muerte.

Os pido en particular que me déis la perseverancia en vuestro amor, que no permitais me separe nunca de vos.

Juntamente os pido la gracia de que recurra siempre á vos

é implore vuestro auxilio, oh Jesús mío, en todas las tentaciones, y os pida siempre la perseverancia final.

Oh Padre Eterno, Jesús vuestro unigénito me tiene prometido que vos me daréis todo lo que os pida en su nombre. Pues en nombre suyo y por sus méritos, os pido vuestro amor y la santa perseverancia, para que un día vaya al cielo á amaros con todas mis fuerzas, y á cantar eternamente vuestra misericordia, seguro de no separarme ya de vos.

Oh María Santísima, mi madre y mi esperanza, alcanzadme estas gracias que deseo, y obtenedme vos misma que os ame mucho, y me encomiende siempre á vos en todas mis necesidades. Amén.

---

---

---

## ÍNDICE

---

	<u>Páginas.</u>
PROLOGUITO. . . . .	5
Capítulo I.—Pensamiento de la eternidad. . . . .	9
Cap. II.—Somos viajeros en la tierra. . . . .	17
Cap. III.—Dios merece ser amado sobre todas las cosas.	25
Cap. IV.—Para hacerse santa una alma, es menester que se dé toda á Dios sin reserva.	33
Cap. V.—Dos grandes medios para llegar á ser santo: el de- seo y la resolución de serlo.	40
Cap. VI.—De la ciencia de los santos. . . . .	50
Cap. VII.—Nuestra salud eter- na está en la oración. . . .	58
Cap. VIII.—Llegará el día de mi muerte. . . . .	69
Cap. IX.—Preparación para la muerte. . . . .	77

Cap. X.—El que ama á Dios no debe aborrecer la muerte. . . . .	84
Cap. XI.—Nuestra salvación está en la cruz. . . . .	92
Cap. XII.—Cuánto le agrada á Cristo que suframos por su amor. . . . .	102
Cap. XIII.—El amor divino triunfa de todo. . . . .	111
Cap. XIV.—Necesidad de la oración mental. . . . .	119
Cap. XV.—Objeto de la oración mental. . . . .	126
Cap. XVI.—De la misericordia de Dios. . . . .	135
Cap. XVII.—Confianza en Je- sucristo. . . . .	145
Cap. XVIII.—Sólo el salvarse es necesario. . . . .	153
Cap. XIX.—Resignación per- fecta á la voluntad de Dios. . . . .	159
Cap. XX.—Dichosos los que son fieles á Dios en la ad- versidad. . . . .	169
Cap. XXI.—El que ama á Je- sucristo debe aborrecer el mundo. . . . .	178
Cap. XXII.—Un moribundo ante su Crucifijo. . . . .	183
Cap. XXIII.—Actos de resig-	



nación en la hora de la muerte. . . . .	190
Cap. XXIV.—Morada de la eternidad. . . . .	198
Cap. XXV.—Las almas que aman á Dios suspiran por ir á verle en el cielo. . . . .	205
Cap. XXVI.—Jesús es el buen Pastor. . . . .	210
Cap. XXVII.—Del negocio de la salvación eterna. . . . .	215
Cap. XXVIII.—Cuál será el gozo de los elegidos. . . . .	221
Cap. XXIX.—El sentimiento de haber perdido á Dios constituye el infierno. . . . .	227
Cap. XXX.—Desprecio del mundo. . . . .	237
Cap. XXXI.—Amor á la soledad. . . . .	246
Cap. XXXII.—Soledad del corazón. . . . .	253
Cap. XXXIII.—Ver y amar á Dios en la otra vida es el paraíso de los elegidos. . . . .	263
Cap. XXXIV.—De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento. . . . .	272
Cap. XXXV.—La verdadera paz no se encuentra más que en Dios. . . . .	280

Cap. XXXVI.—Nuestro único fin debe ser Dios . . . . .	286
Cap. XXXVII.—El menester sufrirlo todo por agradar á Dios. . . . .	292
Cap. XXXVIII.—Dichoso el que no quiere más que á Dios. . .	297
Cap. XXXIX.—Aridez del espíritu. . . . .	305
Cap. XL.—Vida retirada. . . .	314
Cap. XLI.—Desprendimiento de las criaturas. . . . .	320
Cap. XLII.—La muerte de los santos es preciosa. . . . .	327
Cap. XLIII.—Sobre la tibieza. .	336
Cap. XLIV.—Pureza de intención. . . . .	344
Cap. XLV.—Suspiros por la patria celestial. . . . .	352
Dos avisos espirituales en verso . . . . .	360

**MEDITACIONES DEL MISMO SANTO SOBRE LA PASIÓN DEL SEÑOR PARA CADA DÍA DE LA SEMANA:**

Meditación primera.—Del amor de Jesús en padecer por nosotros. . . . .	361
Meditación segunda.—La ago-	

nía y sudor de sangre de Jesús en el huerto. . . . .	371
Meditación tercera. — Jesús preso y llevado á los tribunales . . . . .	378
Meditación cuarta. — De la flagelación del Señor. . . . .	387
Meditación quinta. — De la coronación de espinas y las palabras «Ecce homo». . . . .	394
Meditación sexta. — Jesús es condenado á muerte y conducido al Calvario. . . . .	403
Meditación séptima. — De la crucifixión y muerte de Jesús. . . . .	410

**ACTOS PARA ANTES Y DESPUÉS  
DE CONFESAR Y COMULGAR:**

Para antes de la confesión. . . . .	419
Para después de la confesión. . . . .	422
Preparación para comulgar. . . . .	423
Para después de la comunión. . . . .	430







